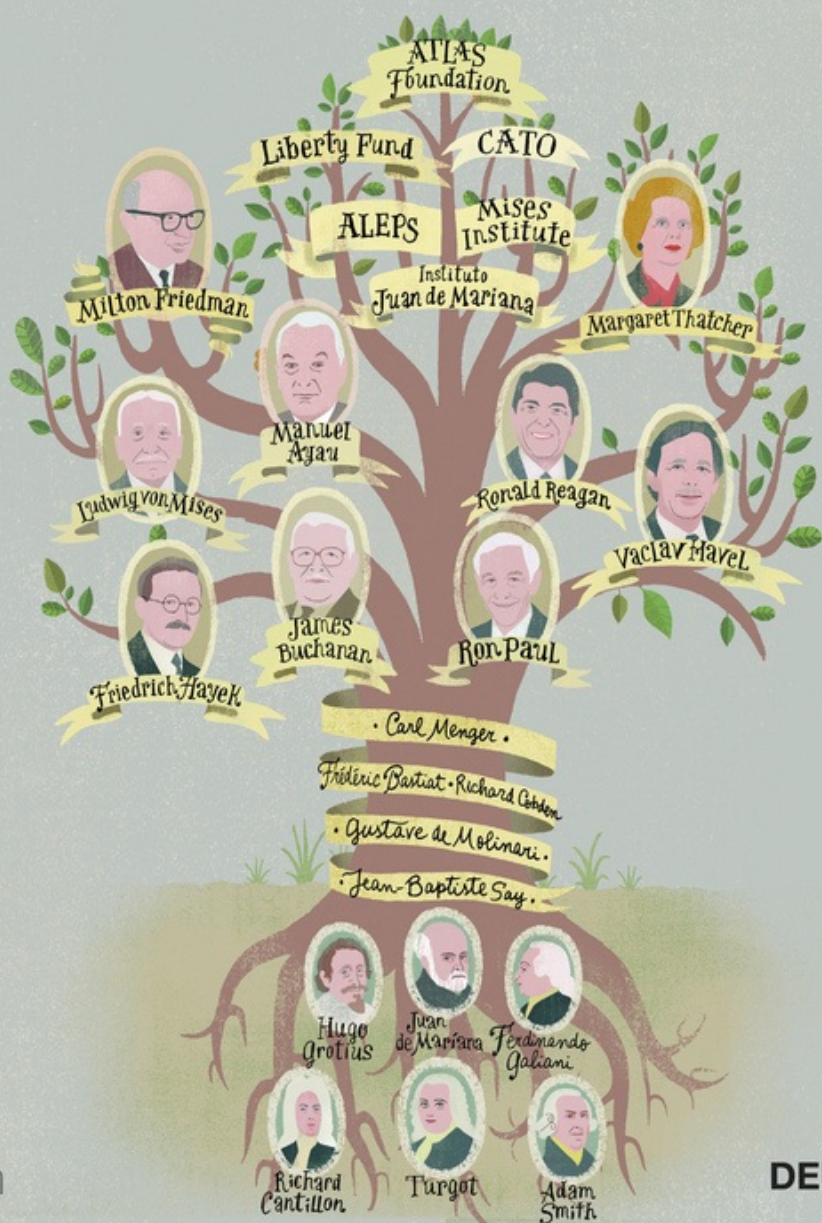


MARÍA BLANCO

LAS TRIBUS LIBERALES

UNA DECONSTRUCCIÓN DE LA MITOLOGÍA LIBERAL



Índice

Portada

Agradecimientos

Prólogo

Introducción

I. El liberalismo en el templo de Atenea

II. El liberalismo en el templo de Eris

III. Más allá del Olimpo: el liberalismo en la calle

IV. El liberalismo en el Hades: los demonios liberales

Epílogo. Ni héroes, ni dioses

Bibliografía

Breve guía online del trotamundos libertario

Notas

Créditos



Licencia Creative Commons 4.0 Internacional
(Atribución-No comercial-Compartir igual)

© del diseño de la portada, Departamento de Arte y Diseño,

Área Editorial Grupo Planeta, 2014

© de la imagen de la portada, Ed. Carosia

© María Blanco, 2014

© Centro Libros PAPF, S. L. U., 2014

Deusto es un sello editorial de Centro Libros PAPF, S. L. U.

Grupo Planeta, Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2014

ISBN: 978-84-234-1930-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com

*Gracias a la coherencia de Joaquín,
a la humanidad de Amada y a la energía y la enseñanza
que me proporcionan Jaime y Carlota,
mis dos condiciones necesarias y suficientes
para vivir tratando de ser mejor persona cada día.*

Prólogo

A propósito de las absurdas reivindicaciones de quienes pretenden monopolizar las esencias, mi buen amigo, el economista e historiador asturiano Manuel Jesús González —discípulo de Pedro Schwartz, como María Blanco y quien esto escribe— solía relatar un delicioso cuento sobre la confusión que se produce cuando, tras la muerte inesperada de un individuo, sus familiares se precipitan a solicitar los servicios de un sacerdote para que rece un responso en casa del difunto.

Con las prisas, resulta que se lo piden a dos religiosos y finalmente acuden ambos, que no se conocen personalmente y ninguno de ellos sabe que no es el único oficiante presente en el domicilio. Tiene lugar entonces la siguiente fantástica escena. Se levanta uno de los curas y proclama:

—Yo soy la Resurrección y la Vida.

Ni lerdo ni perezoso, se incorpora el otro y subraya:

—Yo soy la Resurrección y la Vida.

Pues bien, a veces sucede entre los liberales, igual que entre los partidarios de cualquier otro sistema de ideas, que se entablen agrios debates cuyo objetivo no es desentrañar la verdad o refutar el error sino discernir la pureza de sangre y dictaminar si tal persona o grupo es más o menos liberal que otro. El apego a las etiquetas es una majadería en cualquier caso, pero padece tintes particularmente ridículos en el de los liberales, cuyas diferentes «tribus» compensan con gran entusiasmo el escaso respaldo de que gozan numerosas de nuestras teorías y recomendaciones en la política, la universidad, la cultura, los empresarios, los sindicatos y el público en general.

María Blanco, profesora en la Universidad San Pablo CEU, se aleja prudentemente de estas disputas provincianas, con frecuencia mezquinas y siempre absurdas, como las del desopilante Frente Popular de Judea en la película *La vida de Brian*, que retrata con certeza la estéril división entre militantes de diferentes facciones hebreas que dedican la mayor parte de sus energías a combatirse entre sí, en vez de oponerse a un Imperio romano, al que, en el fondo, no saben muy bien por qué rechazan.

El objetivo de la doctora Blanco no es expedir carnés sino contar, con la cercanía de un texto que tiene bastante de autobiografía, quiénes son los liberales, qué piensan, qué aconsejan y por qué. Su destreza como historiadora del pensamiento económico queda patente cuando apunta los grandes trazos de las diversas ramas del liberalismo, que tiene, por cierto, un distinguido antecedente en España con los llamados escolásticos tardíos de la Escuela de Salamanca.

Pero la autora no es sólo una profesora y una estudiosa sino que también se mueve con solvencia en el ámbito de los medios de comunicación y de la divulgación de las ideas, y esto se nota en su estilo ágil y grato, que hace que este libro pueda ser leído con entretenimiento, además de con provecho, de un tirón.

La combinación de ambas habilidades explica que sin extenderse en demasía pueda abordar de manera razonable y ajustada el grueso de los principales temas del liberalismo y sus principales protagonistas e instituciones. No puede entrar, lógicamente, en muchas profundidades, pero el retrato general está más que aceptablemente completo.

Algunos aspectos me han gustado especialmente, como su análisis del liberalismo desde el punto de vista femenino y sus reflexiones sobre el poderoso atractivo del socialismo y

sobre por qué los liberales somos habitualmente objeto de tanto recelo. Es de aplaudir también que no le eche la culpa de tamaño desapego a los demás sino a nosotros mismos y que no rehúya asuntos delicados como el aborto o las drogas.

María Blanco plantea muchas y preceptivas preguntas. No tiene, ni pretende tener, todas las respuestas. Más aún, a menudo, como les sucede a los testigos de *En el bosque*, el célebre relato de Akutagawa, las respuestas que sí tiene no coinciden. Pero ya advirtió sabiamente Ortega que una cosa son las personas de una escuela y otra cosa es un grupo de gramófonos.

CARLOS RODRÍGUEZ BRAUN

Introducción

Este libro surge como respuesta a dos signos de puntuación que observo a mi alrededor y que me muestran actitudes diferentes: uno de interrogación y otro de exclamación. El signo de interrogación es el que se refleja en las caras de muchas personas cuando un liberal dice de un político, de un profesor o de un amigo «Éste no es realmente liberal», o cuando un liberal dice de sí mismo «Pues yo no soy liberal, yo soy libertario».

Para quienes no se mueven en el ámbito de los principios fundamentales liberales o en el estudio del pensamiento económico y político, puede resultar chocante presenciar cómo estas personas, que a primera vista se consideran como semejantes, discuten acaloradamente acerca de cuestiones que parecen ser muy importantes, pero que el oyente no termina de entender, bien porque el meollo del asunto es verdaderamente enrevesado, bien porque se trata de detalles que pasarían desapercibidos al resto de los mortales. No es lo que suele verse en otros círculos de pensamiento político, en los que se ofrece una apariencia de unidad más fácil de asimilar.

De ahí la idea de mi editor de titular el libro *Las tribus liberales*. El término «tribu» tiene connotaciones peyorativas que no me gustan, si bien es cierto que se nos acusa a menudo de estar divididos. No somos tribus que se pelean entre sí como hinchadas de equipos de fútbol. La batalla de las ideas para un liberal está más cerca de un combate de esgrima, donde el arte de la defensa y el ataque con espada o con florete se ciñe a unas normas éticas y estéticas, que a un «todo vale», estrategia que muchas veces nos encontramos en otras filas. Es probable que resulte más popular una lucha cuerpo a cuerpo al más puro estilo del circo romano. Las

audiencias de las tertulias televisivas así lo confirman. Pero muchos no estamos dispuestos a llevar la definición y la defensa de nuestros principios más profundos al barro, incluso si el resultado es que se nos tacha de tribus, de discutir sobre cuestiones de matiz dándoles demasiada relevancia, o si, al no ser jaleados por el pueblo como los héroes del fútbol, no aparecemos en las listas de popularidad encabezadas por ídolos de papel. Mi misión será, por tanto, explicar cuáles son estas supuestas tribus, pero sobre todo, dejar claro que a pesar de las diferencias, los matices y las discusiones de salón, la defensa de la libertad individual es el tronco central que nos nutre y da vida a todos los que, desde nuestro puesto, en nuestra medida, y a nuestro particular estilo, tratamos de estudiar, difundir y hacer realidad los principios liberales.

No es una tarea fácil la de analizar qué diferencia unas ramas que salen del tronco de otras y qué razones nos llevan a ser tan escrupulosos con las denominaciones y los matices. Porque ni siquiera los libertarios de sangre más pura al acercarse a los temas fronterizos más escabrosos tienen muy claro qué es, qué no, quién pertenece, quién está fuera, y sin embargo, se diría que surgen en todos sitios expendedores de certificados de liberal. Pero el problema no es responsabilidad solamente de los intelectuales liberales por su celo ideológico. Los políticos, ávidos de votos como los vampiros de sangre, se ponen la medalla liberal o se la quitan, según el momento, y, muchas veces, añaden ruido y dificultan la comunicación. Y, a eso, hay que sumar a los intelectuales del otro lado de la trinchera que aprovechan este prurito de los pensadores liberales y tratan de afear esa conducta señalándonos como si estuviéramos divididos en microsectas cada una con su gurú, tal vez porque ellos no tienen reparos en pervertir el sentido de las palabras, porque

su fundamento ideológico es claramente menos sólido y porque ellos no tienen problemas a la hora de juntarse con cualquiera y de cualquier modo para obtener logros prácticos, aunque eso implique dejar de lado los principios. Eso explica su ventaja en la práctica y su derrota en la batalla de las ideas.

El signo de exclamación lo veo cada vez que hablo con amigos como Ricardo Basurto¹ y me pide que escriba sobre esos ideales que me llevan a ver la vida de una manera muy particular, esos fundamentos sobre los que descansan mis actos y mis artículos, mi manera de ver la educación, de dar mis clases y de afrontar la vida. Es la exclamación cuando me dice, siendo de tradición socialista, de izquierdas de toda la vida, cuando ve lo que hacen y dicen los supuestos líderes socialistas: «¡Esta gente me está haciendo ser cada día más liberal, pero liberal como tú!». Y yo no sé si agradecerle a Rajoy y a Zapatero los servicios prestados que empujan a un empresario y emprendedor honesto y cabal como Ricardo a entender que por supuesto que actúa con afán de lucro, que no quiere que nadie viva a su costa a fuerza de coacción, que la bondad y la generosidad las aprendió en casa, con el ejemplo de sus padres, ni quiere vivir a costa de nadie, pero que le encantaría que le quitaran esas piedras que los políticos en el poder ponen en el camino de los empresarios dispuestos a dar trabajo, a ser honrados y a dejarse la piel por su empresa. Por eso le dedico a mi amigo Ricardo la deconstrucción de los mitos que se han erigido cuidadosamente contra el liberalismo y que explican que, a pesar de ser la filosofía de vida más cercana al ser humano, tenga tan mala fama y sea normal imaginar a los liberales como seres egoístas, rastreros, sin moral y ávidos de riqueza propia y ruina ajena.

El objetivo de este libro es aportar mi visión en medio de un caos que no es sino aparente. La ventaja de la que parto es que he tenido la enorme suerte de encontrarme, a lo largo de mi vida profesional, con grandes personas que me han ido paseando, mostrando, enseñando, explicando con una paciencia heroica todas las estancias de la casa de la libertad, mis maestros, gracias a los cuales he encontrado mi sitio intelectual.

Crecí en un departamento de Historia del Pensamiento Económico donde los dos catedráticos eran Pedro Schwartz, seguidor de Friedman entre otros, liberal (de los represaliados y exiliado por Franco, por si hubiera dudas) y Paco Bustelo, insigne socialista (preso y exiliado durante el franquismo, por si hubiera dudas). Por mi natural rebeldía o porque siempre me ha parecido inmoral poner al grupo por delante de la responsabilidad individual, mi querencia era liberal. Así que, de la mano de Carlos Rodríguez Braun, me eduqué en el doctorado en el liberalismo escocés, primero, y estudié la Escuela Austriaca durante mi tesis. Más adelante vendría la Escuela de la Elección Pública, gracias Pedro Schwartz, mi director de tesis, a quien además le debo haber conocido a ilustres economistas como Gordon Tullock o Gary Becker. Mi director de tesis, a quien le debo saber leer y escribir, entre otras muchas cosas, me insistió en que me pusiera en contacto con «esos chicos del seminario de Jesús Huerta de Soto que acaban de crear un *think tank*», el Instituto Juan de Mariana. Con mis compañeros del IJM descubrí que hay vida más allá de la universidad y que el liberalismo también es activista. Esa lección se la debo a Gabriel Calzada, presidente del IJM y actual rector de la Universidad Francisco Marroquín, institución con la que siempre estaré en deuda, donde conocí a grandes personas y donde tengo aún más grandes amigos. De la mano del IJM

llegué a la radio, a la prensa escrita y a las reuniones del Liberty Fund. En ellas he hecho grandes amigos en toda Latinoamérica y Estados Unidos, con los que comparto afecto, ideales, actividades, y con los que estoy en contacto diario gracias a las redes sociales. A todos ellos les debo la luz que me ha permitido llegar hasta aquí y escribir este libro.

Al cabo de los años, tras formarme en el pensamiento económico liberal como parte de mi profesión, de participar en programas de radio, televisión y escribir en medios escritos ofreciendo un punto de vista liberal, de haber asistido a coloquios liberales en México, Guatemala, Colombia, Perú, Inglaterra, Portugal, República Checa y España, de entrar en contacto con *think tanks* latinoamericanos, estadounidenses y europeos, leer críticas justas e injustas, escuchar a socialistas acérrimos atacar el neoliberalismo y a izquierdistas moderados que pretenden que ellos son la verdadera cuna del pensamiento liberal, etc., creo que la cuestión de la demonización del liberalismo merece una reflexión pausada.

Por eso, cuando Roger Domingo, mi editor y el de tantos otros, me propuso escribir un libro para que cualquier ciudadano con interés por la política y, en concreto, por el liberalismo, sepa qué es esto y quiénes son los liberales, o los libertarios, el terreno estaba abonado para que aceptara con mucho gusto y dándome cuenta de la responsabilidad que eso implicaba para mí.

He dividido el libro en cuatro partes. En tres de ellas analizo cómo se percibe el liberalismo en diferentes ámbitos. Primero, «El liberalismo en el templo de Atenea», la universidad, desde un punto de vista académico. Una de las críticas que se oyen desde dentro de la universidad es que no

hay artículos «liberales» en las revistas científicas ortodoxas de economía. ¿Dónde está el modelo económico liberal? Dicen que una mano que acusa consta de un dedo que señala al frente y tres que señalan a quien acusa. Y, en este caso, no puede ser más cierto. Porque pensar que tiene que haber un modelo económico liberal y que para «existir» una teoría económica, o una propuesta económica, ha de estar presente en las revistas ortodoxas, dibuja la triste realidad que vive la universidad del siglo ^{XXI} en España, en Europa, en Latinoamérica y, probablemente en menor medida, en Estados Unidos. Porque ¿es que no hay teoría económica sin modelo matemático que lo sustente? ¿La economía necesita de un modelo matemático necesariamente? Esas cuestiones no son fáciles de responder, especialmente cuando uno se da cuenta de que durante siglos no existía la economía matemática y se superaban las crisis, la escasez, las burbujas, de igual o mejor manera que ahora. Reducir la aportación de la teoría económica a los modelos matemáticos es intentar correr con grilletes en los pies: no hay razón y empeora los resultados. Y esto no quita valor a la economía matemática, pero sí es un reproche a quienes se obsesionan con ello.

En esta parte del libro he tratado de explicar cuáles son las tribus liberales hoy en día, no solamente en la universidad, también las que están cerca pero no dentro de ella. También he tratado de ofrecer un recorrido por el pensamiento económico liberal sin intención de convertir el capítulo en una historia del pensamiento, sino tratando de acompañar a quienes no conocen nuestros orígenes a lo largo de la genealogía liberal, nuestros ancestros, para que se entienda mejor quiénes somos actualmente. También he analizado qué razones explican que no se le dé importancia al pensamiento económico liberal en las universidades hoy en día. Desde mi punto de vista, hay dos momentos

importantes a tener en cuenta para comprender el fenómeno: la relevancia de Michel Chevalier en Francia junto con el éxito de John Stuart Mill en los mismos años, y los problemas que encontró Ludwig von Mises al llegar a Estados Unidos, donde se le dejó apartado como profesor asociado de la Universidad de Nueva York. A partir de ahí, trato de reflexionar sobre la situación actual en la que se asocia el liberalismo económico como un movimiento político que no puede añadir nada bueno a la ciencia económica por motivos metodológicos y de otra índole.

A continuación, abordo «El liberalismo en el templo de Eris», la diosa de la Discordia, es decir, en la política. Y me pregunto si es posible que exista en España un verdadero partido libertario o se trata más bien de que los políticos de cualquier partido compartan los principios y las inquietudes liberales, con los costes que implica. También reflexiono sobre si esa imposibilidad es específica de nuestro país o si, por el contrario, sucede en otros lugares, por ejemplo, en Alemania y en Estados Unidos, donde existen sendos partidos libertarios. Uno de los temas que me interesan es la repentina proliferación de partidos políticos de corte liberal o libertario en Latinoamérica, como el Partido Liberal Libertario argentino. ¿Se trata de una moda efímera o hay parte de la juventud que necesita nuevas sendas políticas por las que caminar, o al menos por las que empezar a interesarse por la vida política? Esta pregunta es importante porque existe la idea, al menos en el mundo hispanoparlante, de que el liberalismo más radical es propio de espíritus jóvenes y que la madurez te lleva a ser posibilista, tibio y a perder de vista ese afán por reclamar la libertad individual como un principio irrenunciable.

Y, finalmente, trato de analizar el liberalismo «Más allá del Olimpo» en la calle, donde, en general, reina cierta confusión. Es necesario realizar un esfuerzo de observación y humildad para bajar del pedestal de las teorías y principios y mirar a la gente de la calle, prestar atención en las conversaciones de los bares, los pasillos y los corrillos de la gente normal. Pero ésa es la manera de comprobar quiénes creen que somos, con quiénes nos identifican y qué razones explican esos prejuicios. Si no somos capaces de entender qué lleva a la gente corriente a percibirnos de una manera tan equivocada estamos siendo cómplices, por soberbia, de esa confusión y recogeremos el fruto merecido. Porque no siempre se nos tacha de lo que se nos tacha sin razón, o porque hay una confabulación de los poderosos contra nosotros, o porque nos han practicado un conjuro terrible... muchas veces nos lo ganamos a pulso. Bien porque hay voces desde nuestra trinchera que gritan tonterías, y es lo que se ve, y no les paramos los pies. Bien porque, como no somos perfectos, nos señalan fallos que hay que admitir y superar.

En la cuarta parte, «El liberalismo en el Hades: los demonios liberales», analizo los principales mitos antiliberales con los que se menosprecia el liberalismo filosófico, político y económico y que, lamentablemente, han calado en gran parte de la sociedad. No son todos los mitos contra el liberalismo, pero sí son los más llamativos, «los de bulto», de los que calan entre los ciudadanos y con los que nos machacan a muchos. Es importante desmontar estas ideas porque, como sucede muchas veces con los prejuicios, imposibilitan el diálogo. El último de ellos lo dedico a la comunicación. Es un mea culpa en toda regla. Es el punto negro en el que hay que insistir y mejorar, y no podía faltar en este libro. Pero es solamente la punta del iceberg: creo

que es necesaria una reflexión acerca del tema, un proceso de aprendizaje por parte de los liberales, de forma que nuestras ideas lleguen sin desvirtuarse al mayor número de personas posibles, sin distinción de color político o procedencia.

Tengo que agradecer a los amigos que me han animado y se han leído partes del libro, o el borrador inicial, a quienes he hecho perder el tiempo, pero que tanto me han ayudado con sus ánimos y su comprensión y que se han ganado el cielo animándome cuando mi inseguridad me soplabla en la oreja burlonamente, comentando aspectos poco claros o erratas: Juanma López Zafra, Daniel Lacalle, Laura Blanco, David Moreno, Juan Ramón Rallo, Eduardo Mayora, Ramón Parellada, José Miguel Guardia, Javier Santacruz y es posible que me esté olvidando de alguien. Ni que decir tiene que todos los fallos son responsabilidad mía en exclusiva y que sin su ayuda el libro sería mucho peor.

También tengo que agradecer la paciencia a mi familia y a mis amigos por lo que he dejado de atenderles a causa de este libro. Y a Roger Domingo, a quien me gusta llamar el mejor editor del mundo, que me ha apoyado en la salud pero, en especial, en la enfermedad, animándome, alargando plazos y ayudándome a no perder la confianza en mí misma, a pesar de los baches. El lujo de que mi primer libro lo prologue Carlos Rodríguez Braun no tiene precio y multiplica la deuda intelectual que tengo con él, que ya es considerable y que, como el Gobierno, espero saldar aumentándola aún más.

¿Qué es ser liberal?

Hablar de liberalismo es complicado desde el mismo momento en que uno empieza. Es casi tan terrible como pedir una hamburguesa en Foster's Hollywood. Se acerca a

la mesa la camarera y sin mirarte a la cara te hace un tercer grado: peso de la carne, grado de crudeza, tipo de ensalada, patatas fritas o patata cocida, con qué tipo de salsa... Para hablar del liberalismo de uno hay que comenzar explicando: no soy de izquierdas, pero tampoco conservadora, la anarquía de libre mercado es una utopía que defiende, pero si me planteo una perspectiva posibilista me aproximo más a la república que a la monarquía, aunque en el caso de mi país no sé si me fío más de un político de los que nos martirizan o de un monarca como Felipe VI; no voto porque el sistema electoral me parece un fraude, pero no permanezco impasible ante lo que sucede a mi alrededor y ésta es la razón por la que me siento orgullosa de pertenecer al Instituto Juan de Mariana, un *think tank* que no recibe subvenciones, ni es financiado por partidos políticos y con el que colaboro en todo lo que puedo.

Vamos, que no es sencillo. Por eso siento la necesidad de diferenciar entre liberal y libertaria, es decir, entre alguien que defiende una reducción del peso del Estado en nuestras vidas y quienes mirándolo desde el otro lado (el lado del ciudadano y no desde el lado estatal) proclaman la necesidad de que el ciudadano lleve las riendas de su vida al máximo; necesito distinguir entre mentalidad conservadora y abierta, y entre mil cosas más, como si al hacerlo afinara más la imagen, porque no estoy segura de si se entiende qué soy en una sola palabra.

Y ya nada más que por eso a las mujeres nos repele la discusión acerca del liberalismo. Nosotras estamos marcadas por la naturaleza de manera radical. Un día sucede algo y te conviertes en mujer fecundable, o estás embarazada o ya no eres fecundable. Y creo que es por eso que nos aburren tanto las definiciones y preferimos los hechos. Lo realmente importante no es «qué es ser liberal» sino qué implica serlo.

Recuerdo a Pedro Ampudia y María del Coro,² una pareja de jóvenes amigos que pertenecían a un grupo libertario. Yo estaba invitada a dar un par de charlas en su ciudad y ellos se encargaban de hacer de cicerones y llevarme a comer entre una conferencia y otra. Ella estaba realmente preocupada por definirse como liberal clásica o como libertaria. «¡Es que cuando le digo a Pedro lo que pienso me dice que no soy libertaria!» decía Coro. Y Pedro me miraba con cara de estar pensando «Es que no lo es». Me dieron ganas de decirle para quitarle su apuro: «¡Qué sí, tonta, que sí lo eres pero no lo sabes!». Coro quería estar en el círculo de Pedro. Pero él, una de esas personas que nace con un filósofo encastrado en las entrañas, analizaba seriamente si los ideales de la chica entraban, estaban fuera o «habían botado», como las pelotas de tenis, sobre la línea que separa el «ellos» del «nosotros». A Coro le costaba reconocer que creía en la educación pública *ma non troppo*, y que lo de la libertad individual, pues, bueno, hasta cierto punto, porque es una zona gris y depende, pero que desde luego creía que el Estado debía reducir sus papel a lo básico. Por el contrario, a Pedro no le costaba nada definirse como minarquista (partidario de un Gobierno mínimo), no anarcocapitalista (partidarios de la anarquía de mercado), y era capaz de especificar exactamente cuál era su concepto de libertad refiriéndose al menos a tres autores.

Analizando la conversación a cierta distancia verdaderamente Pedro no podía mentir y decirle a Coro «eres libertaria» si no lo era, y tampoco la hacía de menos, solamente establecía la definición marcada por los libros y las teorías. Pero yo no podía evitar sentir malestar recordando a Coro algo ruborizada decir «No, si no me

importa no ser libertaria» cuando su lenguaje corporal mostraba su intento de ser una más en el grupo libertario, ya no sé si porque le gustaba Pedro o por qué razón.

A mí me pasa como a Coro en muchas ocasiones. No solamente con el liberalismo sino con cuestiones que no tienen que ver. ¿Soy partidaria del aborto? Pues no lo sé, yo no lo haría, pero no encarcelaría a una mujer que aborta, ni me parece que sea una cuestión sobre la que se pueda debatir en general, como quien habla de quién va a ganar la Champions, ni señalar a los provida o a los abortistas como fascistas o como asesinos, en general. Ni entiendo que esa cuestión sea una moneda electoral. Hablamos de la decisión de dos personas, a veces de una sola, la mujer, y de la posibilidad de un ser humano. No sé cuándo esa unión de células vivas se convierte en persona sujeto de derechos y deberes. No lo sé. ¿Quién soy yo para decir ni una palabra ante el problema, la responsabilidad y, muchas veces, el drama que se esconde detrás de cada caso?

¿Soy defensora de la propiedad privada? Creo firmemente que es la forma de derechos de propiedad que más incentiva la mejora de la condición humana, tanto física como moral, pero si voluntariamente un grupo decide que en su ámbito la propiedad es comunal, no tengo ningún problema. ¿Soy anarquista? No lo sé, probablemente es la utopía que cuadra en mi mundo, pero creo que hay que defender las utopías sabiendo que lo son, igual que hay que casarse o vivir en pareja como si esa persona fuera tu compañero para siempre y tu mano fuera a envejecer entre la suya, por más que la lógica te diga que tal vez, o incluso, lo más probable, es que no sea así. Por la misma razón que creo que hay que disfrutar de cada cosa como si fuera la primera y la última vez que vamos a disfrutarla y tratar de

retener lo bueno que hay en los detalles más pequeños, como haríamos si tuviéramos la certeza de que aquello va a desaparecer para siempre.

Creo que así se defienden los ideales, con la mente en lo más alto y los pies en la tierra. Una de las conferencias sobre el liberalismo más entrañables que recuerdo la pronunció el profesor Walter Castro, argentino y rosarino como Messi, en una universidad de verano organizada por el Instituto Juan de Mariana. Los alumnos que la presenciaron aún se acuerdan con emoción. Los profesores también. Entre otras cosas, el profesor Castro explicaba que un liberal es aquel que rechaza privilegios cuando el 99 por ciento de la gente los acepta y queda como el tonto del grupo para poder seguir mirándose de frente en el espejo. Ser liberal va más allá de la defensa del libre mercado con el objetivo de que aumente la riqueza. Implica, además, la búsqueda de la excelencia, de la virtud, del comportamiento supererogatorio, ese que caracteriza a quienes hacen el bien por el bien sin más, y que se plasma en el ejemplo. Y proponía un test de cuatro preguntas para descubrir si uno es o no liberal: ¿Defiende usted la libertad para que le resuelvan sus problemas solamente? ¿Es usted un quejica o se frota las manos ante la adversidad? ¿Es usted envidioso o vive con la mirada en el horizonte? ¿Pondría el pecho por la libertad del otro o mejor miraría a otro lado antes que involucrarse?

Y, como mujer que prefiere hechos a definiciones y como economista sin etiqueta, me quedo con esa visión de qué implica ser liberal. No se trata de para qué sirve la libertad sino de defenderla porque está bien. Y de ahí nos quitamos de un plumazo todos esos argumentos utilitaristas que proclaman la lucha por la libertad por sus efectos, y que encierran, en su cara oculta, la defensa de cualquier otra

cosa si produce mayores beneficios o riqueza. ¿Cuál es el límite del utilitarismo? ¿Qué sucede cuando el engaño es útil? ¿O la injusticia? ¿Defendemos hoy la libertad y mañana lo que toque? Yo no, desde luego. Ni siquiera si el argumento es que es bueno para todos, para los demás, y tratan de acusarme de egoísta, simplemente porque no miro por el otro. A pesar de esta declaración de principios, muchos de mis compañeros de camino no comparten conmigo este punto de vista idealista y moral de lo que es el liberalismo. En este libro no voy a tratar del liberalismo como doctrina moral. Pero aparecerán en el horizonte cuestiones morales sobre las que, simplemente y con toda la humildad del mundo, daré mi particular opinión, respetando que mañana venga alguien a contarme que su visión del liberalismo le lleva a defender lo opuesto.

¿Usted sabe lo que es bueno para los demás?

Ésta es la pregunta que creo que cada persona debería hacerse al plantearse una opción política liberal o intervencionista. La respuesta es clara: difícilmente. Muchas veces no estamos seguros de saber lo que es bueno para nosotros. Cuántos padres no habrán repetido las palabras «Hice lo que creí que era mejor para ellos» invadidos por esa desagradable sensación de haber perjudicado a un hijo cuando es lo que más quieres en el mundo, cuando habrías dado tu vida por él y, sin embargo, lo que le obligaste a hacer o a no hacer tuvo consecuencias desastrosas e inesperadas.

Los padres sabemos de antemano que nuestra tarea de evitar que cualquier brisa despeine a nuestros hijos, de apartarles del sufrimiento, de asegurarles la felicidad, es una tarea estéril, una batalla perdida de antemano. Pero nos han

inculcado ese sentido de responsabilidad sobre la felicidad de los demás, especialmente sobre la de aquellos que queremos.

Así, si un amigo tuyo al que quieres mucho se va a tirar por una ventana, por más libertario, defensor de la responsabilidad individual que alardees ser, tu instinto te lleva a evitarlo, a sujetarle por donde puedas para que no se tire. Quieres que comparta tu esperanza en que las cosas pueden mejorar y la vida puede ser un poquito más amable. Incluso si esa persona está viviendo un verdadero infierno, una tortura interior sin límites. Tú intervienes porque si no lo haces vas a estar el resto de tus días pensando si pudiste evitarlo. Y, en el fondo, piensas más en ti que en el amigo. Tal vez por eso esperamos que nuestro Gobierno «haga algo» frente a los necesitados, los que sufren y los que lo pasan mal. Porque, mientras que hace siglos el Estado era concebido de otra manera, casi como muro de contención de la injusticia, ahora pensamos que es el agente que debe actuar como los padres que nos gustaría ser, los que libran de todo mal a sus hijos. Y si es imposible una cosa, la otra más aún. Y digo más, no igualmente imposible.

Es muy obvio que cuanto mayor es el grupo más difícil es descubrir qué necesita y qué quiere. No vale la agregación. Ahí los economistas tenemos gran parte de la responsabilidad por haber transmitido la idea de que se puede determinar una demanda «agregada», un ahorro «social», un bienestar «social», colectivo, que se puede determinar, presupuestar, prever anticipadamente. Pero vaya usted al patio de un colegio y trate de predeterminar la diversión de los niños de diez años, o mejor aún, de los de cinco, que están menos «domesticados». Es muy costoso en términos de tiempo y energía y nunca se divierten tanto como si les dejas organizarse. Eso no quiere decir que hay

que mirar cómo prenden fuego al colegio. Quiere decir que ellos decidirán a qué y con quién quieren jugar y tú te asegurarás de que no peguen a nadie o que no se coman el barro. Y por propia experiencia ya les digo que algunos nos comíamos el barro en el colegio.

Vender la idea de que el Estado puede garantizar la felicidad o el bienestar es una falacia que cae por su propio peso. Ni siquiera uno mismo es capaz de asegurar su propia felicidad o bienestar. ¿Cómo lo va a hacer un tercero? Tiene más sentido asegurar que se va a cumplir la ley. O que se va a proteger a la sociedad frente a potenciales invasiones extranjeras. Ni siquiera se puede exigir que se hará justicia. A lo sumo, se puede prometer que se intentará apresar a los que infrinjan la ley y que tendrán un juicio con unas garantías para el acusado y otras para la víctima. Pero eso no implica necesariamente que se está haciendo justicia.

Pero volvamos a los niños y pregunten en alto: «¿A qué queréis jugar?». O, como el chiste que es famoso en España, reúne un grupo de cinco amigos e invítales a un café. Todos pedirán uno diferente: largo de café con leche desnatada, corto de café con leche muy caliente, cortado doble con la leche fría y sin azúcar... Las preferencias reveladas «agregadas» no suponen mayor bienestar o felicidad. Muchos han sido los autores que han tratado de elaborar una teoría y un método para asegurar la máxima felicidad para el mayor número: el cálculo felicífico de Bentham es el ejemplo más conocido. Jeremy Bentham es el mismo que ideó el «Panopticon», una cárcel diseñada para que la vigilancia fuera total y extremadamente eficaz, de manera que el carcelero viera todo. Era un gran planificador. Líder de la corriente llamada utilitarista, se definió por sus escritos

como alguien que creía que se puede diseñar desde arriba lo que surge espontáneamente y nadie sabe qué es excepto cuando la vive: la felicidad.

El recreo perfecto es ese en el que hay aparente caos, un griterío enorme y niños corriendo de allá para acá. La maestra de vez en cuando señala a alguno que se le va la mano, o atiende al que se ha caído. Pero no hay planificación. Hay juego, improvisación y espontaneidad. Y así es la vida, en realidad. Uno tiene un objetivo y trata de conseguirlo siguiendo, normalmente, el camino que puede, que la mayoría de las veces no es el ideal. Pero al cabo, en ese camino que no es el perfecto, ni el elegido, encuentra otras cosas que le nutren y le enseñan, y desde luego aprende paciencia, templanza y autosuperación. Cada cual valora si ese fin merece las tribulaciones que el proceso le inflige y persiste o cambia de fin. La intromisión de una instancia ajena que «caritativamente» te dice cuál es la ruta o qué te conviene te impide aprender todas esas cosas. Y, lo que es especialmente grave, distorsiona la valoración que haces del fin.

Y eso es malo porque al final, la vida no es sino un cúmulo de decisiones, de planteamientos, de fines, de metas, más ambiciosas, menos, más complejas, más simplonas... pero es el mismo proceso. Para decidir si vas a emprender el camino para lograr ese fin es básico y fundamental tener bien claro cuál es el coste. Cuando no entré en la Facultad de Medicina porque mi nota era dos décimas menor de la que pedían, tuve que tomar una de las decisiones más importantes de mi vida. Me planteé si cursar un año de Biología y después acceder directamente a Medicina, si estudiar Enfermería, si renunciar a la nota y presentarme de nuevo al examen de acceso a la universidad, si estudiar cualquier otra carrera de ciencias, si dedicarme a la

Psicología. Una amiga de mis padres, cirujano, una de las especialidades que me atraían más, me habló claro del tiempo que tendría que dedicar, lo que tardaría en llegar a ser cirujano, sus luces y sus sombras. Me echaba para atrás estudiar Biología y acabar de profesora porque la investigación en España, ya se sabe. Entré en la Facultad de Económicas porque era una carrera que tenía matemáticas, aportaba cierta cultura general y permitía obtener un trabajo fácilmente. Soy economista, docente, investigadora y me dan miedo los médicos. Paradojas. Pero amo a lo que me dedico y creo que me pagan por la parte irracional de la docencia actual: la burocracia y corregir exámenes.

Por supuesto, cuando tenemos que tomar una decisión no disponemos, como yo, de dos meses y una familia entera a tu servicio para analizar los pros y los contras. Por eso, cuanto más claros estén los costes para todos (en términos de renuncia, energía, tiempo, etc.) más fácil es decidir y acertar. Si alguien manipula las señales que indican esos costes, está pervirtiendo tu decisión. No sabes si ese fin es el que de verdad escogerías si lo que te cuesta fuera más claro o no estuviera trastocado.

¿Qué pasa con los que no saben decidir? No importa, estamos preparados para ello. El ser humano ha llegado a donde ha llegado gracias a que, además del método de «ensayo y error», utilizamos la imitación para decidir cómo actuar. Yo podría haber pensado ¿qué hicieron la mayoría de las personas que no sacaron nota en el selectivo para llegar a ser médicos? Y haber emprendido ese camino aunque solamente fuera porque era el segundo óptimo exitoso para muchos. Y nos conformamos. A muchos les funciona. Gracias a eso la especie humana sobrevive. Hay que tenerlo presente cuando nos acusamos los unos a los otros de borregos. Actuar como si fueras el primero que se aventura

en ese camino puede llevarte a desaparecer en el primer escollo si no tienes en cuenta la experiencia de quienes te precedieron.

¿Y por qué tantos se equivocan?

Trasladado a las funciones del Gobierno, si los representantes electos se empeñan en proporcionar un ideal de felicidad colectiva máxima que no existe, lo que conseguirán es, probablemente, lo peor que le puede pasar a los ciudadanos, la alienación a fines ajenos.

Todo eso está muy bien, pero la realidad es que, el que más y el que menos, como mínimo en nuestro país, y por lo que nos muestran aproximadamente desde hace una o dos generaciones, lo que se pide es ayuda estatal, protección del Gobierno. Y aquí, además, funcionan todas las variantes, de las cuales la más habitual es la fórmula de los juegos de pilla-pilla infantiles, cuando salvabas a todos y repetías «Por mí, por todos mis compañeros y por mí el primero». Es decir, queremos que se ayude a la ancianita de la esquina, pero que nadie se olvide de lo que sufrimos quienes llevamos gafas, en especial, yo. Así que denme ustedes lo que me merezco, sálvennos a todos pero primero a mí.

Después de todo lo expuesto, podría pensarse que si tan mala es para la moral y el devenir de la humanidad la intervención del Estado, el mundo del siglo ^{xxi} está lleno de descerebrados. Y no es así. Lo cierto es que esta delegación en el Estado tan acusada es un fenómeno muy moderno que se deriva de cómo funciona nuestra cabeza desde que el hombre aparece sobre la Tierra. Nuestra mayor ocupación, en tiempo y energía dedicados desde el origen de los tiempos, es la resolución de problemas: la comida, la huida de los enemigos, el cobijo, la detección de mentirosos, y de esta manera, un racimo de cuestiones de las que dependía la

supervivencia de uno y de todos. Así que nuestro cuerpo está dotado de un sistema de recompensas químicas y psicológicas que favorecen el hallazgo de soluciones que permitieran entonces (y ahora también) avanzar al individuo y a la tribu.

Según los expertos en neuroeconomía y en psicología evolucionista, a medida que emergió la conciencia en nuestros ancestros más antiguos y se desarrolló el lenguaje, se desarrolló también su capacidad de considerar y tratar de resolver más problemas del medio en el que vivían, de su entorno natural. La resolución de problemas, cuando se percibe como satisfactoria, produce un sentimiento de control medioambiental, de estabilidad: ¡Vaya, parece que a pesar de todo controlamos esta naturaleza salvaje que nos rodea! Pero el resultado no es solamente práctico, también es bioquímico, y aparece en forma de recompensas neuronales. Todos las conocemos, se trata de las descargas de sustancias que nos hacen sentirnos eufóricos, lo que en lenguaje corriente llamamos «subidón».

Esta relación entre la aparición del conocimiento consciente y el lenguaje sofisticado, combinado con el deseo de mantener el equilibrio ecológico, generó en nuestros antepasados la necesidad de rellenar vacíos conceptuales para la comprensión de tres factores muy importantes: la causalidad, la moralidad y la mortalidad (trascendencia). A medida que éramos conscientes de todo lo que ignorábamos, que observábamos sin conocer la causa los fenómenos naturales; a medida que nos planteábamos si eso era bueno o malo y si estaba a nuestro alcance o se escapaba a nuestro control, sentíamos una mayor necesidad de aportar respuestas y teníamos la experiencia de que cuando proponíamos una solución y acertábamos nos sentíamos

fenomenal, como quien acierta la lotería. Pero no solamente personalmente, además el resto de la tribu nos miraba mejor y la autoestima social aumentaba.

Todo esto que parece tan complicado se entiende muy bien con un ejemplo. Imaginemos la primera vez que un ser humano, uno espabilado, no tonto, al que llamaremos Juan Maynardo, por ejemplo, ve una erupción volcánica. Ponte en su lugar. Tiembla la tierra, hay un ruido espantoso, y de lo alto de esa elevación sale una cosa viscosa y fluida que arrasa todo a su paso. ¿Qué sientes? Pánico, ¿no? Pues a medida que madurábamos como seres humanos desarrollamos la necesidad de a) avisar al de al lado de que la cosa viscosa que cae de la montaña viene otra vez y hay que salir corriendo, b) preguntarse qué es eso, qué lo ocasiona, si es bueno o malo y si es permanente o transitorio. El que lograra dar con la solución al problema se convertiría en el más popular de la tribu, sin duda, y además tendría esa sensación de haber hecho algo bueno para los suyos. Además del subidón físico, tendría la recompensa social y psicológica.

El deseo de explicar los fenómenos, especialmente los relacionados con la supervivencia y la pauta reproductiva, generó una postura normativa conscientemente reflexiva en las mentes de nuestros ancestros. Es decir, resolver problemas que permitieran vivir en un entorno estable se convirtió en un deber intencionado. Y en estas circunstancias se enmarca la necesidad de introducir un agente sobrenatural en los esquemas explicativos; y de ahí el eventual desarrollo de mitologías y religiones que vemos tan firmemente enraizadas alrededor del mundo en las culturas actuales. Porque, no nos engañemos, el tipo medio de turno, Juan Maynardo, incluso si en vez de un tipo medio consideramos uno muy listo, en aquellos momentos no tenía

modo y manera de saber a qué se deben las erupciones volcánicas. Así que valía una explicación mágica, del tipo «La diosa Gea se ha enfadado». No controlábamos el hecho pero creíamos saber a qué se debía. Y de ahí a una solución había un saltito: sacrificuemos cinco vírgenes para calmarla. Lógicamente, el sacrificio de cinco pobres muchachas no solucionaba el problema. Al poco habría otra erupción. ¿Y qué? Las diosas son así, pensaría Juan Maynardo, díscolas y caprichosas y, tal vez, quiere siete en vez de cinco vírgenes. Nuestro Juan Maynardo no sabe qué pasa realmente, pero su solución mágica devuelve la estabilidad a la tribu frente al entorno, el equilibrio ecológico; además, él se siente como el rey del mambo, ha dado con la clave del asunto (porque está convencido de que la diosa Gea se ha enfadado) y ha aportado una alternativa, se puede hacer algo. Todo cuadraría si no fuera porque esta solución es uno de esos casos en los que la mente humana, que es imperfecta, por si a alguien se le olvida, encuentra una salida que lleva al caos y a la desaparición de la propia especie humana. Si cada vez que hay una erupción volcánica la tribu de Juan Maynardo ofrece en sacrificio a la temible diosa Gea siete vírgenes, al cabo de un tiempo la tribu desaparece por falta de mujeres fértiles.

La conclusión es que el maravilloso mecanismo que es el cerebro humano, que nos ha traído al punto de civilización en el que estamos, tiene sus fallos. Y junto a teorías científicas que posteriormente fueron corroboradas, también genera errores a los que nos agarramos porque es mejor eso que la incertidumbre. Como Juan Maynardo y su tribu, que se quedaban más tranquilos pensando que la diosa se enfadaba que con la duda de por qué salía fuego de la montaña.

Que las políticas socialistas han llevado a la miseria a muchos países y el libre intercambio ha permitido a muchas personas, familias, pueblos, salir adelante de manera digna, mejorar su condición y mirar de tú a tú a los más ricos, son hechos que la historia económica corrobora. Los altos aranceles posteriores a la primera guerra mundial, en especial por parte de Estados Unidos, son un ejemplo. La situación en que el mercantilismo dejó a los países que infectó como una nueva peste en la Europa del siglo ^{xvii}, es otro.

A pesar de eso, la ideología socialista, manifestada en una izquierda buenista y en una derecha paternalista, es lo que hay. La libertad es un trapo con el que unos y otros limpian los estragos de su intervencionismo y, por eso, quienes defendemos esa libertad individual asociada a la responsabilidad de cada cual, el libre intercambio, y aborrecemos las políticas basadas en una filosofía que presupone que unos deben vivir a costa de otros, hemos perdido la batalla. Al menos la de la comunicación. La clave la tiene Segismundo, no Juan Maynardo. Segismundo es el personaje principal de la obra de Calderón de la Barca *La vida es sueño*. En esta obra, el genial autor nos pinta a un torturado hombre encarcelado en su propia ignorancia, como una revisión de la caverna platónica, que se duele por su falta de libertad. Son famosos los versos en los que alude a las bestias de la selva, los animales del campo, las aves, las aguas del riachuelo y termina planteando «¿Y teniendo yo más alma tengo menos libertad?».

La lección de Segismundo es que uno no es libre sino en el conocimiento y la consciencia de su propia ignorancia. En el prólogo a la cuarta edición de *La España invertebrada*, publicada en 1934, el filósofo español José Ortega y Gasset explica los motivos que le empujaron a escribir ese libro

diciendo: «Yo necesitaba para mi vida personal orientarme sobre los destinos de mi nación, a la que me sentía radicalmente adscrito. Hay quien sabe vivir como un sonámbulo; yo no he logrado aprender este cómodo estilo de existencia. Necesito vivir de claridades y lo más despierto posible».

La libertad implica permitir que existan diferentes opciones, asumir el riesgo de elegir, aceptar la tarea de reparar los errores, aprender de ellos, y seguir caminando. Esa pauta aplicada a la economía, a la vida política y a la vida en sociedad es el marco para el desarrollo de reglas del juego estables y para una convivencia pacífica y próspera, que quiere decir, con expectativas de mejora para todos. La diversidad de opciones institucionales es la base de todo lo demás. Para eso es necesario evitar sistemas políticos que encierran la toma de decisiones individuales en la cárcel del dirigismo moral, porque acaban por arrebatar a las personas la necesidad de ser libres y elegir, sustituyéndola por la necesidad de un decisor externo, que vele por nosotros.

En el mundo en que vivimos, que es el reinado de los Juan Maynardos del siglo XXI y el imperio de las soluciones mágicas, desmontar los argumentos a los que es fácil agarrarse y que proporcionan esa falsa sensación de seguridad es muy complejo. Hace falta una lucha contra uno mismo, como la de Segismundo, para soltar las cadenas y diferenciar entre el sueño del Estado del Bienestar, por buenista y atractivo que sea, y estar dispuestos a mirar la realidad y a contestar con un «no sé» o a aceptar la incertidumbre en ocasiones.

El liberalismo en el templo de Atenea

El objeto de la educación es formar seres aptos para gobernarse a sí mismos y no para ser gobernados por los demás.

HERBERT SPENCER

La diosa Atenea representa muchas cosas en la mitología griega. Protectora de Atenas, de Esparta, de Argos, Gortinos y de la Acrópolis; consejera, defensora de la bahía, de los bueyes, de la navegación. Creadora del olivo mediterráneo e inventora. Nació de la frente de su padre ya armada y por eso era imbatible en la guerra. Pero una de las más comunes funciones atribuidas a la popular Atenea era la de ser guía y maestra de héroes: ayudó a Aquiles, a Heracles, a Perseo, a Odiseo y a Hércules.

La diosa de la sabiduría y la inteligencia por antonomasia, en Madrid da nombre al centro cultural privado de más prestigio y solera de nuestros tiempos, el Ateneo.

Como la verdad científica, Atenea no fue poseída por nadie y eso le confería un estatus especial. Desde la frialdad de su mirada de la que Aquiles dijo que era «terrible», enseñaba a los hombres más valientes para que logaran la victoria. Y así, la academia, erguida sobre la frialdad de la lógica, los datos y el método, trata de guiar nuestros pasos en la batalla por la verdad. Desde el Templo de Atenea, el liberalismo hunde sus raíces en la profundidad de la historia y avanza por caminos no siempre amables, no siempre visibles o populosos. Hoy en día, da la sensación de que el templo de Atenea ha perdido su carácter sagrado y se ha convertido en un ágora donde todo se compra y se vende.

Si no es fácil trazar una línea entre qué es o no el liberalismo, tal vez porque no es una religión, ni hay mandamientos, ni cielos ni infiernos liberales, tampoco lo es

dibujar una historia del liberalismo. Conozco liberales que creen que hay que rescatar alguna parte (la más liberal) de la obra de autores como Jeremy Bentham, y otros para quienes el mismo autor es un peligroso autoritarista. Para los anarquistas de mercado, Adam Smith era un socialista como la copa de un pino y, sin embargo, para muchos es el referente del liberalismo. Pero es igual de importante aprender a valorar tanto la tradición del liberalismo escocés como las propuestas de la Escuela Austriaca, la Escuela de la Elección Pública o el institucionalismo. Si elaborar una historia del liberalismo es difícil para quienes nos hemos especializado en las ideas, para el resto de los economistas y, con más razón, para la gente de la calle, este tipo de líos es inabordable. Y no me extrañaría que esta maraña de autores, principios, divisiones y subdivisiones sea una de las razones por las que se rechaza el liberalismo antes siquiera de atravesar el umbral. Simple pereza.

Otro aspecto de la confusión está relacionado con el rastreo exhaustivo de afines cuando desde la atalaya de nuestros días miramos hacia atrás. En el Máster de Economía de la Escuela Austriaca dirigido por el profesor Jesús Huerta de Soto, el libro de texto de la asignatura Historia de las Doctrinas Económicas en el Contexto de la Escuela Austriaca de Economía es la obra en dos volúmenes de Murray Rothbard, libertario y relevante miembro de la Escuela Austriaca estadounidense del siglo xx. Siempre me ha resultado sorprendente su habilidad a la hora de encontrar protoaustriacos en lugares insospechados del pensamiento económico. En su fabuloso manual recorre tierras extrañas, tiempos remotos y allá donde va hay un referente de la Escuela Austriaca escondido bajo una piedra. Como afirma el propio autor en el prólogo de este grandioso trabajo, por extensión e importancia, «la obra elabora una

historia general del pensamiento económico desde una posición francamente “austriaca”, esto es, desde la perspectiva de alguien que se adhiere a la Escuela Austriaca de Economía». Teniendo eso en mente, se entiende mejor todo lo demás. Sin embargo, es como cuando tienes un hijo y tu suegra se empeña en reconocer algo de su familia en el recién nacido. No importa si el niño es clavado a tu padre, ella rebuscará y encontrará algo: la forma de las orejas, las manos pequeñas, el entrecejo... Tampoco es importante para su análisis que los recién nacidos raras veces se parezcan a sí mismos al cabo de unos meses y, no digamos, al cabo de unos años. Tan molesta para la recién parida como esa obsesión alimentada por el cariño de abuela, es la que exhibe Rothbard en el libro tratando de encontrar rastros «austriacos» por aquí y por allá.

Este fenómeno no es exclusivo de Rothbard y la Escuela Austriaca. Sucede en todo el panorama de la historia del pensamiento económico. El etiquetado es una tendencia del pensamiento humano también en economía. Estamos preparados por la naturaleza para encontrar patrones de conducta, reconocer similitudes en el aspecto, repeticiones en los fenómenos naturales, para poder eliminar peligros y discriminar entre amigos y potenciales enemigos. Pero, muchas veces, en vez de facilitar el estudio y la organización del pensamiento resulta contraproducente. Esa necesidad de identificar a tus pares, a los que son como tú, de justificar las creencias de uno, de sentirse perteneciente a un grupo especialmente cuando se está en minoría, es casi un sentimiento tribal que se estudia en psicología social y que encontramos en todas las escuelas, corrientes y tendencias y en aspectos de la vida moderna menos intelectuales, como el fútbol.

No debe ser excusa para desmerecer la gran obra de Murray Rothbard, que tiene muchas más luces que sombras, ni para rechazar el pensamiento liberal. Lo que hay que hacer es encender los focos, dirigirlos adecuadamente y tratar de simplificar. Por eso yo me voy a centrar en reflexionar acerca del pensamiento y los principios que defienden la libertad y responsabilidad individuales, desde una perspectiva genealógica pero siempre muy personal, intentando trazar el rastro de nuestras raíces.

Casi más importante es aclarar quién es quién en el liberalismo desde el punto de vista actual antes de recorrer nuestros orígenes. Es una tarea ingrata porque siempre habrá una rama alejada o muy poco representativa que no esté presente y, como es normal, desde su particular visión sus ideas son las más auténticas entre las auténticas.

Las tribus liberales del siglo xx: quiénes somos

Dentro de este apartado voy a distinguir entre los liberales desde dentro de las universidades, es decir, el pensamiento liberal, y los intelectuales liberales en el entorno universitario *ma non troppo*. Aprovecho para aclarar que, al igual que sucede en el resto del libro, es una perspectiva personal, hablo más de quien más conozco y de quien más me gusta a mí. Hay muchos libros y antologías de historia del pensamiento económico, listas de los principales *think tanks*, etc. Mi pretensión no es ser exhaustiva sino dar mi punto de vista honestamente y con toda humildad.

A) Las tribus académicas

Ateniéndonos al mundo académico, hay varias escuelas y corrientes de pensamiento que se declaran hoy en día liberales o de inspiración liberal.

En primer lugar, están los llamados liberales clásicos. Son la infantería del liberalismo. Los que empezaron por leer a Adam Smith y cayeron seducidos por los límites al poder del soberano que el filósofo escocés proponía y su visión de la libertad individual como consecuencia del sistema de libertad natural, por un lado, y como motor del aumento de la riqueza de las naciones, por otro. La extensión de las ideas smithianas a nuestros días se desdobra en tantas variedades como colores tiene el arcoiris. La razón es que Adam Smith no estaba escribiendo un catecismo o las normas de un club sino tratando de investigar qué factores explican que unos países logren aumentar su riqueza y otros no. De hecho, el mismísimo Karl Marx se inspiró en algunas teorías de Smith y de su principal sucesor intelectual, David Ricardo, a pesar del profundo desprecio que mostró por los liberales clásicos.

Los liberales clásicos de hoy en día, por ejemplo, aceptan las tres funciones que Adam Smith atribuye al soberano, al Gobierno. Una sería la justicia, otra la defensa y la tercera, la conflictiva, incluye las infraestructuras, porque permiten un mejor funcionamiento del mercado, y todos aquellos bienes y servicios en los que la iniciativa privada no esté interesada. La razón de este desinterés, según Smith, es económica: los costos para un individuo o pequeño grupo de individuos (una empresa) es excesivo, pero los beneficios de la existencia de este bien o servicio para la sociedad están fuera de duda, así que es el soberano con las rentas de todos el encargado de financiarlo. Y en ese punto aparece la compleja encrucijada porque ¿qué bienes y servicios son necesarios para la comunidad y no interesan económicamente a la iniciativa privada?

Para los liberales clásicos más estrictos no depende tanto de si interesan a la sociedad como de si, además de eso, hay algún individuo o grupo de individuos dispuestos a

financiarlo. Para los más laxos, primero hay que definir el interés de la sociedad y luego ya veremos. Esta diferencia tiene enormes consecuencias. Hay que tener en cuenta que la capacidad de financiación de los individuos y las empresas en los tiempos de Adam Smith, finales del siglo XVIII, no es la misma que dos siglos después. Las nuevas formas de asociación empresarial, el desarrollo de los mercados financieros, el crecimiento de las empresas tanto verticalmente (desde la obtención de materias primas hasta la venta minorista) como horizontalmente (diversificando la producción, abriendo nuevos nichos de mercado en sectores diferentes) han tenido como consecuencia que lo que antes no resultaba accesible financieramente ahora se puede afrontar, sean infraestructuras, hospitales o viajes a la Luna. En puridad, la idea de Smith era que cuando no era rentable pero sí necesario por el beneficio que ese bien o servicio representaba para la comunidad, entonces el Estado se haría cargo. Si no es tan beneficioso o la iniciativa privada está interesada, el Estado se echa a un lado. ¿Por qué? Porque para Smith solamente la competencia previene de los abusos derivados de la arbitrariedad.

Pero los seguidores menos escrupulosos, al plantearse en primer lugar qué es beneficioso para la sociedad, caen en la tentación de escribir la carta a los Reyes Magos y el número de los bienes y servicios que son necesarios crecen exponencialmente. Es normal, no son ellos quienes asumen las facturas sino los contribuyentes forzosos, los pagadores de impuestos. Pero sí son ellos los que reciben los votos de los receptores de concesiones, contratos de provisión al Estado, etc. Estos mismos liberales tibios adoran las ideas ambiguas de John Stuart Mill, quien en 1848 abogaba por la propiedad privada por ser el estímulo perfecto para el desarrollo de las personas, pero era partidario de abolir la

herencia y ciertas formas de redistribución por vía indirecta, lo que, bien pensado, es contradictorio con la defensa de la propiedad privada. Eso sí, todo a fuego lento, como se cocinan las ranas. Y, en realidad, eso es la socialdemocracia: un socialismo en el que se cocina al individuo a fuego lento. Los cocineros nos enseñan que si metes a una rana en una olla con agua hirviendo, la rana salta y se escapa. Pero si la metes en un recipiente de agua fría que pones a hervir a fuego lento, la rana apenas nota el cambio de temperatura y acaba cocida. De manera similar el socialismo de nuevo cuño va ocupando posiciones, tomando el mando de la vida de los individuos y arrebatando poco a poco parcelas que corresponden a la responsabilidad individual, como John Stuart Mill, que denunciaba a sus amigos socialistas puros antimercado y antipropiedad privada, pero que a la vez es el padre de la socialdemocracia junto con el francés (y mucho menos reconocido) Michel Chevalier. La llamada izquierda liberal parte de estos autores y llega hasta Ralf Dahrendorf (1929-2009), quien reformuló la teoría del conflicto de clases marxista, cerrando el círculo de la perversión izquierdista de la concepción del liberalismo.

A partir de la célula madre de los liberales clásicos podemos diferenciar los grupos que en el siglo xx se refieren a algún autor o escuela particular. Como los monetaristas de la Escuela de Chicago, la Escuela Austriaca y la Escuela de la Elección Pública.

Los monetaristas son los seguidores de Milton Friedman, fundador de la Escuela de Chicago. Friedman hizo más aportaciones a la teoría económica que a la teoría monetaria, destacó en macroeconomía, microeconomía, historia económica y, de hecho, ganó el premio Nobel en 1976 por sus logros en los campos de análisis de consumo, historia y teoría monetaria, y por su demostración de la

complejidad de la política de estabilización. Pero es conocido sobre todo por sus teorías monetarias. Frente al reinado de la arbitrariedad de las autoridades políticas que propugnaban los keynesianos, Friedman proponía una regla fija de crecimiento de la cantidad de dinero en la economía, con el objeto de eliminar la incertidumbre que los vaivenes y caprichos políticos pueden generar y pretendía que la economía se ajustara a esa regla. Friedman no se opone a Smith, al revés, son bastante afines, pero no es necesario ser smithiano para estar de acuerdo con Friedman o al revés.

De hecho, uno se puede encontrar en la universidad gente que simplemente esté de acuerdo con la regla monetaria de Friedman, o que haya leído toda su obra, en la que se enfrentaba a los keynesianos intervencionistas; o gente que haya leído a ambos, Smith y Friedman, y le parezca bien cada uno en su contexto y, finalmente, la opción más normal, puede toparse con profesores de universidad que sin haber leído a uno y a otro están de acuerdo, o por el contrario discrepan de ambos. Y esto desvela un fenómeno bochornoso de nuestras universidades. Porque la realidad es que usted se va a encontrar habitualmente con economistas que no han leído a Marx, Smith, Keynes, Hayek y hablan de sus ideas como si tomaran el café con ellos cada mañana. La cosa es mucho más dramática si consideramos la plana mayor de opinadores en los medios de comunicación y rayando en la opereta si nos referimos a los políticos. Pero en este caso no es realmente tan importante, porque leer a Mises no asegura poner en práctica políticas liberales, como tampoco asegura lo contrario leer a Marx.

Friedman tiene muy mala prensa entre la izquierda porque sus políticas económicas tuvieron un éxito sin parangón en un país en el que gobernaba un dictador: el

Chile de Pinochet. Milton Friedman se estableció y creó escuela en el Departamento de Economía de la Universidad de Chicago, en Estados Unidos. Su fama internacional explica que muchos jóvenes universitarios de todos los lugares del mundo desearan estudiar sus teorías bajo su tutela. Así nació la Escuela de Chicago y los llamados «Chicago Boys». En el año 1954, la Pontificia Universidad Católica de Chile firmó un acuerdo de posgrado con la Universidad de Chicago y muchos jóvenes licenciados chilenos se fueron a formar allí con Friedman. Sin entrar en los acontecimientos políticos de Chile en los años setenta, que no dependieron en absoluto de Milton Friedman, lo que sucedió es que cuando Pinochet tuvo que poner en manos de alguien la economía del país, los economistas mejor preparados eran ese grupo de jóvenes chilenos que vieron la oportunidad de llevar a la práctica las reformas propuestas por el gran economista estadounidense. Y funcionaron. Eso no tiene perdón posible para la izquierda y para los defensores de la economía planificada. Son capaces de abrazar a Castro, dictador cuya política económica ha traído el hambre a varias generaciones de cubanos. Y esa misma sangre fría y cortedad de miras les lleva a acusar de asesinos a los jóvenes economistas que pusieron en marcha las reformas que Chile necesitaba. Pero como siempre ocurre, la realidad supera a la ficción y periodistas estadounidenses han rematado la faena, como la infame Naomi Klein, quien ha elaborado todo un montaje compuesto por libro, entrevistas y documental difamando al mismísimo Friedman y a sus seguidores, defendiendo la tesis de que para ser aplicadas sus ideas necesitan de catástrofes, naturales o no, que devasten un país y a partir de ahí, salir adelante. He tenido la oportunidad de conocer personalmente a José Piñera, doctorado y máster por Harvard, quien explicaba con

ojos brillantes lo complicado que fue convencer a los chilenos de que ese sistema nuevo de pensiones que él defendía era bueno. Y durante muchos meses aparecía en televisión él, ministro de Trabajo entonces, a explicar idea tras idea cuáles eran las bases de esta reforma. En el discurso de celebración del Día del Trabajo, el 1 de mayo de 1980, Piñera anunciaba la creación del sistema de capitalización con estas palabras: «Trabajadores chilenos. El año pasado, en esta misma fecha, les invité a mirar el trabajo cotidiano en la perspectiva grandiosa del acto en que el hombre imprime las huellas de su propia alma sobre la naturaleza, participando de esa manera en la creación continua del universo. Hoy quisiera invitarlos a una reflexión expresa sobre el lazo que une al trabajo con la libertad. Toda forma de trabajo es un ejercicio constante de la libertad humana. Mediante su trabajo creador, el hombre no sólo expresa y manifiesta su condición libre, sino que también acrecienta día a día la magnitud de su libertad. El hombre, trabajando más y mejor, se libera de la servidumbre de las ciegas fuerzas de la naturaleza, de la esclavitud geográfica, de las imposiciones del clima y del medio ambiente. El hombre, trabajando más y mejor, se libera también de las coacciones sociales y de las presiones políticas. En efecto, su capacidad creativa le permite erguirse con firmeza frente al posible atropello de un Estado totalitario, que para imponerse requiere una masa anónima de siervos tan dóciles como carentes de educación laboral. Y con el producto de su mayor y mejor trabajo, el hombre conquista ese tanto de propiedad privada, de libertad económica, que es la base de su libertad social y política, pues le impide ser arrasado por un poder central absoluto: sólo el que nada tiene puede caer bajo el yugo de esas fuerzas impersonales e irrestrictas.»

Y su sistema ha sido un éxito. Algo que, de nuevo, la izquierda no puede perdonar jamás. De ahí que existan páginas en las redes sociales donde le llaman «el Padre del Anticristo». Hay que decir que, como liberal, José Piñera en 1979 promulgó la ley que aprobaba la existencia de sindicatos libres exigiendo voto secreto para elegir a los dirigentes sindicales y permitiendo la libertad plena de afiliación a un sindicato dentro de una empresa, descentralizó la negociación laboral y fortaleció la ley antimonopolio. Unos años más tarde, cuando se aprobó su Ley de Minas, simplemente, se fue. Hoy en día continúa su cruzada para lograr que los pensionistas de todos los países posibles puedan vivir mejor sin endeudar a sus conciudadanos gracias a su modelo de pensiones de capitalización. A la gente de izquierdas más rencorosa le dolerá saber que sigue teniendo éxito.

Lo mejor de todo es que los críticos del liberalismo académico nos acusan de que nuestras propuestas son demasiado teóricas, lo llaman liberalismo de salón, destacan que son medidas alejadas de la realidad de la gente, especialmente de la gente menos favorecida. José Piñera es el ejemplo de que esa crítica no se sostiene y que sí se puede bajar de la academia a la calle.³

Treinta años después, gurús de la izquierda como Paul Krugman siguen intentando desmontar, sin lograrlo, el éxito económico de las propuestas friedmanitas. Todavía hoy sigue difundiéndose la propaganda perversa acerca de la alianza de Friedman y sus seguidores con cualquier tipo de dictaduras, llegando a sugerir atrocidades simplemente porque no soportan que su socialismo de mercado (oximorón donde los haya) no triunfe, y que su sacrosanto Estado del Bienestar esté herido de muerte. Es más fácil

denigrar, mentir y falsear la verdad que aceptar que las bases que te encaraman como santón del siglo ^{XXI} están fabricadas con humo.

Como suele suceder, de los chilenos friedmanitas se ha pasado a denominar neoliberales o *neocons* (es decir, representantes del mal sobre la Tierra) a todos los que defienden la reducción del peso del Estado. Lo más curioso es que un liberal se opone por definición a los conservadores y, por tanto, a los neoconservadores (que es lo que significa el término *neocon*). Y para entender de qué se trata, nada como acudir al *Urban Dictionary* donde se define a los *neocon* como gente dispuesta a gastar de manera insana y criminal, racistas radicales partidarios de un Nuevo Orden Mundial de tipo orwelliano, que tratan de combinar lo peor de la socialdemocracia y lo peor del conservadurismo. Y termina con la siguiente afirmación: Los neocon son la mayor amenaza para la vida, la propiedad y la libertad que jamás haya tenido este país (refiriéndose a Estados Unidos). Más allá de la pizca de sorna y de ironía de esta exagerada definición, es cierto que los neoconservadores no defienden como triple pilar de la civilización la vida, la libertad individual y la propiedad privada, sino que muchas veces son partidarios de sacrificar uno o varios de estos principios por razones de «causa mayor», como el acceso al petróleo. A pesar de su defensa de la libertad individual, de las políticas desregulatorias, de la bajada de impuestos como forma de promover el crecimiento económico y de su lucha contra el comunismo, Ronald Reagan, expresidente de Estados Unidos, es considerado un *neocon* por muchos libertarios por su política militar expansionista. Por otro lado esa característica no es exclusiva de Reagan, más bien es común a un elevado número de presidentes estadounidenses desde antes de Reagan y hasta nuestros días.

Milton Friedman tiene asegurada la sucesión intelectual. Curiosamente, también la tiene desde un punto de vista más humano porque su hijo David Friedman, que es anarquista de mercado (los más radicales libertarios), también es profesor universitario, y su nieto Patri Friedman es director del Seasteading Institute, una organización que promueve la construcción de lugares libres en medio del océano, bien plataformas fijas, bien plataformas móviles, en donde se puedan organizar comunidades sin estar sometidos a las rigideces que los Estados socialdemócratas actuales nos imponen, es un anarquista de mercado pragmático.

Además de la Escuela de Chicago, nuestro siglo nos ofrece como opción liberal la Escuela de la Elección Pública. Esta escuela fue fundada por otro premio Nobel de Economía, James M. Buchanan, que fue galardonado justo diez años después que Friedman, en 1986. Buchanan se había formado en las teorías de la Escuela Austriaca. Eso explica que diera tanta importancia al concepto de «coste de oportunidad», que se define como la pérdida en que se incurre por emplear los recursos escasos en una alternativa en vez de otra. A Buchanan no se le escapaba que el coste de oportunidad está en cada elección que realizamos en todos los aspectos de nuestra vida: cuando pedimos carne en vez de pescado, cuando compramos una casa en este barrio en lugar de hacerlo en aquel otro, cuando damos de lado a esta persona y nos acercamos más a esa otra... en todos los casos, el beneficio (material o inmaterial) que podríamos haber obtenido si hubiéramos optado por la otra alternativa representa el coste de oportunidad. Y decidió aplicarlo a las elecciones políticas. No solamente a las elecciones de los votantes, sino también a la toma de decisiones de los gestores políticos, quienes actúan movidos por su propio interés, como el resto de la humanidad, pero juegan con

dinero ajeno, y no propio. Esta aplicación de la racionalidad económica al ámbito de la política es enormemente fructífero y abarca infinidad de temas. A él se deben conceptos tan relevantes como el de *free-rider*, o gorrón, refiriéndose al que se zafa de pagar un servicio público costado por todos y no le pasa nada. O como el concepto de buscador de rentas, que son los parásitos que buscan la subvención estatal y enfocan su vida profesional de manera que se les termina financiando sus ideas, sus circunstancias y detraen recursos que podrían ser mejor empleados. Un instrumento de análisis político que aporta esta escuela es el problema del Principal-Agente, en el que se estudia en qué condiciones y bajo qué incentivos aparecen los problemas de riesgo moral en el ejercicio de las funciones públicas de nuestros políticos, en general. Pero la extensión de la teoría de la elección pública (*public choice*) más importante es el análisis constitucional y su relación con la rama de la teoría del derecho conocida como «Análisis Económico del Derecho» (*Law and Economics*), cuyo abanderado es Gary Becker, premio Nobel de Economía en 1992, aunque no fue éste su único campo de investigación. El AED estudia las consecuencias económicas que tienen las decisiones jurídicas, como, por ejemplo, el impacto en sus resultados del modo de elegir los magistrados del Tribunal de Cuentas, o el análisis de las preferencias de los jueces y su efecto en las sentencias y en el funcionamiento de la justicia.

En ambos casos se trata de ampliar los horizontes de la acción humana, la libertad y la responsabilidad individuales y relegar la acción del Gobierno a aquello que sea imprescindible. Una de las líneas de investigación más interesantes para el futuro es el estudio del funcionamiento de nuestras instituciones medulares de justicia, como el Tribunal Constitucional, el Consejo General del Poder

Judicial, el Tribunal Supremo o el Tribunal de Cuentas, pilares de las demás instancias judiciales que lamentablemente no constituyen un buen sistema de *check and balance*, de contrapeso del poder político.

He dejado para el final la Escuela Austriaca porque representa una opción académica que no parte de los clásicos ingleses del ^{xix} sino que sus raíces provienen de la Escuela de Salamanca, al menos de manera indirecta, como veremos en la parte de pensamiento económico. De momento, me interesa destacar cuáles son las premisas de los que se consideran liberales austriacos. Por supuesto, su relación con Austria es que el fundador, Carl Menger, y Ludwig von Mises y Friedrich von Hayek, los dos representantes más importantes de nuestros días, si exceptuamos a Murray Rothbard, eran austriacos.

Los economistas austriacos no son un bloque. Hay algunos seguidores de dicha escuela que se centran en las aportaciones de Carl Menger y su papel en la teoría económica de finales del siglo ^{xix} y otros que abrazan las obras de Mises como si no hubiera nada más. Tampoco es una característica atípica del ser humano. Especialmente en escuelas de pensamiento tan longevas que han dado varios líderes y han mutado para amoldarse a los problemas económicos de diferentes siglos. Este fenómeno se percibe más desde finales del ^{xix} hasta nuestros días, cuando parece que hay cierto resurgir y la Escuela Austriaca tiene un eco renovado especialmente entre la juventud.

Hablar de Escuela Austriaca en España es hablar del profesor de la Universidad Rey Juan Carlos Jesús Huerta de Soto, que ha hecho más que nadie por la difusión de esta escuela en nuestro país, implicándose personalmente y financiando sus iniciativas.⁴ Su popularidad y la radical

defensa de los presupuestos de la Escuela Austriaca le ha valido el enfrentamiento, a veces obsceno y poco honesto, de quienes no están de acuerdo con él bien porque se declara seguidor de la Escuela Austriaca, bien porque tampoco oculta sus ideales anarcocapitalistas o como él prefiere llamarlo, la anarquía de libre mercado. Esta ideología pretende la eliminación absoluta del Estado, aunque no de la ley y el orden.

Pero no solamente en España tenemos líderes de esta escuela, en Francia encontramos al profesor Pascal Salin, en Argentina hay toda una corriente de profesores austriacos y en Estados Unidos destacan los profesores que conforman el Mises Institute, como Robert Murphy o Peter Klein, y otros como el profesor Larry White, a quien he tenido la oportunidad de conocer, o el profesor de la Universidad George Mason Peter Boettke, a quien admiro y sigo en las redes sociales y con quien comparto, en gran medida, la visión de la teoría económica actual. Para el profesor Boettke la Escuela Austriaca no debe ofrecerse como un conjunto de biografías intelectuales sino como un cuerpo de teorías económicas, que es lo relevante. Y entre ellas hay que destacar, por lo diferente que es respecto al resto de escuelas, el individualismo metodológico y poner en el centro la acción humana con las consecuencias que esto implica: la preocupación por estudiar el proceso de mercado más que el momento del equilibrio en el mercado, la consideración de la economía como un proceso dinámico, impredecible y sujeto a errores (como la propia acción humana), la importancia conferida al empresario, la empresariedad y el proceso de descubrimiento empresarial en que consiste la competencia en el mercado, la idea de que el dinero no es neutro. Estas ideas, junto con la descripción

del proceso productivo de forma completamente diferente a la ortodoxa, llevan a teorías tan jugosas como la Teoría del Ciclo Austriaco o sus aportaciones sobre el empresario.

B) Tribus no tan académicas

Lejos de los campus universitarios pero ligados al liberalismo en general aparecen en el panorama internacional, especialmente en el estadounidense, algunos movimientos como los Left-Libertarians, los Agoristas (ambos descendientes ideológicos de Rothbard) y el Tea Party, movimiento cívico libertario.

Todos los movimientos civiles tienen su origen en el pensamiento de los autores mencionados en la anterior sección. Se trata de una prolongación de los mismos llevado al activismo y a la formación de la ciudadanía. En Estados Unidos, donde realmente tienen representatividad, el movimiento libertario se vio fragmentado en los años setenta a partir de las enseñanzas de Murray Rothbard y, tal vez, por falta de «sustento» académico.

Del tronco de los liberales de la Escuela Austriaca salió una rama de anarcocapitalistas, o anarquistas de mercado, que creen que lo ideal es llegar a una sociedad en la que rija el orden pero no exista el Estado. Los servicios públicos serán contratados por los ciudadanos entre una multiplicidad de empresas privadas (de defensa, de justicia, de suministro de agua, luz y energía...). La gente estará habituada a descontar su seguro de desempleo y su pensión de la misma forma que ahora uno contrata un seguro dental. Los recursos disponibles para cada ciudadano, al no tener que pagar impuestos, será mucho mayor, y como el hombre no es un lobo para el hombre, habrá un sistema de ayudas a quienes no puedan obtener rentas con las que mantenerse. Como no habrá fronteras al intercambio de bienes, capitales

y personas, se equilibrarán salarios y precios. Como habrá libertad bancaria y monetaria, se empleará el medio de cambio más eficiente y no habrá un banco (o *pool* de bancos privilegiados por los gobiernos) que creen burbujas y manipulen los tipos de interés. Y, finalmente, como no habrá trabas a la creación de instituciones, los problemas que aparezcan, que lógicamente aparecerán, se irán resolviendo de mejor o peor manera, pero logrando que a medio plazo se vaya perfeccionando el modelo.

Ésa es la opción anarcocapitalista que en nuestro país defiende Jesús Huerta de Soto, y que en los Estados Unidos de los años setenta y ochenta estaba liderada por Rothbard. A partir de ahí, un grupo de discípulos se planteó cómo se conseguiría la estabilidad en ese sistema si, por lógica, las empresas tratarían de coludir para generar monopolios y hacerse, de esta mezquina forma, con el mercado. Y así surgieron los llamados «Libertarian Left» o izquierda libertaria, que coincide en todo con la anterior (incluso en el libre mercado y respeto a la propiedad privada absoluta) excepto en lo que se refiere a los monopolios, que deben prohibirse. Estos atípicos seguidores de Rothbard han emprendido una cruzada contra las grandes empresas confabuladas con los gobiernos, que realmente está siendo muy beneficiosa por su denuncia del *crony capitalism*, pero sus denodados intentos de desvincularse del resto de los libertarios muchas veces no hace sino ensombrece el panorama.

Lo mismo sucede con los agoristas, seguidores de Samuel E. Konkin III, autor del *New Libertarian Manifesto*. Los agoristas plantean una manera de llegar a ese ansiado ideal anarcocapitalista, parecido a una colonización. Se trata de vivir cada cual fuera del sistema. Utilizar Linux, no empadronarse, no escolarizar a tus hijos, no utilizar la

seguridad social, si puedes, tampoco el alumbrado público, etc. Si fundamos una pequeña aldea donde nos buscamos la vida y elegimos lo que ellos llaman «mercado gris», que no llega a ser ilegal, lograremos presentar una alternativa anarcocapitalista en marcha y que funciona a nuestros vecinos. Quienes estén dispuestos a abandonar una vida miserable, encadenados a un sistema impositivo y unos cánones socialistas, se unirán a estos agoristas. Poco a poco, el ejemplo cundirá y se lograrán más zonas agoristas que acabarán por ocupar más y más territorio. Por supuesto, Konkin sabía que este proceso duraría muchos años. A pesar de ello no parece que sus ideas hayan tenido mucho éxito.

Pero más allá de estos grupos ligados a iniciativas populares o políticas no muy académicos, hay instituciones surgidas como *think tanks* que han terminado por conformarse como centros de enseñanza. Aunque la mayoría son estadounidenses, en España contamos con el centro de estudios OMMA (centro Online de Madrid Manuel Ayau) que aún está dando sus primeros pasos pero que será una universidad liberal exitosa en unos años.

Instituciones como la Sociedad Mont Pèlerin han sido la semilla de otras muchas a ambos lados del Atlántico. Fue fundada en 1947 por iniciativa de Hayek, quien reunió en un hotel del pueblo suizo de Mont Pèlerin a más de cuarenta intelectuales, tales como Karl Popper, Ludwig von Mises, Lionel Robbins, Michael Polanyi, Röpke, Frank Knight o Salvador de Madariaga. A partir de entonces y hasta nuestros días, la SMP ha servido de centro de conexiones de las mentes liberales de todos los lugares del planeta. Uno de sus frutos más importantes es la cantidad de otros centros de pensamiento liberal que han puesto en marcha algunos de sus miembros, como Leonard Read, fundador de la Foundation for Economic Education, y Anthony Fisher, que

es el fundador del Institute of Economic Affairs (Londres, 1955), la Heritage Foundation (Washington, 1973) o la Atlas Economic Research Foundation en 1981, hoy denominada Atlas Foundation. He tenido la suerte de conocer a personas que llevan muchos años trabajando para esta fundación por todo el mundo, como Alejandro Chafuen, que recorre miles de kilómetros cada año para apoyar las iniciativas de *think tanks* de todo el mundo. Alex Chafuen es especialista, además, en el pensamiento de la Escuela de Salamanca y autor de un libro en el que explora las raíces cristianas del liberalismo.

Entre los presidentes de la Sociedad Mont Pèlerin están figuras internacionales del liberalismo académico como el catedrático francés Pascal Salin, el italiano Bruno Leoni o el fundador de la Universidad Francisco Marroquín de Guatemala, Manuel Ayau. Pero además, en su consejo de dirección figuran amigos liberales como el peruano Enrique Ghersi o el antiguo rector de la Universidad Francisco Marroquín Giancarlo Ibargüen. Hoy en día, las reuniones de la SMP albergan muchos asistentes de todo el mundo (españoles también) que comparten, exponen, critican y debaten diferentes aspectos de los problemas a los que actualmente se enfrenta una sociedad libre. Desde este septiembre del 2014, el presidente de la Sociedad Mont Pèlerin es Pedro Schwartz, por lo que me siento especialmente orgullosa y que espero que suponga un empujón para la difusión de las ideas liberales en España. A la Mont Pèlerin le ha salido una réplica en Estados Unidos, la AIPEE y otra, la Property and Freedom Society en Turquía.

En Europa, el Istituto Bruno Leoni, o el Austrian Economic Centre de Viena que, entre otras cosas, organiza el fantástico Free-Market Road Show, son ejemplos de cómo

enseñar los principios liberales más allá de la universidad. Desde la caída del muro de Berlín han aflorado exitosos *think tanks* en las universidades de la Europa del Este, muchas de ellas de inspiración en el pensamiento austriaco, entre otras cosas gracias a que los libros del profesor español Jesús Huerta de Soto se han traducido a más de 20 idiomas.

En Latinoamérica hay una verdadera cosecha de *think tanks* que se han creado en principio por imitación y que, además de la difusión en las redes sociales de sus ideas y actividades, organizan conferencias, cursos o universidades de verano, a las que invitan a profesores de todo el mundo para que impartan clases magistrales a un público no necesariamente universitario. Es notable el esfuerzo de RELIAL (Red Liberal de América Latina), que fue desarrollada en el año 2004 por el mexicano Víctor Becerra con el apoyo de la Fundación Friedrich Naumann y ha logrado poner en contacto virtual a los liberales de los dos lados del Atlántico.

En España, además del *think tank* Civismo, de reciente creación, destaca (y queda feo que lo diga yo pero es inevitable) el Instituto Juan de Mariana, capitaneado por su director, Juan Ramón Rallo, y su vicepresidenta, Raquel Merino, que desarrolla actividades como la universidad de verano (que ya ha cumplido siete años), el Congreso de Economía Austriaco y charlas semanales desde hace casi una década. El buen hacer de ambos es el responsable de que la ausencia del presidente, Gabriel Calzada, no impida no solamente continuar con las actividades de siempre, sino ampliar el espectro y mejorar día a día.

Pero quiero destacar una organización en concreto por diversas razones. Primero, por lo que le debo intelectualmente y, en segundo lugar, porque sus principios

fundacionales coinciden en un alto porcentaje con los míos. Se trata del Liberty Fund, fundación creada en 1960 gracias a la voluntad y la buena cabeza de Pierre Goodrich y, tras su fallecimiento en 1973, liderada por su mujer Enid. No fue algo excepcional en sus vidas. Pierre provenía de una familia educada en la filantropía y no era la primera organización que fundaba. Pero sí ha sido la que más trascendencia ha tenido a largo plazo. Él no era un académico sino un empresario con un profundo amor por la libertad y unas insaciables ganas de aprender. En sus escritos están plasmados los principios liberales de manera mucho más clara que en muchos de los sesudos análisis de profesores de universidad que, encerrados en sus despachos, saben la letra, pero no la música de la libertad.

Pierre y Enid crearon un fondo financiero para costear reuniones de intelectuales, no necesariamente universitarios, dispuestos a discutir sin prejuicios, abiertamente, a partir de textos clásicos relevantes (desde Shakespeare y Aristóteles hasta Lord Acton, Smith o Bastiat). Una visita a la página www.libertyfund.org muestra hasta dónde han llegado los esfuerzos de los Goodrich. No solamente se mantienen los ciclos de seminarios en todo Occidente y más allá, sino que también se ha creado una biblioteca virtual donde se pueden consultar los mejores libros de filosofía, economía, política, derecho... disponible para todo el mundo. Lo que más me acerca al ideario fundacional de Pierre Goodrich es la idea de que la defensa de la libertad solamente puede partir de la humildad. Porque si no entendemos que somos imperfectos, que nuestras instituciones también, y que la comprensión de la naturaleza humana es una tarea ilimitada, entonces estamos expuestos a caer en el error de quienes pretenden

planificar la vida de la sociedad aniquilando, de manera evidente o soterrada, la libertad individual, que es el objetivo en sí misma.

Además de esta proximidad ideológica, en los coloquios del Liberty Fund, primero en los organizados conjuntamente por Lucy Martínez Mont en la Universidad Francisco Marroquín y después en Colombia, México, Portugal, República Checa, Inglaterra y en Estados Unidos, he tenido la oportunidad de conocer una red de mentes y corazones comprometidos con el mismo ideal que yo, desde diferentes puntos de vista, realidades, formación, pero con las mismas ganas de aprender de los demás. No solamente he tenido el placer de trabajar con algunos de ellos en otras iniciativas, me siento orgullosa al afirmar que he entablado amistades verdaderas de las que no quiebran ni el tiempo ni el espacio. Y eso, para mí, no tiene precio. No puedo dejar de nombrar a Roberto Salinas, Esteban González (y el Movimiento Libertario de México), José Benegas, Bertha Pantoja, Yesenia Álvarez (y el Instituto Político para la Libertad de Perú), Guillermo Cabieses, Guillermo Lousteau, Walter Castro, Juan Carlos Cachanosky, Sari Levy, Jimena Hurtado y muchos más que me estoy dejando inevitablemente en el tintero; por supuesto a los amigos que trabajan en el Liberty Fund que siempre me apoyan como Emilio Pacheco y Leónidas Zelmanovich; y los amigos que he conocido de la Universidad Francisco Marroquín gracias a estos coloquios, empezando por el propio Muso (Manuel Ayau), Giancarlo Ibargüen, Eduardo Mayora, Ramón Parellada, Luis Figueroa, Lucy Martínez Mont, Mayra, las dos imprescindibles Andreas y toda la lista de personas con las que los lazos traspasan el ámbito intelectual y terminando, como no podía ser de otra forma, con Gabriel Calzada, que fue la persona gracias a la cual conocí la Marroquín y el Liberty Fund.

Gracias al Liberty Fund muchos liberales de España, que somos como bichos raros, nos sentimos acompañados en nuestras inquietudes y vemos abierto todo un mundo de colaboraciones en proyectos, publicaciones, congresos, que son tan enriquecedores.

De dónde venimos:

la evolución del pensamiento liberal

El origen intelectual del liberalismo aceptado por la comunidad científica se enmarca paradójicamente en España, en la llamada Segunda Escolástica, cuando parte de la Escuela de Salamanca destaca por una visión del hombre como hijo de Dios, creado libre.⁵ De este modo, la libertad sería intrínseca a toda persona y de origen divino, y por tanto, no habría instancia civil que pudiera recortar esta libertad. Por supuesto, la contrapartida de la libertad era la responsabilidad individual, y ese hombre creado libre, debía responder ante Dios y su Iglesia de sus elecciones. A quien pueda parecerle sesgado, no hay que olvidar que la ciencia en esta época era protegida y fomentada por monjes con una intención normativa, desde luego. Además, estos monjes centraban su perspectiva en el derecho, en el estudio de los contratos, que son la manifestación legal de todo intercambio económico. Así que su manera de entender la economía era bastante particular. Y, a pesar de eso, en muchos temas, como en su visión del mercado, o su pensamiento monetario, se trata de una visión más completa y moderna que la de muchos autores posteriores.

El hecho de que la primera escuela de pensamiento de carácter liberal fuera española no deja de ser una paradoja porque el liberalismo en la práctica en nuestro país es la historia de un fracaso permanente. A pesar de la afamada Constitución de 1812, de las propuestas de los llamados

liberales del ^{xix}, etc., los resultados hablan por sí solos, y la relevancia del liberalismo a la manera de nuestros antecedentes escolásticos o al estilo de la Ilustración escocesa desapareció prácticamente del todo de nuestro panorama. No sin razón se afirmaba que los liberales en España cabían en un coche. Siendo optimistas, tal vez hoy ocupemos un autobús entero.

En la medida en que las ideas liberales de estos escolásticos se afianzaban en diferentes países, los principios liberales se difundían. El que el pensamiento escolástico fuera compartido en toda Europa a través de los monasterios, verdaderas redes de conocimiento de la época, y el latín, el lenguaje de la ciencia, fue una gran ventaja. Pero la Escolástica tuvo también su decadencia y otras propuestas intelectuales ocuparon su lugar, especialmente a partir de la Reforma.

La herencia escolástica fue recogida en Francia por Turgot, en los Países Bajos por Grotius y en Alemania por Pufendorf. Estos dos últimos autores fueron, a su vez, la base sobre la que elaboraron su pensamiento filósofos muy relevantes del siglo ^{xviii} como los llamados «filósofos escoceses del sentido común», que son, ni más ni menos, los maestros de Adam Smith, el padre del liberalismo clásico. Adam Smith, filósofo escocés, fue el heredero de las ideas de Francis Hutcheson, cuya cátedra ocuparía más tarde, y de quien, en mi opinión, no se habla lo suficiente. Era un profesor revolucionario que, por primera vez en la Universidad de Glasgow, decidió dictar sus clases de filosofía, ética, jurisprudencia y política en inglés. El carisma de Hutcheson sedujo a Adam Smith y le llevó a estudiar bajo su dirección. Además del iusnaturalismo de estos autores, que presupone que existe una ley natural que debe regir

nuestros actos, Adam Smith aprendió de su entorno las principales herramientas que luego le ayudaron a ensamblar su sistema de libertad natural.

Tomó elementos de David Hume, filósofo y amigo, quien destacaba cómo a partir de la ley, la seguridad que ésta favorecía permitiría que los hombres desarrollaran su infatigable curiosidad y, de esta manera, florecerían las artes y las ciencias. David Hume fue uno de los autores que desmontó la idea mercantilista de que hay que cerrar las puertas a las importaciones y favorecer las exportaciones. Él creía que el comercio no es un juego de suma cero y, por tanto, cuanto más riqueza tengan mis vecinos mejor, así podrán comprarme más bienes, de forma que no tiene sentido la guerra mercantil que tantas políticas intervencionistas había justificado. Además, describió cómo si los precios fueran libres y no hubiera aranceles, las entradas y salidas de metales preciosos y de bienes se equilibrarían a largo plazo.

Adam Smith tuvo la virtud de recopilar todo el saber que estaba a su disposición y publicó en el momento y lugares adecuados su obra más importante, *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones* (1776). En ella explicaba cómo, para que los intereses individuales y los de la sociedad estuvieran en perfecta armonía, era necesario respetar la naturaleza humana que le lleva, por un lado, a intercambiar no solamente bienes, sino ideas, favores, etc., y por otro lado, a buscar su propio interés sin que eso le haga un ser egoísta por naturaleza, ya que estamos provistos de mecanismos para compensar esa tendencia: la percepción individual de la norma moral del entorno y la capacidad para ponernos en el pellejo de los demás. A partir del estudio de ese ser humano, Smith describió el sistema económico y propuso un respeto por la

libertad individual que, si bien no era único y original, sí consiguió calar, desde entonces hasta nuestros días, en generaciones y generaciones.

Adam Smith fue el autor más conocido de la Ilustración escocesa. Durante el siglo siguiente, en Gran Bretaña se desarrollaría la Escuela Clásica de Economía que reinterpretó los principios económicos del maestro, pero no destacaron por una defensa muy afanosa de la filosofía liberal. En ese mismo siglo, pero en Francia, algunos autores como Jean-Baptiste Say, Alexis de Tocqueville y Frédéric Bastiat, especialmente este último, daban la batalla en un país que vivía un siglo XIX lleno de cambios, malas políticas económicas y un nombre que marcó toda una época: los Napoleón.

El gran historiador del pensamiento económico francés Philippe Nemo destaca en su libro *Histoire du libéralisme en Europe* que, a pesar de la cantidad de manuales, artículos y libros de historia del pensamiento económico liberal que se han escrito desde el lado anglosajón del mundo de la ciencia económica, también hay un nutrido grupo de economistas liberales en la Vieja Europa continental. Y así, desgrana las aportaciones españolas, alemanas, italianas y, por supuesto, francesas, y las suma al elenco de pensadores liberales. Entre ellos, mi claro favorito por diferentes razones es Frédéric Bastiat. Una de esas razones radica en que creo que la historia no le ha colocado en el lugar que se merece. Y, en parte, esa injusticia se debe al sentido del deber para con el liberalismo del propio Frédéric Bastiat. Siendo un estudioso y un amante del pensamiento político y económico, consciente de la popularidad que en la Francia del XIX tenía el pensamiento socialista, se decidió a combinar su estudio y su actividad profesional como gestor de la hacienda familiar, con la divulgación en los diarios más populares de París de

sus ideas acerca de los problemas económicos de la Francia en que vivía. Su sorpresa fue mayúscula cuando el director del periódico le escribió explicándole que los lectores, incluso quienes discrepaban de su punto de vista, habían felicitado al periódico porque, por fin, alguien había expuesto el problema y las soluciones de manera clara y sencilla. Sabedor de lo difícil que es encontrar a un teórico de la economía que se acerque a la mentalidad de la gente de la calle, Bastiat vio en el periodismo una batalla que debía librarse, y si él era el más capaz, incluso si su pasión era la filosofía del Estado y el pensamiento económico, debía afrontar esa responsabilidad. Bastiat se daba cuenta del papel invasor del Estado que demolía la libre iniciativa. Además del breve pero maravilloso tratado *La Ley*, Bastiat escribió una serie de narraciones en las que se explican de manera sencilla diferentes problemas económicos que suelen llevar a confusión y que están recogidas con el título de una de ellas, *Lo que se ve y lo que no se ve*. Una de las más famosas es una carta supuestamente enviada por los fabricantes de velas al rey para que prohibiera la luz del Sol debido a la competencia desleal que les hacía. Bastiat llegó a participar en el Parlamento, donde argumentaba con sabiduría e ironía a partes iguales.

De este modo, cuando hubo que elegir al profesor que debía ocupar la cátedra que dejó libre Say, no fue Bastiat el elegido sino Michel Chevalier, quien se configuraba como una de las cabezas visibles del liberalismo galo y sí se había ocupado de hacer carrera académica, además de estar bajo la protección de Napoleón III. Es el mismo Chevalier que firmó, junto con Richard Cobden, el acuerdo de libre cambio entre Francia y Gran Bretaña. Pero es necesario repasar quién era Michel Chevalier para entender la trascendencia que la decisión de Bastiat tuvo.

La historia comienza a principios del ^{XIX} cuando un grupo de filósofos y gentes de bien retoman las obras del filósofo socialista, el conde de Saint-Simon, y se dedican a su estudio, divulgación y, eventualmente, puesta en práctica. Se trata de los saintsimonianos. Este grupo de seguidores se obsesionaron tanto con las ideas del filósofo socialista francés que terminaron por constituirse en secta. Saint-Simon abogaba por la abolición de la propiedad privada, la igualdad entre hombres y mujeres y la original idea de que los cargos públicos de mayor responsabilidad debían ser ocupados por los gestores de las industrias privadas de éxito. Desaparecido el maestro, sus seguidores decidieron poner en práctica sus ideas y compraron un terreno y construyeron una granja en la que vivían siguiendo las prescripciones de las obras de Saint-Simon. Además, adoptaron un uniforme, unos ritos y una jerarquía. Los gobernantes no estaban muy contentos con la creciente popularidad de la secta. En ella se encontraban los jóvenes más valiosos de la intelectualidad francesa. El detonante para que interviniera la policía y desmontara la granja fue la defensa de la libertad sexual de la mujer y su derecho al trabajo en los mismos términos que el hombre. Aquello era inmoral y, por tanto, inadmisible, así que se detuvo a los cabecillas y se prohibieron sus actividades. Entre los detenidos estaba Michel Chevalier, ferviente saintsimoniano y tesorero de la secta. Cuando llevaba un año y medio de prisión fue a verle el ministro del Interior, Adolphe Thiers, que le conocía desde que era un brillante estudiante de ingeniería en la afamada École Polytechnique, donde Chevalier había cursado sus estudios. Estaba claro que se trataba de un brillante alumno que vería arruinado su porvenir a menos que alguien le echara una mano y esa mano iba a ser la suya. Apoyó la liberación del joven Chevalier y le mandó a recorrer Estados Unidos

durante dos años para que redactara un informe sobre la economía y los transportes en el nuevo país. A su regreso, olvidado su pasado saintsimoniano por las autoridades, Chevalier, hermano de secta y amigo de los banqueros Péreire y de grandes ingenieros franceses exsaintsimonianos, comenzó a desarrollar sus ideas: el librecurso y una libertad económica regulada ayudarían a fortalecer al Estado, que se dedicaría a invertir en grandes infraestructuras. Fue el impulsor del ferrocarril transmediterráneo, de la apertura del Canal de Panamá y de la inversión pública en infraestructuras que facilitarían el comercio y, así, se generarían rentas para el Estado. El papel que en este desarrollo tendrían los bancos era crucial y, por ello, los grandes bancos se aliarían con el Estado, que facilitaría sus inversiones. No en vano, fueron los hermanos Péreire quienes invirtieron en la construcción del ferrocarril español. Para realizar esa incursión en nuestro país el Gobierno español hubo de promulgar una ley que aseguraba los beneficios de los banqueros.

Las ideas de Chevalier y su pragmatismo, así como su defensa de la libertad como instrumento de refuerzo del poder del Estado prendió en Napoleón III, sobrino de Bonaparte, que también compartió ideales saintsimonianos en su juventud. De esta forma, Chevalier, un auténtico socialdemócrata, se erigió como una de las cabezas visibles del grupo de economistas liberales de la época de Bastiat y se pervirtieron las ideas liberales en aras de un mayor pragmatismo. El liberal de verdad era Bastiat. Lamentablemente, presentar un artículo sobre la importancia de Bastiat como economista en un congreso de historia del pensamiento económico hoy trae consigo que te llamen radical porque la idea de liberalismo normalizado que ha pasado a nuestros días es la del mercado al servicio del

Estado de Chevalier, en vez de la defensa de la libertad y la responsabilidad individual basados en unos sólidos principios. Además, poca gente sabe que quien se puso en contacto con Richard Cobden, fue a Londres, se entrevistó con él, trató de emular a Liga contra las proteccionistas Leyes del Cereal y preparó el terreno para el Tratado, fue Bastiat. Luego Chevalier se llevó las flores. ¿Qué habría pasado si Bastiat se hubiera centrado en el pensamiento teórico y hubiera logrado la cátedra de Say, si hubiera buscado el renombre académico y el reconocimiento de las altas esferas en lugar de empeñarse en acercar el mensaje liberal a la gente de la calle?

La coincidencia en el tiempo del éxito de Chevalier en Francia con el de John Stuart Mill en todo el mundo anglosajón fue muy importante. La socialdemocracia, es decir, el liberalismo tibio que da dos pasos para delante y uno para detrás, que defiende la propiedad privada con reparos y considera al Estado el educador del pueblo, se confundió desde entonces con el liberalismo, y quienes defendían los principios liberales más auténticos pasaron a ser considerados como radicales. La ruptura con la economía política que supuso la irrupción de los economistas matemáticos en el último tercio del siglo acabó con la discusión.

Dice el profesor Pedro Schwartz que en la década de 1870 comienza un proceso de destrucción de la Economía Política, entendida como el cuerpo principal del pensamiento económico liberal, que culmina con la publicación de la obra de John Maynard Keynes en 1936. Tras esta destrucción se produce una reconstrucción gracias a cuatro autores fundamentalmente: Friedrich Hayek, Milton Friedman, Ronald Coase y James Buchanan. Siendo estos autores muy importantes en el siglo xx, estoy segura de que

otros profesores habrían elegido otros salvadores de la Economía Política. Lo relevante es que, efectivamente, la aparición del modelo neoclásico que ofrece una visión mecanicista de la economía y su prolongación keynesiana, que además de compartir esa visión asegura la tarea ilimitada de un «relojero» que ajuste el mecanismo, es decir, sustenta desde la universidad la regulación estatal, acabaron con la defensa de la libertad individual.

Como se ha explicado ya, es a finales del siglo ^{xx} y en este comienzo del siglo ^{xxi} cuando las tribus liberales parece que se han rearmado con argumentos rescatados de nuestros antecesores y con otros de nuevo cuño. Pero ¿por qué no hay más presencia del liberalismo en las revistas científicas ortodoxas y en las universidades?

Uno de los factores que más influyen en la recepción y apuntalamiento de una corriente de pensamiento económico, especialmente en nuestro tiempo, es su aceptación en los departamentos universitarios. Pero esto no ha sido siempre así, simplemente porque las universidades no han tenido siempre tanta importancia. La relevancia de las universidades actualmente, al menos en lo que se refiere a las ciencias sociales, es tramposa: se han convertido en el monopolio de la enseñanza y la investigación. Un instituto de investigación tiene más prestigio cuando está asociado a una universidad que cuando no lo está. Un investigador francotirador siempre necesitará el beneplácito de una universidad porque es el organismo oficial en el que se ha depositado la custodia del conocimiento y la investigación. A mucha gente le parece la mejor manera de potenciar la ciencia, aunando esfuerzos. Se puede entender este fenómeno como un suicidio científico. Hay que explicar detenidamente qué conduce a esta situación y resulta difícil

comprender qué razones iban a llevar a los científicos de este país (y de muchos otros países europeos) a suicidarse metafóricamente.

Es un problema de incentivos. Probablemente es algo que abarca más allá de las ciencias sociales pero por prudencia de aquí en adelante me referiré a esa rama de la ciencia en general y a la ciencia económica en particular. El punto de partida es ese momento terrible en el que algún alto funcionario iluminado decidió que la ciencia es responsabilidad estatal y, por tanto, debía estar dirigida, financiada y supervisada por los gestores políticos del ministerio de turno. El primer problema que encontraríamos si estuviéramos en la piel de estos servidores públicos es que no sabríamos si las competencias pertenecen al negociado de educación, al de investigación o al de cultura. Y es normal. La actividad que desarrollan los departamentos universitarios puede afectar a más de un ministerio, son transversales. Y no solamente eso, sino que el efecto que tienen sobre la sociedad es imprevisible para bien o para mal. Desde las universidades se puede liderar una revolución social que devuelva la libertad a los conciudadanos o, por el contrario, puede transmitirse una profunda esclerosis del pensamiento.

Uno de los cometidos del poder estatal en las universidades ha sido estandarizar todo: contenidos de los programas, calificaciones, pero también la investigación y la calidad de la enseñanza. Estos dos últimos puntos son especialmente importantes porque han desembocado en la terrible situación en la que se encuentra la universidad actual. ¿Cómo definir, medir y estandarizar la calidad de la enseñanza europea cuando los alumnos son variopintos, los profesores también y el entorno de los países en los que se imparte esta enseñanza cambia de un sitio a otro de manera

sustancial? Sí, los españoles somos por fin europeos con sello y diploma, pero un alumno de la provincia de Sevilla no tiene nada que ver con uno del sur de Baviera. No es que no se pueda aproximar el tipo de educación o el modelo que se sigue en un lugar y en el otro. Lo que está sobre la mesa es que ese acercamiento sirva para algo cuando se produce coactivamente. Y así es como se ha aplicado la famosa reforma del espacio educativo europeo conocida como Reforma de Bolonia. Tampoco es cuestión de demonizar este conjunto de medidas. En primer lugar, porque en sí mismo no son nocivas, aunque sí la manera en la que se han puesto en marcha en este país. Pero no es éste el lugar para analizar en profundidad el Plan de Bolonia. Y, en segundo lugar, porque el mal de la educación universitaria en ciencias sociales en España y en el mundo occidental viene de lejos. La mala aceptación de las ideas liberales en la universidad viene determinada, parcialmente, por ello.

La educación universitaria es una de las puntas de lanza de las políticas públicas de cualquier Gobierno actual. Que los alumnos universitarios sean los votantes más ingenuos e influenciables no pasa desapercibido a los gestores públicos. Es verdad que no se puede comparar lo que hoy llamamos universidad con lo que, pongamos, los estudiosos de la Escuela de Salamanca llamaban universidad. Pero es muy interesante estudiar el origen de estas instituciones aunque sea solamente para reflexionar acerca de la misión liberadora del conocimiento que tenía por aquel entonces. Entre los siglos XIII y XIV surgen las universidades como tales, asociadas normalmente a monasterios. Hay que recordar que, como se vio al hablar de la Escuela de Salamanca, durante la Edad Media los monasterios se constituyeron en depositarios de la ciencia y el saber. La Iglesia, que por aquel

entonces era el contrapoder de la autoridad despótica civil de reyes y emperadores, quería evitar, precisamente, que éstos manipularan el conocimiento.

La lucha entre la Iglesia y el poder civil por la dirección de los estudios y la investigación universitaria ha terminado en nuestros días de la peor manera posible, repartiéndose ambos el «botín». Pero la pelea ha tenido claras señales en la historia de la ciencia. Por ejemplo, el pensador escocés David Hume nunca fue profesor universitario por sus manifestaciones anticlericales, a diferencia de Adam Smith, su buen amigo, que era respetuoso y nada mordaz con la Iglesia anglicana. Durante muchos años en el Reino Unido era necesario tomar votos en esta Iglesia para ejercer la docencia en las universidades. Pero, paralelamente, existía libertad institucional, de modo que en el siglo XIV nació la Universidad de Cambridge fruto de las desavenencias de un grupo de profesores de la más antigua Universidad de Oxford. Y ésta es la clave, la posibilidad de diferenciarse y que los alumnos elijan dando su confianza y su dinero a aquel centro cuyos resultados sean los mejores. Esta libertad llevó a que las universidades quisieran diferenciarse y ser las mejores y que cuando un médico, abogado o teólogo ejerciera, se comentara «Se nota que viene de Harvard», o de La Sorbona, o de Salamanca. Las pruebas, el régimen de gestión interna del profesorado, la censura, la autonomía de los estudiantes y todo lo demás no estaba regulado por el poder, que concedía su sello real cuando le convenía.

Cuando las universidades dejaron de tener este prestigio, una vez que sobrevinieron la Reforma y la Contrarreforma en Europa, fueron fácilmente sustituidas por otras instituciones, nacidas también libremente, al abrigo de las reuniones de científicos: las sociedades científicas. Estas sociedades, con el prestigio de sus miembros por delante,

acudieron a los reyes para pedir su apoyo, y de ahí que la mayoría incorporaran el término «real» en su denominación. Tampoco en este caso los monarcas regulaban sus actividades en forma y contenido hasta el extremo actual.

Pero a partir del siglo XIX, las universidades pasan a ser una competencia estatal, que decide convertirlas no tanto en centros de investigación y conocimiento como en instituciones expendedoras de títulos que aseguraban un puesto de trabajo. Ése fue el principio del fin. La enseñanza universitaria (especialmente en ciencias sociales) se convierte entonces en un instrumento de política laboral y los departamentos adquieren tanto mayor poder cuanto más asociados están a la obtención de empleo o al poder político. Por ejemplo, en el caso de los estudios de Economía y Administración de Empresas, resulta patente que el departamento de Contabilidad y Auditoría es muy importante, o el de Economía Fiscal y Sector Público. Pero también lo es el departamento de Teoría Económica. Y la razón reside en que desde siempre una parte de los economistas teóricos ha puesto al servicio de los gobiernos su saber y, a partir del siglo XX, sus modelos.

Las matemáticas aplicadas a la economía (y mucho más la estadística) han estado muy a menudo asociadas al ejercicio del poder. El ejemplo más claro son los estudios de los ingenieros franceses del siglo XIX. Hay ejemplos similares en Inglaterra y en Alemania. Desde que David Ricardo elaborara su primitivo modelo (o sistema) para lograr que se derogaran las Leyes del Cereal hasta la justificación keynesiana de la intervención del Estado, como explicaba unos párrafos atrás, para ajustar los «niveles» como un relojero benevolente ajusta los muelles de un mecanismo perfecto, los economistas teóricos han renunciado a la

neutralidad. Y eso no quiere decir que todos los teóricos sean deshonestos, sino que los gestores políticos nos han dado un estatus que, al estar cerca del poder, nos ha empujado a ceder nuestro objetivo estrictamente científico frente al rol de libertadores de la pobreza, tarea en la que supuestamente hemos fracasado estrepitosamente.

La realidad es que los economistas no somos los responsables de que exista pobreza ni de liberar a la humanidad de la escasez. Ojalá estuviera en nuestra mano. Solamente alcanzamos a pensar sobre ello y asesorar a quienes toman decisiones: gobiernos, consumidores, inversores y empresarios. Nada más. Por eso, la falsa imagen de «relojeros» que ajustan «mecanismos cuasiperfectos» es tan perniciosa. Por ponerlo de otro modo, el economista que, en un principio, tenía como objetivo explicar el mundo que nos rodea desde el punto de vista de los fenómenos económicos, es decir, las soluciones que tratan de resolver los problemas derivados de la escasez de medios, dejó de lado ese objetivo y se centró en otro más «noble». Antes susurraban al oído del soberano lo que el análisis económico aconsejaba. Ahora, muchos de ellos miran al tendido (desde una cátedra, un medio de comunicación o encaramados a un premio Nobel) y proclaman las razones económicas que justifican las decisiones de los gobernantes. Y no todos lo hacen con intención de trepar. Y eso es casi lo peor. Hay muchos de ellos que creen que ésa es nuestra tarea. La razón es que hay un modelo económico con un sofisticado aparato matemático o estadístico que lo sustenta. No importa, entonces, que la abstracción arrase con todo viso de realidad. Es un modelo, no es una descripción, y con eso se zanja toda reclamación. Así que por defender la «cientificidad» de la ciencia económica o por defender «el ranchito» del poderoso, el economista cede. Y el responsable de la gestión

pública, independientemente de la razón, paga con la moneda del poder. El poder de los departamentos de las Facultades de Economía de media Europa habla por sí solo.

¿Saben de algún departamento poderoso que defienda la restricción de las funciones del Estado? No lo hay en España y no conozco ninguno en una universidad pública europea. Muchos pensarán «¡No van a financiar un departamento que vaya en su contra!». Eso tendría cierta lógica si los políticos que ocupan esos puestos en la administración estatal pagaran de su bolsillo los sueldos y gastos de esos profesores y departamentos, pero no, somos los contribuyentes quienes lo hacemos. Desde luego que hay departamentos fuertes que se dedican a elaborar estudios del impacto de las políticas públicas en la economía. Los resultados siempre son positivos, y no necesariamente por deshonestidad profesional. Si los datos son públicos lo más probable es que estén maquillados, y los datos no oficiales, paradójicamente, no tienen tanta credibilidad académicamente. Es paradójico porque la razón nos dice que un organismo independiente ofrecería datos más fiables que uno involucrado en las cifras que aporta. Pero en nuestra sociedad todo lo «oficial» es mejor, más honesto y fiable. Los datos, las acreditaciones, las homologaciones e incluso la financiación de los proyectos de investigación son más prestigiosos si la iniciativa es pública y no privada. Como si la empresa privada fuera la única institución que financiase aquello que le va a proporcionar más rendimiento. Unos en términos de beneficios monetarios y otros en términos de beneficios electorales, en ambos lados el motor es el propio interés.

En otros países no es exactamente así, por ejemplo en Estados Unidos, donde caben todo tipo de grupos. Desde «amish», neomarxistas y liberales al más puro estilo de

Chicago como Friedman, a intervencionistas keynesianos como Krugman, pasando por la Universidad George Mason, que, entre otras cosas, alberga el «hogar» de la Escuela de la Elección Pública y otros centros en los que partidarios del liberalismo de la Escuela Austriaca y anarcocapitalistas conviven.

Pero Estados Unidos no está limpia de pelo y pluma. También fue protagonista del corporativismo académico cuando llegó Ludwig von Mises, líder más destacado de la Escuela Austriaca del siglo xx, huyendo de su Austria natal. El ejemplo de Ludwig von Mises sirve perfectamente para analizar cómo se puede manipular la teoría económica, incluso en el país considerado por muchos «el paraíso de la libertad», Estados Unidos. Cuando Mises salió de su Austria natal ya era conocido en Estados Unidos. En los años veinte había publicado un trabajo seminal que le valió que su nombre fuera mentado por la mitad de las universidades occidentales. Este ensayo, *El cálculo económico en el sistema socialista*, en el que atacaba la economía planificada, constituyó una verdadera carga de profundidad en plena diana para el socialismo de izquierdas, que tenía un futuro prometedor después de la Revolución rusa de unos años antes y del socialismo de derechas que ya empezaba a tener su predicamento. Sus principales oponentes fueron los economistas Abba Lerner y, sobre todo, Oskar Lange. Lange, polaco, profesor de la Universidad de Cracovia y uno de los padres intelectuales de la famosa «tercera vía», emigró en 1935 para ser profesor en la Universidad de Michigan en Estados Unidos. Volvió a su Polonia natal después de la segunda guerra mundial, donde le enviaron de embajador a Estados Unidos y a la Organización de las Naciones Unidas (ONU) y llegó a ser presidente del Comité de Planificación y del Consejo Económico de Polonia entre 1957 y 1962 y

vicepresidente del país. Pero antes de todo eso, en los años veinte, recién acabada la primera guerra mundial, en plena euforia intervencionista, Lange estaba en Chicago. Fue él quien encarnó la oposición a Mises cuando se tradujo su pequeño ensayo al inglés ya en los años treinta. Él, un planificador en toda regla, en la época más intervencionista de Estados Unidos, cuando impuso el arancel más alto de su historia.

El rechazo a Mises no fue un episodio aislado sino que, más bien, formaba parte del espíritu que, como vamos a ver, desde la primera guerra mundial fue tomando posiciones en las universidades estadounidenses más reconocidas. No es de extrañar si tenemos en cuenta el clima que se respiraba en el ámbito político de dicho país, en especial en el período de entreguerras. Los economistas socialistas que se opusieron a la entrada de su país en la contienda mundial como Thorstein Veblen, Westley Mitchell y los miembros de la New School for Social Research, posteriormente adscrito a la Universidad de Yale, eran los mismos que defendían el empleo profuso de datos estadísticos y que depositaron su confianza en la nueva y prometedora rama de la economía, la econometría. Las razones de este empeño fueron en parte científicas, porque se confiaba en las posibilidades de la econometría como motor que haría avanzar a la economía como ciencia, en especial en cuanto a su capacidad de predecir resultados macroeconómicos. Pero también era debido a que mejoraba la capacidad de planificar las políticas públicas y su impacto. Y este punto era especialmente deseable para los gobiernos que veían encantados cómo las investigaciones universitarias estaban a su servicio.

Es así como surgen instituciones como el National Bureau of Economic Research (NBER) y también leyes como la Ley de Recuperación de la Industria Nacional, declarada

inconstitucional en 1935 muy a pesar del presidente Roosevelt. Es muy revelador el libro *NRA Economic Planning*, escrito por Charles F. Roos, matemático, estadístico y director de investigación de la afamada Cowles Commission en la década de los treinta, quien previamente había trabajado para el Gobierno estadounidense como director de investigaciones de la National Recovery Administration (Administración Nacional de Recuperación). En su libro, Roos deja claro cómo los objetivos que él presumía que dicha oficina debía tener se vieron pervertidos por el propio Gobierno. Pero además, recorre la historia económica previa de Occidente, recordando los intentos planificadores liberticidas y sus nefastos resultados. Desde las comunidades owenitas del ^{XIX} hasta su propia época, Roos señala cómo la eliminación y el control del mecanismo de precios ha arruinado países. Nombra a Thornstein Veblen y sus discípulos entre aquellos que, contratados por la Administración Roosevelt, trataron de poner en práctica esa planificación. También expone cómo en Estados Unidos en el año 1918, en plena guerra, precisamente a partir del experimento del War Industry Board, algunas empresas pensaron que podían aprovecharse de la colaboración con el Gobierno planificador y los sindicatos. Esa idea gestada por empresarios y militares tuvo como fruto la Ley de Recuperación de la Industria Nacional, uno de cuyos principales impulsores fue el general Hugh Johnson, miembro del War Industry Board. Roos también nombra a Alexander Sachs como uno de los miembros de la NRA y defensor de una versión más tibia de la planificación, que se limitaría a las industrias basadas en recursos naturales, y a Rexford Tugwell y Georges Galloway, que abogaban por una planificación nacional que no dejara escapar ni una sola industria.

Finalmente hay que tener en cuenta que la hecatombe que supuso para los inversores la crisis de 1929 llevó a algunos, como Alfred Cowles, a fundar la mencionada Cowles Commission, un instituto dedicado a mejorar los modelos de predicción en el ámbito de las finanzas. Allí es donde acabó Charles F. Roos, precisamente, en la década de los treinta.

Ése era el caldo de cultivo desde la primera guerra mundial hasta el final de la segunda guerra mundial en el país que para muchos es hoy el paraíso de la libertad. Ni que decir tiene que ese ambiente traspasaba los muros de las mejores universidades estadounidenses y de las instituciones dedicadas a la investigación. Así el mencionado NBER promocionaba el desarrollo teórico de modelos económicos que podían constituir un fundamento teórico a los planificadores, como el modelo de equilibrio general walrasiano, que al concebir la economía como un mecanismo perfecto, también confería la sensación de control total y de previsibilidad. También cobra sentido la fe en la econometría y la estadística al imaginar la obsesión por controlar precios y cantidades, por parte de los políticos.

Éste es el panorama en el que aterrizó el opúsculo de Ludwig von Mises *El cálculo económico en el sistema socialista* donde explicaba la imposibilidad del cálculo económico en una economía de planificación central en la que no había un mecanismo de precios libre, sino que éstos estaban controlados y fijados por el Estado. Aunque esta obra fue publicada en 1920 y, probablemente, estaba más dirigida a impedir la difusión del socialismo tras la Revolución bolchevique de 1917, simplemente por la proximidad entre la Austria natal de Mises y Rusia, llegó traducida al inglés a Estados Unidos una década después, en plena efervescencia planificadora. No es de extrañar que

Abba Lerner y Oskar Lange, firmes defensores de la planificación, atacaran las tesis de Mises. Ni tampoco que cuando Mises se trasladara a Nueva York en 1940, huyendo de los nazis, no fuera acogido calurosamente por la comunidad académica, como sí lo eran aquellos teóricos planificadores procedentes de países socialistas.

La defensa de la libertad económica como principio básico de la Escuela Austriaca representada en el siglo xx por Mises y por el Nobel Friedrich Hayek no fue considerada más que un fenómeno extraño, venido de fuera, defendido por economistas inmigrantes asentados en Estados Unidos, probablemente hasta Murray Rothbard, ya en los años setenta, discípulo de Mises, y quien dio un giro copernicano a las tesis de la Escuela Austriaca.

Mientras que el pensamiento económico liberal es rechazado y despreciado en muchas universidades (especialmente en las europeas) porque se le considera como ideológico, se prima, se enseña y se alaba el pensamiento económico y la teoría económica keynesiana, que ha terminado por absorber el conjunto de la macroeconomía en la llamada «síntesis neoclásica-keynesiana», que es lo que nuestros jóvenes aprenden en el 100 por cien de las facultades de economía, al menos de España. Y, sin embargo, lo que encierran ambos modelos (el neoclásico y el keynesiano) es la necesidad de un Estado que intervenga. Porque, si bien el modelo neoclásico presenta la economía como un mecanismo perfecto, lo cual es imposible, es a partir de ahí que John Maynard Keynes, utilizando el propio modelo neoclásico, elabora una teoría en la que se justifica la existencia de un Gobierno arbitrario que regule y haga funcionar ese mecanismo que, obviamente, no puede ser perfecto, y ha de ser ajustado por el relojero «papá-Estado».

La asimetría en la sumisión al modelo keynesiano y sus aledaños y el rechazo a la teoría económica que huela a liberalismo, y más aún, el ninguneo a dicha teoría como si no existiese, solamente se explica en el Viejo Continente por el hecho de que también la educación universitaria está politizada, ya que bebe de los presupuestos estatales y es consecuentemente encadenada a la ideología intervencionista de todos los partidos. Este hecho es una de las razones de que la universidad española tenga un nivel tan bajo. Y también cierra el círculo vicioso que explica por qué en nuestras universidades no hay apenas liberales y por qué los rankings de publicaciones «ortodoxos» no cuentan con autores liberales. Lo contrario sería milagroso.

II

El liberalismo en el templo de Eris

La política es una ciencia. Tú puedes demostrar que tienes razón y que los demás están equivocados.

JEAN-PAUL SARTRE

En la mitología griega, Eris es la diosa de la Discordia. Es la que lanzó la manzana de oro con la famosa inscripción «Para la diosa más bella» en la mesa del banquete nupcial de Tesis y Peleo de forma tal que enfrentó a tres diosas y propició la guerra de Troya. La que engendró las Penas, las Batallas, el Olvido, el Hambre, las Disputas... no debería ser necesariamente la imagen de la política. Es verdad que en origen, y mirada desde el deber ser, la política tiene como objetivo la ordenación pacífica de la vida en sociedad de los hombres. Pero la realidad que me circunda, aquí y ahora, es muy diferente. Todo aquello que es bueno en la línea de salida, acaba podrido cuando es «politizado». La educación se politiza y el alumno pasa a un segundo plano, la justicia se politiza y pierde su objetivo último, y así, uno tras otro, los ámbitos de la vida del hombre en sociedad se han ido pudriendo a medida que la política, como la diosa Eris, ha traído disputas, envidias, penas y hambre.

Y así ha sido también en el caso del liberalismo. Actualmente el roce del liberalismo con la política trae discordias y problemas. Pero tal vez en este caso, y solamente en éste, se trate de una mala interpretación del liberalismo y su rol en el mundo de la política por parte de los propios liberales.

Las medidas liberales de todos los partidos frente al socialismo de todos los partidos

Yo no soy una experta en política. Me formé como economista teórica que mira con las gafas del pasado. Centrándome más todavía, mi tesis doctoral y, por tanto, mi

primera especialización, se desarrolló en el ámbito de la metodología, me dediqué a analizar el empleo de las matemáticas en economía. Es decir, nada llevaba a pensar cuando inicié mi vida académica que un día pudiera estar interesada en el mundo de la política. Pero la historia del pensamiento económico me ha enseñado que hasta los modelos de economía matemática más abstractos, de una manera u otra, están asociados a su momento, a lo que los gobernantes hacen y a las políticas vigentes en cada momento y no solamente a las ideas. La pretendida neutralidad de las matemáticas, que fue lo que me atrajo de mi tema, no era tal. Tampoco lo es ahora. Y las cuestiones del método tampoco se libran de la referencia al contexto. Me di cuenta de que la política y la economía no son compartimentos estancos. Y si te preocupa la situación económica de tu país vas a acabar, invariablemente, chapoteando en el charco de la política.

Eso es lo que me ha pasado a mí. Tanto mirar por mi ventana para analizar qué sucede aquí me ha empujado, desde el análisis teórico o el dato en ristre, a la reflexión política. Con todo y con eso, soy una negada, me faltan las habilidades necesarias para esa tarea. «Esos estúpidos escrúpulos de conciencia que tienes», me decía un catedrático. Tal vez sea ése el problema. Es eso mismo lo que me ha llevado a no votar en unas elecciones generales pero sí a analizar las opciones políticas y opinar de ellas desde mi punto de vista. No es falta de interés, sino insatisfacción con el sistema de mi país, diferente al de otros. Estas diferencias entre los sistemas electorales y en la influencia de los grupos de interés en el desempeño de los políticos son temas a los que me acerco con mucho respeto y de la mano de los estudiosos de la Escuela de la Elección Pública,⁶ quienes me ayudan a identificar determinados problemas políticos e

institucionales desde una perspectiva en la que me siento muy cómoda. La conciencia de que todo tiene un lado positivo y uno negativo, como la burocracia, que en su momento fue defendida por las ventajas que ofrecía en tanto que suponía una sistematización de los procesos administrativos que conduce a una mayor eficiencia, etc., pero que se ha convertido en un azote para el correcto funcionamiento de las administraciones públicas; el análisis de la Constitución desde un punto más realista y menos romántico que el jurídico-político; el teorema del votante mediano y el análisis de los sistemas electorales, son todos ellos ejemplos de las lecciones que he aprendido de las aportaciones de la Escuela de la Elección Pública.

A partir de ahí, estoy esperando que alguna opción política liberal logre seducirme lo suficiente como para respaldar en las urnas esa propuesta. Con las cosas como están, tengo la misma esperanza en ello que en que vengan los marcianos a rescatarme de una posible catástrofe apocalíptica.

Tras años mirando el menú de ofertas políticas a ver si reconozco alguna alternativa que me guste, he llegado a alguna conclusión acerca de la relación entre el liberalismo y la política en España. La primera es que no hay políticos liberales sino medidas de política liberales o no liberales. Y dentro de ellas, podemos considerar las medidas de política económica liberales y las medidas de política social liberales. La aplicación de unas u otras no están necesariamente asociadas al sesgo ideológico de los partidos. No sé si es el lunar en la cara que caracteriza la política de nuestro país, pero me temo que cualquier presidente de Gobierno, cualquier ministro, cualquier presidente autonómico, cualquier consejero regional, está siempre dispuesto a hacer aquello que sea necesario. No importa si va en contra de tus

supuestos ideales de derechas o de izquierdas, es lo que toca y tú lo asumes. Y si lo que es menester hacer huele a liberal pues ya encontraremos cómo disfrazarlo o cómo resaltarlo dependiendo de si es conveniente una alternativa u otra.

Y así es como Felipe González se vio abocado a emprender el camino de la privatización de varias grandes empresas. Siguiendo la misma lógica, los políticos del Partido Popular, la derecha española de toda la vida, ha aplicado en los últimos tiempos medidas propias de un partido de izquierdas. Eso a nivel nacional. Si bajamos a la arena política regional, la cosa se pone más fea, y si continuamos el descenso hasta los municipios, entonces uno ya no sabe quién es quién y se dan casos tan extraños como el de que un militar franquista, septuagenario, de un pueblecito olivarero andaluz, vote a un alcalde del Partido Comunista, cuya primera medida fue reparar el artesanado de los pasos religiosos de Semana Santa del pueblo porque el anterior alcalde los tenía en un estado lamentable. El pueblo «guapeao», como decía la canción, vestido de domingo, agradeció al alcalde el gesto apoyándole siempre. No les defraudó. Ya sé que cuanto menor es la unidad a gestionar mejor funcionan los frenos naturales propios de la vecindad: el control de la reputación. Por eso creo que el paso previo a cualquier planteamiento político debe ser ajustar espontánea y naturalmente el tamaño de las unidades a gestionar de manera que se puedan exigir responsabilidades sin tantos intermediarios. Si algo hemos aprendido en nuestra joven democracia española es que el intermediario político es como una alcahueta que cobra de ambos lados y tiene todos los incentivos para corromperse y para ganar poder a costa de la confusión ajena. Sorprendentemente, es muy difícil convencer a los españoles de este tema, a pesar de lo cual mis miras políticas pasan por ahí. Si se le pregunta a un

español medio por qué no asumir la responsabilidad de determinadas decisiones mediante un referéndum, no te habla de si es ineficiente o no, te responde que para eso están los políticos y que al fin y al cabo con elegir al que menos robe ya está bien.

Las fronteras ideológicas y su creciente desaparición es un tema que genera polémica entre las derechas y las izquierdas porque ambos sectores se sienten invadidos por los políticos de la otra opción en una suerte de intrusismo ideológico. El nacionalismo ha multiplicado la matriz de opciones y ya no hay más una sola derecha y una sola izquierda. Cuando los nacionalistas de diferentes partidos se acercaron al precipicio separatista, especialmente en la primera década del siglo ^{XXI}, se produjo la primera escisión. Los no nacionalistas catalanes se unieron en un nuevo experimento, la plataforma de Ciutadans, donde Albert Rivera, líder y desconocido hasta entonces, convivía con Félix Ovejero, socialista de toda la vida, o con Maite Nolla, una joven abogado con ganas de triunfar. Yo observé de cerca el salto meteórico de Maite Nolla desde Ciudadanos al Partido Popular. Muy respetable, pero a mí no me gustó. Esos jueguecitos de acercamiento al partido grande para tener más recorrido, con el aplauso general, porque claro, es lo propio de personas con olfato político, auténticos profesionales del tema, a mí me quedan muy grandes y me alejan del mundo de la política. De repente, me asalta la duda de dónde está el servicio al ciudadano en la escalada personal de los políticos. Y no me valen respuestas estándar como que se puede servir al ciudadano desde diferentes partidos y esas cosas. O que uno a veces se siente incómodo en un partido y salta a otro que, ¡caramba, qué coincidencia!, le permite subir más alto en la ascensión al poder. Ahora tenemos derechas no nacionalistas, derechas radicales

nacionalistas, izquierdas nacionalistas y no nacionalistas y secciones territoriales dentro de los grandes partidos (PP y PSOE) que, aunque tratan de disimular presentándose como «somos hermanos con diferentes estilos», apestan a codicia y oscurecen el panorama. Y eso es lo que le faltaba a una escéptica abstencionista como yo.

Hablaba Hayek de los socialistas de todos los partidos, pues aquí están. Esa frase, que molesta a la derecha que identifica al socialismo con la izquierda, y que molesta a la izquierda porque pretende que social, social, lo que se dice social, solamente son ellos, es la perenne conclusión de mi visión de la política.

Mi fotografía del presente político español choca con lo que se estudia en los libros de texto de historia en las escuelas. Porque España supuestamente es la patria del liberalismo político. Según los libros de historia somos los autores de la constitución liberal por excelencia y en el siglo XIX albergamos en nuestro ruedo político a liberales auténticos, con su partido, su bienio y su reforma. Pero la realidad es diferente. La reforma liberal fue un fallo catastrófico. A veces me pregunto si tal vez esa insistencia en resaltar lo liberal de aquella época en la que todo iba mal nos inmunizó frente al verdadero liberalismo y por esa razón cada vez que se pronuncia esa palabra a la gente se les marca un mohín en la cara, como diciendo: «Ufff, liberal...». Nuestro presente político nos muestra un pueblo mayoritariamente de izquierda moderada, que interpreta que el socialismo es la única vía para defender a los pobres y los necesitados y que solamente ellos tienen el monopolio de la moral social. Tanto es así que la derecha se atrinchera en la idea de «alguien tiene que crear riqueza», lo que

indirectamente da la razón a quienes creen que la derecha defiende a los ricos y la izquierda es compasiva y buena. En ese panorama, el liberalismo político es impensable.

Hay otro aspecto interesante cuando se ponen los focos sobre las medidas y no sobre las personas. Aquellos políticos que se autoetiquetan como liberales, especialmente algunos obsesionados y acomplexados con el tema, se esfuerzan mucho a la hora de justificar las medidas menos liberales, o más claramente socialistas, que no estaban en su programa electoral. He tenido la oportunidad de escuchar a Esperanza Aguirre en un campus FAES responder a una pregunta de Paco Capella, mi amigo y compañero del Instituto Juan de Mariana. En medio de un ambiente «pepero», con todos los *cheerleaders* de las Nuevas Generaciones esperando a sus ídolos, Paco, muy en su línea, preguntó a la entonces presidenta de la Comunidad de Madrid qué pasaba con la liberalización de los horarios comerciales, de las farmacias y el cierre de Telemadrid, el canal de televisión autonómico. Ella, sonriendo, esbozó una de esas respuestas políticas de medio pelo, que no dicen nada pero ayudan a pasar el mal trago. Pero Paco siguió ahí metiendo el dedito en la herida. Y salió la respuesta mágica: el precio político. Al parecer, para hacer muchas cosas buenas es necesario estar dispuesto a hacer alguna mala, y eso es lo que se llama el precio político. Para ser rigurosos con la verdad, me recordaba hace poco mi amigo Javier Fernández-Lasquetty comentando esta anécdota: «Te darás cuenta, María, que de tres, dos de las medidas sí se han tomado. Y lo de las farmacias no ha sido posible». Es cierto, Esperanza Aguirre ha liberalizado los horarios comerciales aunque Telemadrid, entre huelgas, protestas y presiones, se resiste a echar el cierre.

Este comentario de Javier me trae a la memoria una discusión cuando Esperanza Aguirre presentó el segundo libro de Daniel Lacalle,⁷ a quien profeso la lealtad y admiración que sólo se tienen por los buenos amigos. Yo recriminaba a Daniel que un político le presentara el libro y, además, que fuera un político como Esperanza Aguirre, quien, en mi opinión, ha desgastado tanto el atributo «liberal» que la gente identifica a cualquier liberal con un seguidor del Partido Popular. Y, además, aunque es verdad que ha aplicado medidas liberales, otras han sido intervencionistas, ha mantenido instituciones para colocar amiguetes y no siempre su actuación ha sido clara y transparente. Y eso es como usar el nombre del liberalismo en vano: infierno asegurado. Es doblemente irresponsable, porque se está mintiendo y porque se está confundiendo a la gente. Daniel me respondió como se responde a una suegra, sin quitarme la razón, pero añadiendo una reflexión que desactivaba mi afirmación: ¿Qué va a recordar la gente de la gestión de Esperanza más allá de si les cae bien o mal? Sin duda, los impuestos bajos, el aumento de la inversión, el cumplimiento presupuestario y la alta renta per cápita comparando la Comunidad de Madrid con el resto de las regiones españolas. Y ante esos hechos no puedo añadir nada. Es verdad. Pero también es verdad que fue Felipe González el que aplicó el «medicamentazo» por primera vez (de manera que se dejaba de subvencionar parte del precio de los medicamentos), creó las empresas de trabajo temporal y los denostados «contratos basura» para los jóvenes que luego tanto han criticado y, como ya he dicho, comenzó el complicado proceso privatizador.

El tema del precio político, en realidad, es el viejo problema de las manos sucias. Este término procede de la novela *Las manos sucias* (1948) de Jean-Paul Sartre, en la que

Hugo, un joven comunista de un imaginario país del Este de Europa, durante la segunda guerra mundial, tiene encomendada la misión de asesinar a un miembro del partido que ha traicionado los ideales comunistas y está dispuesto a pactar con las demás formaciones no socialistas para oponerse a los nazis alemanes y, eventualmente, formar un Gobierno de coalición al acabar la guerra. La idea del líder es que los ajustes de los cabecillas de derechas y los de izquierdas permitirán que, al menos un comunista, él, forme parte del Gobierno, y eso será mucho más beneficioso para los ideales comunistas que mantener una oposición cerrada a todo lo que se aleje de los más puros principios soviéticos. El joven Hugo, con más compromiso que experiencia, enfrenta la misión en términos éticos. Las cosas se complican, el Partido Comunista termina cediendo y traicionándole, y el muchacho cumple con su misión pero no por cuestiones ideológicas, como pretendía, sino en un impulso empujado por los celos y acaba en la cárcel. Al salir de ella, asqueado, es asesinado por sus propios compañeros comunistas. El embrollado planteamiento sartriano cuestiona qué es la pureza política, quién es el que mejor defiende los principios, si el líder que pacta o el joven que sigue órdenes y, por otro lado, si mancharse las manos de sangre está justificado por unos ideales, si todo vale con tal de obtener un bien mayor. La complejidad de todo ello es la excusa perfecta para que muchos políticos logren cuadrar el círculo. Y mucha gente pasa por el aro. Están firmemente convencidos de que es mejor ceder a políticas socialistas a cambio de aplicar alguna medida liberal. En lo que ha derivado esa idea que, en principio, puede parecer sensata, es que se ha cedido tanto a las medidas socialistas a cambio de un tímido soplo de liberalismo en algún aspecto menor, que el remedio ha sido peor que la enfermedad y el mal

realizado se ha multiplicado. Por un lado, no hay verdaderas medidas políticas liberales, y por otro, de tanto mentar el supuesto liberalismo, la gente de la calle lo identifica con ese híbrido burdo y dañino. Y de ahí que se considere que Esperanza Aguirre es liberal porque ha leído a Mises y a Hayek.

Volviendo al problema de las manos sucias, todo empezó con Nicolás Maquiavelo, que fue el primer autor en desarrollar una nueva ética política alejada de la clásica de griegos y estoicos, como Marco Aurelio, que ensalzaban la virtud, la fuerza de carácter y la honestidad como requisitos necesarios para guiar al pueblo. Es el italiano renacentista el que defiende que el «príncipe» tiene que aprender a ser malo, a dar miedo, a someter, a ser cínico para lograr su objetivo. Pero hay que aclarar que el objetivo antes y después no es el mismo. Hasta Maquiavelo el objetivo era la moral de la sociedad, desde Maquiavelo el objetivo es la mayor gloria del «príncipe». Pero la posmodernidad nos ha traído la desaparición del poder despótico del príncipe, que ha sido sustituido por el poder despótico de los partidos políticos. Éstos se arrogan ser la cantera de los políticos, cada vez más separados de la realidad del trabajador de a pie, porque su trabajo es servir al partido. Y como en el amor y la guerra, en la política todo vale. Así que los políticos menos honestos encuentran en el problema de las manos sucias (o el precio político) la excusa perfecta.

Es bochornoso para mí que nuestros políticos hablen del precio que hay que pagar para estar dentro del sistema cuando dejan de lado los principios que ellos mismos han declarado seguir, escondiendo la verdadera razón: la fidelidad no a los principios sino al partido. Ésa es la gangrena que invade nuestra política. Es un mal que afecta también a la izquierda, como compruebo cada vez que leo a

Pablo Solana,⁸ amigo, defensor de la liberalización de las drogas, idealista y socialista de pura raza, en sus desahogos, exabruptos, lloros desesperados y quejas en Facebook. El político no es un servidor social, ni siquiera se debe a sí mismo, es una creación del partido, al que se debe, y por quien luchará. Y en ese contexto se aplican medidas liberales o liberticidas, como instrumento al servicio del partido, no por fidelidad a un ideal.

Por eso en España no es útil hablar de partidos liberales o de políticos liberales, sino de medidas políticas, económicas o sociales, de corte liberal.

La política económica frente a la política social

Hace muchos años tuve la oportunidad de escuchar al socialista Miguel Sebastián explicar las características del liberalismo económico y el liberalismo social y argumentar que la derecha española no era tan liberal como se cree y que la izquierda española era más liberal de lo que parece. Según Sebastián, mientras que las medidas de política económica liberales son apoyadas a medias por unos y otros, dependiendo de la oportunidad del momento y de los requerimientos de las autoridades europeas, al ser la derecha española tan conservadora no admite las propuestas liberales que parten del rechazo de legislar la moral, sobre todo como protección de la libertad individual. Por el contrario, la izquierda es más tolerante con estas políticas sociales liberales. Así que la resultante en el «liberalómetro» sería favorable a la izquierda y no a la derecha.

La evolución de ambas facciones a lo largo de estos años muestran que han terminado convergiendo en un «lo que sea menester» carente de principios esenciales.

Pero el enfrentamiento entre la derecha y la izquierda de nuestro país ha llevado a que se separen y se confronten también las políticas económicas y las llamadas «políticas sociales». Es muy normal oír a alguien definirse como «liberal/intervencionista en lo económico y conservador/progresista en lo social». Estas combinaciones terminan complicándolo todo porque entre unos y otros han acabado por borrarle el sentido a las palabras. Me refiero a quien rechaza la libertad excepto si hablamos del mercado y, en el otro lado, a quien defiende todas las libertades pero es partidario de intervenir en los mercados y restringir la libertad empresarial. Muchos economistas muy políticamente correctos, que tienen su predicamento entre la izquierda y entre la derecha, juegan a estos juegos de combinar etiquetas sutilmente, son partidarios de cierta intervención en los mercados, pero llamándola mejor «regulación» para que no se note y con la excusa de poner orden en la selva del mercado, por ejemplo. Son los mismos expertos en «reparaciones paramétricas» como yo las llamo, que consisten en retoques de la fórmula ministerial para el cálculo de pensiones, sin dejar ni un resquicio de aire para que se cambie el sistema por completo, simplemente tratando de alargar la agonía.

En parte es como ser del Barcelona en los delanteros, del Atlético de Madrid en lo que se refiere al portero y de Mourinho como entrenador, todo en uno. No tengo ningún problema, cada cual puede optar por el grado de eclecticismo que le parezca más conveniente, pero ¿es honesto que esa persona se defina en un caso o en otro como liberal? Con todos mis respetos, tengo mis dudas.

Esta fragmentación entre lo social y lo económico es el fruto de dejar de lado los fundamentos y el primero de ellos, cuando nos referimos al liberalismo, es la defensa de la

libertad individual. De ella se deriva todo lo demás. Como, por ejemplo, preferir que los individuos gestionen sus ingresos a que los gestionen los ministros de economía de turno. El Estado sería el responsable subsidiario de aquello que el propio individuo no pudiera afrontar. En esta idea están recogidas todas las posibilidades por las que un liberal puede optar: desde la inexistencia del Estado en el caso de que la iniciativa individual sea suficiente para solucionar los problemas de la vida en sociedad, hasta un Estado limitado como pretenden los liberales clásicos. Hay que tener en cuenta que cuando hablo de «iniciativa individual» no me refiero a la comuna de hippies moteros alternativos estadounidenses con su arma al cinto, badanas en la cabeza tipo *Easy Rider* y esa obsesión por salirse del sistema que les lleva a alabar la economía sumergida, el software Linux y los canales no oficiales, como si ignorar la existencia del Estado fuera a hacerle desaparecer. El individualismo entiende que la persona nace ya dotada con la capacidad de relacionarse con los demás. Solamente hay que observar diferentes cachorros de mamíferos para darse cuenta de que somos los que estamos más desprotegidos al nacer, venimos al mundo antes de madurar del todo. No es un castigo de una divinidad que nos odia, ni una prueba a superar, la cosa es mucho más simple: la pelvis de la mujer no da para más. Esa limitación implica que el cerebro humano no pueda ser más grande y por eso aparecieron las circunvoluciones cerebrales, para aumentar la superficie sin incrementar el volumen. La naturaleza es así.

Nada más nacer necesitamos que una persona nos cuide día y noche y, para eso, es necesario que alguien se ocupe de esa cuidadora, que naturalmente es la madre, al menos mientras ella alimenta y cuida del cachorro. Ya tenemos tres humanos. Es un mito esa idea de que el individualista es

egoísta, solamente mira por sí mismo y además es solitario, independiente y asocial. El individualismo engendra la capacidad de asociación voluntaria en el ámbito empresarial, sindical, vecinal, político, religioso... La defensa de los animales, la denuncia del salvajismo de las fiestas patronales, el uso de bañador entero frente al bikini, la defensa del bikini frente a la imposición del bañador, todo cabe ser defendido mediante asociaciones voluntarias y todo eso es también una derivación de la iniciativa individual. El problema es cuando cada buena idea, cada noble propósito, han de ser financiados con el dinero de todos. Entonces es cuando las asociaciones se convierten en nidos de buscadores de rentas que acaban por exprimir al pagador de impuestos y secar la capacidad productiva de la sociedad.

El liberalismo propone que si mi ideal es tan bueno y tan noble es mi responsabilidad encontrar la forma de financiarlo sin obligar a nadie a hacerlo, ya sea a través de la presión al Gobierno, la manipulación política o todas esas argucias que diariamente padecemos. De ahí que la defensa de los impuestos bajos sea una defensa ética, aunque también haya una sólida defensa económica cuyo principal referente hoy día es Arthur Laffer y su famosa curva, en la que demuestra que si la carga impositiva es muy alta, la reducción en la creación de riqueza llevará a que la recaudación efectiva sea decreciente y, por tanto, los impuestos altos sean malos para el pagador pero también para el receptor de los mismos.

Cuando defendemos el mercado, razón por la que nos atacan tanto, no defendemos la corrupción, el abuso, las comisiones, al fuerte frente al débil, defendemos el fin de los privilegios arbitrarios y también lo hacemos por razones éticas como punto de partida. Porque el mercado es simplemente un sistema de redistribución de la riqueza en el

que el criterio es la competencia, que se basa en la elección libre del consumidor, auténtico soberano del mercado no intervenido y víctima de los abusos de todos los que tratan de zafarse de la competencia. Sin embargo, es verdad que el mercado no es perfecto. ¡Qué desilusión! Pero si reflexionamos un poco nos daremos cuenta de que no hay nada perfecto en este mundo. No hay institución humana perfecta, precisamente porque es humana. Eso explica que algunos participantes en el mercado, sean demandantes u oferentes, traten de sacar partido aprovechándose de los demás. Es revelador acercarse a la aproximación a nuestros orígenes que propone la psicología evolucionista. Esta disciplina parte de la base de que nuestro cerebro lleva enfrentándose a la solución de los problemas propios de lo que conocemos como prehistoria durante muchos más siglos que los que lleva enfrentándose a los problemas que contemplamos hoy en día. Así que esté «adiestrado» para comportarse como un cerebro del Neolítico puede iluminarnos acerca de las reacciones automáticas y las presunciones inconscientes que son parte de nuestra base a la hora de tomar decisiones aquí y ahora. Es sorprendente comprobar la cantidad de avances que se realizaron para detectar a los tramposos. El reconocimiento facial, los signos externos de pertenencia a un grupo, los rituales de iniciación, las barreras de salida de los grupos, los castigos ejemplares, la coordinación en la vigilancia... son todos ejemplos de ello. Los tramposos existen en todos los ámbitos, en todas las sociedades, en todos los momentos de la historia, en todos los estamentos, no solamente en el mercado. Cuando se da rienda suelta a estas actitudes en la economía libre llegamos a lo que se llamó mercantilismo en el siglo ^{xvii}, hoy conocido en el mundo anglosajón como *crony capitalism* o capitalismo de amigotes, de compinches.

La sofisticación de esta versión podrida del sistema de mercado actualmente se manifiesta en que los «amigotes» no son solamente los empresarios que, como sucedía en la era mercantil, buscaban resquicios en el acceso al bolsillo del soberano y trataban de minar su honestidad para conseguir privilegios frente a los competidores. Ahora, en nuestras democracias occidentales, son los empresarios, la banca y todo el entramado de instituciones que hemos diseñado para proteger a la ciudadanía las que se asocian para lograr el mismo objetivo: obtener privilegios arbitrarios. Pero eso no es lo peor. Lo más terrible de todo, desde mi punto de vista, es que todos los implicados, desde los lobbies hasta los jueces, banqueros y empresarios participantes, tienen un chivo expiatorio perfecto: el mercado. Ese mercado cruel que, según nos dicen, selecciona a los poderosos, a los ricos y nos hiere, nos aplasta, nos explota a los que estamos en la base de la pirámide. La falacia de esta acusación, que se reviste de todo el arsenal de términos emocionales, es notable. Incluye un amplio abanico de posibilidades para dirigir perversamente el malestar del público hacia un enemigo aceptable, como puede ser un extranjero. No en vano, los mercantilistas, contra cuyos privilegios Adam Smith luchó intelectualmente de forma magistral, fueron los primeros en marcar al rival comercial como el enemigo a batir, no como el socio con el que competir o con el que comerciar.

Las reclamaciones de los liberales, que detestamos los privilegios arbitrarios representados tanto por los enemigos más evidentes del mercado como por los falsos defensores del capitalismo que pretenden formar parte de esos «amigotes» que protagonizan ese *crony capitalism*, no son bien recibidas por los políticos. Lógicamente, pretendemos evitar que los políticos se nutran de los votos de los lobbies

que no quieren competir y presionan para introducir medidas proteccionistas. Pretendemos que sea la libre competencia la que seleccione en función de esa soberanía del consumidor. Pretendemos que sea el mercado el que redistribuya la riqueza porque es el sistema más ético y menos arbitrario. ¿Qué político va a estar dispuesto a limitar su poder hasta donde haga falta para lograr todo ello?

Si analizamos la otra cara de la moneda, la política social liberal, la lógica es parecida, el fundamento es la defensa de la libertad individual, pero la materia prima no es económica, los temas son otros. La tentación de los políticos socialistas de todos los colores es la presunción de que ellos saben mejor que el propio individuo qué necesidades deben ser cubiertas, qué comportamientos son mejores para la moral y qué se debe o no se debe pensar, soñar, hacer, desear. Tanto los conservadores como los progresistas intentan que la ley establezca su punto de vista moral como el punto de vista de todos. Y, en función de eso, despliegan un complejo entramado de leyes que tocan aspectos relevantes de la vida de cada cual, tales como la educación, los medios de comunicación, la libertad de expresión, el ocio o la regulación alimentaria.

En uno de mis primeros debates radiofónicos en el año 2007 tuve la experiencia de enfrentarme a María Jesús Ortiz, jefe de comunicación del Instituto de la Mujer (IM) durante la primera legislatura de Zapatero. Carmelo Jordá, periodista y amigo, me llamó para que expusiera mi punto de vista acerca de una polémica suscitada por un anuncio de Dolce y Gabbana. En su campaña, la firma proponía un acercamiento al cine a partir de fotografías muy cuidadas con todas sus marcas de identidad en escena: las camisetas pegadas al cuerpo de corpulentos hombres, flirteos entre hombres gays, mujeres de mirada aniñada pero actitud lasciva... Todo muy

al estilo de Dolce y Gabbana. Pero en una de las fotografías aparecía una mujer tumbada con las caderas elevadas y sujeta por las muñecas por un hombre. Ambos tenían el semblante relajado, no había violencia o crispación, aunque era claro el contenido erótico. La pareja era observada por un grupo de hombres apolíneos de cuerpos relucientes que estaban situados alrededor. Nada indicaba la intención de unirse al juego o no de los jóvenes y menos de que fueran a intentarlo por la fuerza. El Instituto de la Mujer, siempre velando por nosotras, pretendía obligar a Dolce y Gabbana a retirar el cartel. El contenido de la fotografía era más onírico que violento, pero al parecer, según denunciaba dicha institución, incitaba a la violencia de género. Recuerdo que cuando mi amigo me nombró me presenté como feminista. La representante del IM no se lo esperaba y decidió «dialogar de feminista a feminista». Su sorpresa vino cuando le expliqué mi opinión: ya solamente faltaba que una institución estatal nos dijera a las mujeres con qué debemos fantasear sexualmente. Ella, desesperada, me agarraba del brazo para explicarse. No podía entender que una mujer feminista defendiera la libertad y no el sometimiento a las instituciones. E insistía en que no, que no es prohibir fantasías, pero es que la está sujetando por las muñecas y eso es violencia, y a saber qué piensan esos hombres de alrededor, tan fuertes, dominadores. Como si la violencia de los enclenques fuera menos violencia. Quitaron las fotografías de las vallas. Desde entonces hasta ahora, la regulación disfraza todo tipo de prohibiciones, de control de lo más esencial del individuo, de lo que nos hace personas.⁹

Lo que intento poner sobre la mesa es que las mujeres liberales encuentran en las mujeres socialistas un enemigo intelectual a batir mucho mejor dotado que el hombre socialista. Ellas se arrojan la defensa de la mujer y no dudan

en menospreciar a quienes no comparten sus criterios, hasta el punto de acusar, señalar con el dedo y ridiculizar al ama de casa y tratarla como si fuera menos digna por no pensar en modo socialista. El mejor consejo que me ha dado una de las personas a quien más quiero entre mis amigos fue: «No te presentes como rival, y menos como rival de otra mujer». Somos colaborativas pero también capaces de despellejar a la otra. No nos pegamos en el patio del colegio, pero levantamos falsos testimonios, manipulamos y, sobre todo, educamos a los hombres y mujeres del futuro. Ese poder sobre las generaciones venideras se percibe de manera mucho más acusada en los países latinos donde hasta la mamá más progre cae en el síndrome de la madre castradora que muestra a los hijos el camino a seguir, la respuesta al dilema y el orden establecido, sea éste la misa dominical o la fiesta del PCE en la Casa de Campo cada septiembre. No hay sexo débil sino fuerzas de diferente tipo, pero el instinto de supervivencia se da en ambos sexos. Tampoco hay que exagerar y, por lo mismo que es justo afirmar que los hombres violentos son minoría, las mujeres crueles también. Lo que me interesa ahora es subrayar que esa facilidad femenina para generar sentimientos de culpa explica que muchas mujeres que coinciden conmigo se sienten moralmente culpables por ello, y buscan razones extravagantes para perdonarse la vida: «He sido educada en un ambiente patriarcal machista y hay estructuras mentales e ideas preconcebidas adquiridas que me salen por defecto, automáticamente. Pero eso es el mal y debo luchar contra esa parte de mí dañada por los hombres desde mi infancia». No estoy exagerando.

Desde un punto de vista liberal lo lógico es que si defiendes un principio moral no recurras al presupuesto público para promocionarlo, sino que emplees tu tiempo,

dinero, energía y, sobre todo, tu ejemplo, para ello. Pero la corrección política y el tamaño de nuestras sociedades impiden que funcionen correctamente los contrapesos espontáneos que no exigen que los demás trabajen para, con sus impuestos, sostener tu opción. Me refiero a filtros como la exclusión. Está muy mal visto excluir a alguien por su manera de pensar, y ahí tenemos al rey de España saludando a asesinos, o a personas que repudian determinados actos inmorales compadreado con los perpetradores de dichos actos.

Imaginemos el caso de un hombre que agrede y abusa de su mujer o de una mujer que maltrata psicológicamente a su marido y hace de él un desgraciado refugiándose además en la asimetría legal y la presunción de culpabilidad masculina de nuestra sociedad. Yo rechazaría tratar con ese hombre y con esa mujer, me negaría a darles la mano, a saludarles ni en privado ni en público, iría a comprar a un comercio que no fuera el suyo, no les contrataría en mi empresa, no les facilitaría la vida ni sería amable con ellos. Eso es lo que me sale de dentro. Si yo actuara así, en la sociedad actual estoy segura de que se me reprendería a mí. En especial si mi repudio se dirige a una mujer que maltrata a su marido. Pero, incluso en el caso del hombre agresor, si ha pasado por los tribunales y se supone que el tema está resuelto judicialmente, la sociedad no acepta que uno de manera individual rechace a esa persona. Sé que en la mente de todos enseguida aparecen contraejemplos. ¿Qué pasa si es un grupo neonazi el que emprende una campaña para repudiar a los judíos de mi comunidad? ¿Hay que prohibirlo? Mi pregunta sería: ¿Por qué no son repudiados los neonazis? ¿Por qué no hay una sociedad civil que

defienda la libertad de culto de sus miembros judíos? Si fuera la propia sociedad la que defendiera sus costumbres probablemente las cosas serían diferentes.

Y, por supuesto, siempre al amparo de una ley y unos jueces que aseguren el respeto a la vida y la propiedad de todos e impida actuaciones violentas. La historia de España, país en el que convivieron tres culturas, nos enseña que se puede comerciar sin necesidad de hacerse amigo del vendedor o del comprador, y que, de puertas para adentro, uno puede detestar a las pelirrojas siempre que no atente contra ellas y respete su propiedad, su vida y cumpla los contratos. Pero eso deja muy poco lugar a los políticos para comprar los votos de los judíos, de los neonazis y de las pelirrojas. La tela de araña de buscadores de renta vestidos honestamente o disfrazados deshonestamente de defensores de minorías no cabe si se siguen los principios liberales. Y la medida que sella esta afirmación es la exigencia de un presupuesto equilibrado con impuestos bajos y gastos públicos reducidos a los necesarios. Efectivamente, habrá que sentarse y discutir sobre qué significa exactamente la palabra «necesario».

¿Es posible un partido liberal?

A pesar de lo expuesto, una de las reclamaciones que se suelen hacer desde dentro del propio movimiento liberal es la participación en la vida política. Las ideas están muy bien, se argumenta, pero ¿de qué sirve el pensamiento político si no es para mayor gloria y honra de la sociedad? Todo movimiento civil en condiciones, además de un cuerpo teórico bien fundamentado, debe tener un brazo político que proponga y, eventualmente, aplique las políticas y medidas acordes con esos principios.

Y lo cierto es que en algunos países existe un partido liberal, libertario o similar. No es una tradición europea, sino más bien de Estados Unidos. Allí hay un Partido Libertario desde el año 1971 y es la tercera fuerza política. Es cierto que el máximo representante del ala libertaria estadounidense no es el candidato de este partido, prácticamente un desconocido, sino Ron Paul, que pertenece al Partido Republicano. Más allá de eso, y según consta en la página web del Libertarian Party, hay agrupaciones políticas hermanas en España, Reino Unido, Alemania, Argentina, Sudáfrica, Nueva Zelanda y algún país más, en los que la relevancia de estos partidos es muy marginal y, a menudo, completamente desconocida para la gente.

En España acaba de nacer el Partido de la Libertad Individual (P-Lib) gracias al esfuerzo, la dedicación y el entusiasmo de Juan Pina y gente muy joven, con las ideas muy claras, pero con un cuestionable sentido del marketing político. La falta de experiencia y de medios financieros son una de las trabas con las que se encuentran estos partidos que tienen tanto mérito pero que suelen estar abocados a la anécdota. Yo conozco personalmente a los miembros del P-Lib y me consta que sus intenciones son inmejorables y que de verdad pretenden representar una alternativa liberal más pura. Pero ya se sabe que las intenciones no suelen ser suficientes. Por otro lado, hay factores de los que no son responsables los miembros del P-Lib. En concreto, lo que diferencia al Partido Liberal Libertario de Argentina del P-Lib español, que es la existencia de un hartazgo y unas ganas de hacer algo, de participar, por parte de un sector de la población argentina que aquí no existe. El mal resultado del P-Lib en las Elecciones Europeas (mayo de 2014), apenas un

puñado de miles de votos, nos muestra que aún queda mucho por sembrar. Pero además nos enseña que en España no sabemos lo que queremos.

Después de quejarnos del falso bipartidismo PP/PSOE, de la dictadura de la alternancia, nos echamos las manos a la cabeza cuando se rompe el bipartidismo y salta al ruedo un partido de izquierda radical como Podemos, que, oculto detrás del «No queremos etiquetas sino devolverle el poder al pueblo y acabar con la casta política», que vende tanto en un país tan harto de corrupción, esconde unas medidas económicas intervencionistas, propias de la izquierda de toda la vida, pero de la izquierda más allá del Partido Socialista.

Pero lo extraordinario de Podemos es su falta de sustancia, la improvisación y que emplean las peores artes para lograr un impacto inmediato. Un millón doscientos mil votos les avalan. En apenas cuarenta días, un tertuliano mediático, profesor universitario y representante del moribundo movimiento antisistema surgido en mayo de 2011 en Madrid, acompañado por su mano derecha (Juan Carlos Monedero) y sus fans, las Pablettes, dieron el campanazo. Para entenderlo nada como leer el libro *#Podemos, deconstruyendo a Pablo Iglesias*, coordinado por John Müller, en el que se aborda esa alternativa política de manera crítica y realista. Una de las cosas que llaman la atención es la improvisación, y la otra, como explica el director del IJM, Juan Ramón Rallo, en su capítulo, la locura de las cifras. Básicamente, la idea de Podemos es la siguiente: sabemos que las 3.000 mayores empresas de España tributan al 3,5 por ciento como tipo efectivo, si consiguiéramos que pagaran el 20 por ciento, lograríamos una recaudación adicional de 20.000 millones que nos permitiría costear un adelanto de la jubilación a los sesenta

años, por ejemplo. También hablan de renta básica, de estatizar todos los sectores estratégicos y de una auditoría ciudadana de la deuda pública. No especifican cómo.

Y aquí hay que hacer una reflexión. Cuando el mismo Juan Ramón Rallo, en su libro *Una revolución liberal para España*, presenta una aproximación a una disminución del gasto y una gestión presupuestaria que en un plazo creíble llevaría a que el peso del Estado disminuyera drásticamente, aportando cuentas presupuestarias, números, señalando dónde recortar exactamente, aportando soluciones concretas, ofreciendo ejemplos de países donde esas soluciones han funcionado, etc., entonces las reacciones de los no-convencidos son radicales: «No puede ser», «Manipulas las cifras», «No pisas el suelo».

Cuando Pablo Iglesias improvisa un discurso burdamente populista, los mismos le toman en serio. Éste es el país en el que vivimos y sería un error esperar otra cosa en el futuro. Sin duda, las peculiaridades históricas de España explican que los principios liberales sean, para muchos políticos, una mera herramienta para alcanzar el poder. Y, por otro lado, la incultura y desidia de nuestro pueblo tiene como consecuencia que cualquiera ponga etiquetas y conceda el estatus de liberal, rojo, facha o lo que sea al primero que pasa sin pararse a pensar de qué habla.

El análisis histórico es problemático porque las comparaciones entre distintas naciones con realidades políticas e históricas diferentes son muy difíciles. Si a esto le añadimos que lo que hoy es liberal antaño era impensable y al revés, y que los problemas económicos y sociales de diferentes momentos de la historia son variopintos, la cosa se complica. Es muy frívolo y muy humano caer en ambos errores. Cuando en el manual de *Historia del Pensamiento*

Económico de Rothbard se critica duramente a Adam Smith por ser intervencionista, no se tiene en cuenta el entorno histórico, geográfico, filosófico. Por poner un ejemplo más claro: ¿Se puede decir que la política aperturista del general Franco es una política liberal? Si así fuera, ¿eso haría de Franco un liberal? Pues lo que tengo muy claro es que Franco no solamente no era liberal sino que los liberales le caíamos fatal. También es cierto que la apertura al exterior es una política liberal. ¿Cómo se cuadra la ecuación? Franco aceptó poner en marcha una política aperturista, fuera liberal o no, porque la pobreza en España nos comía. Fue una solución de emergencia, a pesar de sus principios.

No contentos con eso, algunos nostálgicos del franquismo defienden que la España de Franco era más libre por dos motivos. Primero, el peso del Estado era menos oneroso. Segundo, había más respeto por las libertades individuales. Es cierto que el peso del Estado era menor durante el franquismo porque no existían diecisiete territorios autónomos que han multiplicado por diecisiete las instituciones, cargos, gasto, etc. Pero no existían partidos políticos, solamente sindicatos verticales, y un férreo control salarial. Las mujeres no podíamos abrir una cuenta corriente bancaria si no eras avalada por tu esposo, padre o hermano, la inversión estaba controlada, había censura periodística, censura en teatros y obras literarias. No es verdad que hubiera más libertad, pero sí que la mayor parte de la población se conformaba con poder llevar una vida tranquila, cerrando heridas, mejorando la situación económica y tratando de ofrecer un futuro mejor a sus hijos. Y los barrotes eran, para la mayoría, no para todos, lo suficientemente holgados como para que no mereciera la pena protestar. Una situación económica aceptable o incluso boyante se consigue con medidas liberales y eso es lo que el

Gobierno franquista trató de hacer. Si se tapa la boca a quienes piensan diferente, los detentadores del poder no tienen más freno que su voluntad de irse o la muerte natural, que fue el caso de Franco, quien no fue derrocado sino que murió siendo dictador. No está de más plantearse si, dejando a un lado los casos particulares excepcionales, alguna vez el pueblo español tuvo el instinto de búsqueda de la libertad. Desde los tartesios y fenicios hasta la Reconquista, hemos sido un pueblo invadido, acostumbrado a vivir con más seguridad que libertad. Primero la que nos ofrecía el Imperio romano, más adelante el pacto feudal y, finalmente, la monarquía absolutista. Nos levantamos frente a la invasión francesa, no para implantar un régimen liberal, sino para elegir las cadenas que nos sujetaban. No es exactamente búsqueda de libertad. Después de tantos siglos cómodamente sometidos, es bastante ingenuo esperar que brote de nuestra mente medieval un espíritu democrático y libre. Seguimos eligiendo al que nos robe con más arte, al que nos restrinja las libertades sin que se note mucho, al que nos tenga la jaula mejor cuidada. Pero si nos plantean tomar las riendas de nuestras vidas y ser responsables de nuestros actos (es decir, más libres) los españoles hiperventilamos.

Curiosamente, la reforma económica liberal que sí funcionó fue la de Chile, bajo el gobierno de un militar que había dado un golpe de Estado, el general Pinochet, quien por otro lado no puede decirse que fuera defensor de la libertad individual en sentido amplio. No había libertad de prensa, ni libertad de asociación, ni se respetaban muchas de las libertades individuales, pero las medidas económicas aplicadas por el grupo de economistas de Chicago del que hablábamos en un capítulo anterior, funcionó, sacó a Chile de la pobreza y, probablemente, evitó que este país cayera en una democracia populista al estilo de Venezuela o Cuba al

elevar el nivel de vida de la gente, fomentar la libre empresa y ofrecer, sobre todo, expectativas e incentivos a la población. Desde ese buen nivel de vida, la burguesía chilena ha ido eligiendo su camino, una vez retirado Pinochet y recuperadas las demás libertades individuales, que no son menos importantes.

Este ejemplo, por un lado muestra que las medidas económicas liberales son las que sacan a los países de la pobreza. Pero por otro lado, pone de manifiesto la dificultad de tratar el tema del liberalismo y la política.

Sin embargo, como he mencionado más arriba, históricamente sí ha existido un Partido Liberal y una experiencia liberal en nuestro país. De hecho, España tiene una de las Constituciones más liberales del mundo, «la Pepa»,¹⁰ promulgada en 1812 en uno de los episodios más conocidos de la historia de nuestro país: en medio de la invasión napoleónica, en el incomparable marco de las Cortes de Cádiz. La Constitución establecía la soberanía en la nación (ya no en el rey), la monarquía constitucional, la separación de poderes, la limitación de los poderes del monarca, el sufragio universal masculino indirecto, la libertad de imprenta, la libertad de industria, el derecho de propiedad o la fundamental abolición de los señoríos, que para la época no estaba nada mal. Tampoco era lo más liberal del mundo, pero para este país era un verdadero logro. Dos años nos duró la fiebre. Se aplicó en el Trienio Liberal y mientras se preparaba la Constitución de 1837, pero de facto no se le hizo ni caso. Un fracaso.

La realidad de todo este momento histórico es que los liberales de entonces no eran como los de ahora, ni eran como los liberales escoceses, ni se llegó a poner en marcha una verdadera reforma liberal. Así que cada vez que oigo

mencionar el Trienio Liberal un escalofrío me recorre la espalda. Ya sé que decir estas cosas es una herejía. Pero si comparamos el movimiento liberal español con lo que estaba pasando fuera, y tratamos de mirar atrás con ojos humildes, que para un español tiene cierta dificultad, lo cierto es que en este país, como dice el dicho mencionado anteriormente, los liberales cabían en un coche y no se ponían de acuerdo en por dónde ir. Como hoy.

Tomemos por ejemplo la Reforma Agraria. Mientras que en Inglaterra mucho antes del siglo XIX se produjo un cambio legislativo que permitió que se modificara la duración de los contratos de arrendamiento de las tierras de manera que las expectativas de los agricultores mejoraban y, a partir de ahí, los incentivos a mejorar la productividad agrícola, en España lo hicimos por la vía tremenda, la más dolorosa e ineficiente de todas. En primer lugar, no se llevaron a cabo las reformas necesarias en tiempo y modo, porque había fuertes presiones para que se mantuvieran determinadas instituciones que otorgaban privilegios a grupos de interés muy fuertes, con representación en Cortes y con influencia en palacio. Pero supongamos que es verdad eso de que más vale tarde que nunca. Supongamos que el objetivo es eliminar rigideces institucionales y permitir a los cultivadores delimitar de manera espontánea el tamaño óptimo de la explotación agrícola, así como aumentar su productividad y facilitar que se liberen manos de jóvenes agricultores que puedan emigrar a las ciudades y desarrollar la producción manufacturera protoindustrial. ¿Cómo haría eso un liberal, es decir, una persona que defiende la vida, la propiedad y el cumplimiento de los contratos? Expropiar no es lo primero que se nos ocurre. Pues es lo que se hizo. Y, para empezar, se abordó la expropiación de las tierras de la Iglesia, uno de los estamentos más poderosos, con

indemnización de por medio, por supuesto. Eso, en España, y válgame la expresión, es tocar mucho las narices. Así que los debates, la tensión y las complicaciones se multiplicaron para, finalmente, ver cómo no se lograba la emergencia de la tan ansiada burguesía agrícola, porque en las subastas de los terrenos expropiados fueron los terratenientes los que pujaron más alto y se quedaron con ellos. La Reforma Agraria fue un sonado fracaso. Este botón solamente trata de ser una muestra de cómo los mismos ideales y buenas intenciones no se traducen en éxitos en la práctica si no son fundamentados adecuadamente: desde un punto de vista ético, económico, legal y político.

Las experiencias históricas del liberalismo son diferentes en otros países como Estados Unidos o en Latinoamérica donde, en el período de la Independencia, los principios que guiaron a los líderes libertadores no fueron otros que los del liberalismo. Otra cosa es que, de nuevo, la debilidad institucional y otros factores hayan llevado esas buenas intenciones al fracaso. Una reflexión paralela acerca de las revoluciones liberales vistas desde el siglo ^{XXI} señala una característica de la psicología humana que todos compartimos y solamente vemos en los demás. Los cambios en el sistema de gobierno, desde el origen del hombre, han sido poco ejemplares de una manera u otra. Una revolución, un golpe de Estado, una transición aparentemente pacífica repleta de pactos, compraventas de favores, prebendas políticas y semillas de corrupción, cuando no corrupción en ese momento... son las rutas más comunes que conducen al cambio político. Todo tiene su faz luminosa y su reverso tenebroso. Y eso es inherente a la historia humana, no depende del final al que se pretenda llegar. Sin embargo, para un comunista soviético los crímenes fueron necesarios, para un estadounidense las injusticias que se produjeron son

efectos colaterales, para los franceses, para los españoles, para cada uno de los defensores de un régimen concreto toda aberración está justificada si juega a favor de tus ideales. Hasta ahí, bien, es algo humano. Pero no contentos con eso, muchos de ellos afean la revolución o el cambio del vecino por esos hechos que ellos esconden bajo la alfombra. Como el impuntual que critica la impuntualidad de otros. Cuando desapareció la Unión Soviética en diciembre de 1991 todos los anticomunistas nos regocijamos y depositamos nuestras esperanzas en los nuevos vientos de libertad que, sin duda, sobrevendrían a la Europa del Este. Actualmente, en el año 2014, la Rusia de Putin está provocando una guerra civil en Ucrania tras haber protagonizado matanzas en otras exrepúblicas soviéticas en años pasados. El cambio político es importante, pero no es nada si no va acompañado de los otros pilares que conforman los cimientos de las sociedades: el legal, el económico y el ético.¹¹

De esas tres patas no he mencionado aún la de las leyes, y es precisamente la eficiencia de su diseño, y del diseño del mecanismo social para asegurar su cumplimiento, de lo que depende en gran medida todo lo demás. La importancia de las leyes es compartida por todos los sistemas políticos: socialistas de derechas y de izquierdas, anarquistas de mercado, liberales clásicos, socialdemócratas, libertarios, comunistas recalcitrantes... todos nosotros sabemos lo que significa cumplir y hacer cumplir las leyes. Y es un tema aún más grave cuando presenciamos en nuestro país o en alguno cercano, qué sucede al pervertir la ley. El paso de la vida en la selva (donde también hay leyes, por otro lado) a la vida en una sociedad más sofisticada es bastante sencillo, porque las leyes deberían estar al servicio

de una convivencia más pacífica, de manera que esa transición desde un sistema legal más burdo a otro mejor debería implicar una mejora en la vida de las personas.

En el cuento original de Rudyard Kipling, *El libro de la selva*,¹² Mowgli, el protagonista de los ocho primeros cuentos, aprende lo importante que son las leyes cuando se enfrenta a los macacos, los monos que no tenían ley y que son dibujados por Kipling como atolondrados, charlatanes, ladrones y tan torpes, que son tratados como seres inferiores por el resto de la selva, mucho más ordenada. El diseño que nos presenta Kipling como ley de la selva no era tan «salvaje» como puede sonar al pensar en una selva. Mowgli se había criado con la familia de lobos después de que se reuniera un consejo y se hubiera argumentado a favor y en contra de su permanencia en la familia. El consejo era presidido por los lobos más ancianos y en él también participaron dos defensores no miembros de la familia adoptiva: el oso que era una especie de magistrado que enseñaba leyes al que le avalaba su sabiduría, y la pantera que, en agradecimiento por la deferencia, ofreció un regalo a la manada. Mowgli, sin embargo, prefirió la ley de los humanos de su aldea y se fue a vivir como pastor de bueyes con su madre y, finalmente, acabó viviendo en un pueblo donde regía la ley británica, que representa la verdadera justicia: el niño de la selva aprendió a convivir sometido a las leyes en el entorno salvaje y fue buscando el sistema legal mejor.

La ley y el orden son el marco en el que los seres humanos nos comportamos con una ética determinada y somos capaces de mejorar nuestra situación y la de nuestros semejantes. Cuando se pervierte desde dentro y un sistema legal que funciona bien se prostituye, las consecuencias son imprevisibles y devastadoras porque afectan a la ética de

hoy, de las futuras generaciones, al respeto que se le tenga a la ley, a las expectativas de futuro de esa sociedad, etc. Estas perversiones pueden ser drásticas cuando asciende al poder un dictador (militar o civil pero con las armas en la mano) o poco a poco, lo que es casi peor, porque la detección del problema resulta mucho más difícil. Es el problema de identidad del barco de Teseo. Dice la mitología griega que el barco en el que Teseo arribó a Atenas tras vencer al Minotauro fue conservado muchos años porque cuando se desgastaba un tablón era cambiado por otro inmediatamente. Pero si al cabo de dos años, por ejemplo, se han cambiado todos los tabloneros originales, ¿por qué sigue siendo el mismo barco? Siguiendo ese ejemplo, si un tirano democrático encubierto gana las elecciones y va cambiando a lo largo de sus cuatro años de mandato (o sus ocho años si repite legislatura) las leyes del país, al final ¿qué queda del sistema legal previo? Nada, y sin embargo, el mal gobernante hablará desde su sillón presidencial de la importancia de cumplir las leyes democráticas, del respeto al sistema, al imperio de la ley y a la esencia de la democracia. Es demoledor, mirando a nuestro país, estudiar cómo se eligen los magistrados del Tribunal Constitucional en España al mismo tiempo que las funciones que se le encomiendan.

Y, sin embargo, las leyes son la garantía de que impere la libertad en nuestras sociedades porque son el mejor sistema de incentivos. Ya hemos visto un caso económico, la Reforma Agraria española, pero también son un acicate para evitar la corrupción tanto pública como privada. La clave está en la rendición de cuentas. Si un político que utiliza una tarjeta de crédito del Ministerio para un gasto privado es severamente penalizado y ha de abandonar la vida política,

esa acción de la justicia tendrá un efecto disuasorio y el político que tuviera en mente hacer lo mismo seguramente cambiará de opinión.

Nuestros sistemas legales, en general, adolecen de obesidad mórbida, y la prueba es analizar el Boletín Oficial del Estado y su ingente publicación. No puedo por menos que recordar las palabras de Bastiat con las que abre su opúsculo *La Ley*:

La ley, ¡pervertida! La ley y tras ella todas las fuerzas colectivas de la nación, ha sido no solamente apartada de su finalidad, sino que aplicada para contrariar su objetivo lógico. ¡La ley, convertida en instrumento de todos los apetitos immoderados, en lugar de servir como freno! ¡La ley, realizando ella misma la iniquidad de cuyo castigo estaba encargada!

Para Bastiat, la causa de esta perversión es doble: el egoísmo carente de inteligencia y la falsa filantropía que conducen inexorablemente a la expoliación legal. Y lo explica de la siguiente manera:

Hacer reinar la justicia está tan en la naturaleza de la ley, que ley y justicia es todo uno en el espíritu de la gente. Todos tenemos una fuerte inclinación a considerar lo legal como legítimo, hasta tal punto que son muchos los que falsamente dan por sentado que toda justicia emana de la ley. Basta pues que la ley ordene y consagre la expoliación, para que ésta parezca justa y sagrada para muchas conciencias. La esclavitud, la restricción, el monopolio, encuentran defensores no solamente entre los que de ello aprovechan, sino aún entre los que por ello sufren.

Poco hay que añadir, en la mente de todos están esos casos, unos más graves y otros menos notorios, pero que marcan el inicio de una tendencia o su cristalización en nuestras sociedades democráticas, occidentales, civilizadas y libres. Me faltan artículos, grupos de estudio, libros y voces liberales tratando este tema desde los medios de comunicación, desde las aulas y desde los partidos políticos, con tanto empeño como se habla de los temas monetarios o de la legalización de las drogas. Es una de nuestras asignaturas pendientes.

Volviendo a la cuestión de la política, el liberalismo no es simplemente una corriente de pensamiento, sino una manera de ver la vida, y la existencia de un partido liberal sería problemática y muy excluyente. Sé que para muchos

liberales mi visión es muy radical y consideran que se pueden intentar acciones políticas y presentar candidatos políticos en unidades de gestión más adecuadas, como los municipios. Probablemente de lo que se trata es de que los partidos políticos, cuantos más mejor, acerquen sus puntos de vista a la perspectiva liberal; que las propuestas sean cada vez menos liberticidas y devuelvan el protagonismo al individuo, verdadero dueño de su destino y, por ende, en cuanto que vive en grupos, del destino de la sociedad.

Juan Pina, presidente y fundador del P-Lib, siempre me repite que su intención es simplemente que se oiga una voz diferente, que exista una alternativa a lo habitual, en la calle y en el Parlamento, y que ésa es la razón por la que su planteamiento como partido político es ir entrando en las venas de la política española para, en un plazo de tiempo suficientemente extenso, tener representación parlamentaria. La idea es buena, ahora se trata de ponerla en práctica.

Hay ejemplos de políticos liberales que todo el mundo conoce: Margaret Thatcher o el ya mencionado Ronald Reagan, por ejemplo. No está tan claro que no «pagaran» ese precio político del que hablaba antes, pero el arrojo con que Margaret Thatcher se enfrentó a su partido y a los demás representantes de los países europeos en las reuniones en las que defendía la rebaja en las aportaciones del Reino Unido en beneficio de sus ciudadanos, por ejemplo, no tiene parangón en ningún político. Y quienes ahora claman contra la troika deberían repasar la autobiografía de Margaret Thatcher y cómo dio la batalla por los británicos. Eso sí, nadie la consideró la «mamaíta» del Reino Unido como a la Bachelet chilena sino que la apodaron «la dama de hierro», poco atractivo, poco

femenino y que no reflejaba la intención de Thatcher de proteger a los suyos frente al socialismo comunitario europeo.

Uno de los problemas de fondo que tiene el liberalismo está relacionado con su defensa basada en una actitud utilitarista, que se centra en enfocar los buenos resultados de las políticas liberales para promocionar la libertad. Como punto de partida, y dicho sea en términos generales, el utilitarismo en mi opinión es muy peligroso. Buena muestra de ello es precisamente a dónde lleva defender cuestiones que dependen de los principios de cada persona en función de los resultados. Las políticas liberales han conseguido la libertad de prensa, la incorporación de la mujer al mundo laboral, la igualdad ante la ley, ha aumentado la riqueza material de los países y ha impulsado el desarrollo tecnológico del que disfrutamos. Y estas dos últimas cuestiones son las que más se han explotado: los países más libres son los más ricos. Pero, si bien esa afirmación es cierta y corroborada por datos e índices de prestigio indiscutible, en realidad hay que defender la libertad por principio, no porque nos haga más ricos. Si así fuera, en el momento en el que unas políticas aseguraran el aumento de la renta per cápita aunque restringieran la libertad de elegir de los individuos, habría que defenderlas.

A partir de aquí, se entiende la ardiente defensa de tres al cuarto que los conservadores hacen de las políticas económicas liberales pero dejando claro que no están dispuestos a aceptar nada más que las económicas. Alguno lo llama liberalismo fiscal o liberalismo económico. No es exclusivo de la derecha. Muchos políticos socialistas moderados defienden las medidas económicas liberales para que la riqueza económica permita fortalecer la actividad del Estado y engrandecerlo.

Y, por otro lado, también hay que considerar a quienes, desde la izquierda política, defienden el liberalismo que llaman «social» y que se refiere a las libertades civiles: prensa, reunión, expresión, etc. Ni uno ni otro tienen carga argumental suficiente. Si un partido político defiende la libertad debería ser por una simple y llana cuestión de principios y de abajo arriba, por completo.

A este problema provocado por el utilitarismo hay que añadirle las estructuras políticas existentes, el sistema de votación y la sucia manipulación propagandística que da una clara ventaja a los partidos políticos con menos escrúpulos y merma el potencial de quienes pretenden dar la batalla en el ruedo electoral cuestionando al Estado.

Pero los líderes y «caudillos» políticos suelen terminar dejándose llevar por cálculos pragmáticos que analizan cómo llegar a más gente. En España, los políticos más próximos a los postulados liberales en un principio se atrincheraron en el Partido Popular. Unos tuvieron que salirse con espanto, otros con dolor y otros se quedaron, tapándose la nariz. El resultado fue desastroso. Primero, porque los liberales interesados en participar en política no se animaron a organizar un partido político fuera del Partido Popular. Segundo, porque los liberales que se quedaron tuvieron que tragar bastantes sapos y se acostumbraron a ceder en sus principios por el llamado «precio político», que supuestamente implicaba que a cambio de esa concesión alcanzarían alguna meta para el liberalismo en la práctica. Pero no fue así. Lo que sucedió fue que, a cambio de entregar la llave del castillo, consiguieron metas muy pequeñas, pequeños gestos por parte de la cúpula nacional o pequeños logros a nivel regional. En tercer lugar, el

público en general ya no sabe qué es liberalismo, quiénes somos los liberales, si ser liberal implica ser fan de Esperanza Aguirre o Bernard Madoff o Curro Jiménez.

Finalmente, si unimos el aspecto político con el ético y el legal, y miramos con ese prisma la situación de nuestro sistema político, nos daremos cuenta de que seguimos en el templo de Eris, donde reina la pena, el hambre y la guerra. Un sistema perverso que fuerza a todo aquel que entra a pervertirse, como el leproso que intenta tocar a los sanos para no estar solo en su enfermedad. Un sistema en el que los políticos parecen vivir en una realidad alternativa como Matrix y que solamente se acercan a los mortales para hacerse la foto y tuitearla, para manipularnos ofreciéndonos bagatelas y ganar así nuestra voluntad. Un sistema donde no hay disidentes porque los proscritos son señalados por los demás y culpabilizados si te niegas a participar.

Eris, la Discordia en la mitología romana, debería ser la madrina de la Política ya que engendra tantos males como enumera Hesíodo en su *Teogonía*: la Pena, el Olvido, el Hambre, el Dolor, las Disputas, las Batallas y las Matanzas, las Masacres, los Odios, las Mentiras, las Ambigüedades, el Desorden, la Ruina y la Insensatez, todos ellos compañeros inseparables, y a *Horcos*, el Juramento, del que dice Hesíodo que es el que más problemas causa a los hombres de la tierra cada vez que alguno perjura voluntariamente, como tantos políticos.

III

Más allá del Olimpo: el liberalismo en la calle

El pueblo español, desde hace siglos, detesta todo hombre ejemplar, o, cuando menos, está ciego para sus cualidades excelentes. Cuando se deja conmover por alguien, se trata, casi invariablemente, de algún personaje ruin e inferior que se pone al servicio de los instintos multitudinarios.

ORTEGA Y GASSET

Apenas llega a una altura de tres mil metros. El monte Olimpo es un accidente geográfico de la Grecia real. Pero más allá de lo que ven nuestros ojos está el significado que nuestros padres culturales, los griegos, nos legaron. El monte Olimpo se convirtió en la morada de los dioses cuando éstos, liderados por Zeus, ganaron la batalla a los titanes del ejército de Cronos. Fue construido por los cíclopes, gigantes de un solo ojo, su entrada estaba oculta por nubes y era custodiada por las hijas de Zeus, las Horas. Para los griegos, el Olimpo era la sede de fantásticos templos de cristal donde habitaban sus doce dioses.

Pero más allá del Olimpo estaban los hombres, seres sin civilizar que dependían del designio de esos seres superiores, a quienes estaban sometidos, que les castigaban o premiaban, utilizaban y jugaban con sus destinos, siempre desde la distancia de la cima. Los hombres reales, alejados del Olimpo, luchaban, trabajaban, amaban y vivían, eran quienes hacían la historia más allá de los mitos. Un poco como sucede ahora entre la gente de la calle, los intelectuales y el mundo de la política. Más allá de lo que los académicos y los políticos, demasiadas veces en perfecta asociación, establecen y pontifican, la gente de a pie tiene su propia visión de las cosas. En muchas ocasiones se trata de una visión manipulada por los medios de comunicación, o por los charlatanes al servicio del poder, pero la calle es donde se cuecen las cosas, donde se teje la historia, donde suceden los acontecimientos importantes.

Y, en la calle, el liberalismo es un esperpento de lo que realmente es.

Los liberales: la extraña familia

Recuerdo la primera universidad de verano del Instituto Juan de Mariana. En realidad, apenas éramos un grupo de amigos, algo más extenso, que intentaban difundir sus ideas, profundizar en ellas, aprender, analizar la realidad y aumentar la masa crítica que compartía nuestros ideales.

Fueron los esfuerzos de Gabriel Calzada, presidente y alma del IJM, de una parte, y los de Antonio Salazar, periodista, empresario y gran amigo, de otra, con la ayuda del matrimonio compuesto por José Ignacio y Raquel Merino, siempre eficiente y siempre en la sombra, los que permitieron que aquello sucediera. Después de la primera vino la segunda y así hasta las ocho ediciones que, esperemos, seguirán ocupando una semana de julio en mi vida. Gracias a la labor de Juan Ramón Rallo, Raquel y José Ignacio, la universidad de verano sigue viva.

En aquella ocasión, y ha quedado como tradición, era la charla de Carlos Rodríguez Braun la que inauguraba la universidad. El profesor, con sus mensajes sencillos pero necesarios, siempre te deja pensando qué fácil parece y qué difícil resulta. Lo que más me llamó la atención fue que, en un momento dado, hablando de liberalismo a un grupo de liberales, Carlos dijo: «Cuando una persona te diga: “Yo soy liberal”, no le discutas si sí o si no lo es. No entres a medir, a repartir carnets, dejemos esa tarea a los otros. Dile: “Estupendo. Sentémonos a hablar de la libertad” y hazlo, siéntate con esa persona y hablad de la defensa de la libertad, de lo común, y no le cierres la puerta de entrada». Lo cierto es que muchos liberales hacen lo contrario, y andan midiendo qué tipo de liberal es el otro, en qué medida,

lo azul que es su sangre y lo pura que es su doctrina. La otra cara de esa actitud es casi peor. Porque su propia autocensura les lleva a no consentirse pensamiento o sentimiento que se salga del conjunto de normas, reglas, definiciones adecuadas y puramente liberales. Es una actitud que trato de evitar aunque no siempre con éxito.

Tanto me molesta que en una ocasión abrí una sección en mi blog, Lady Godiva, para que uno de estos puristas, astrofísico, a quien quiero tanto como admiro, Paco Capella, contestara las preguntas de los visitantes. Eran cuestiones al límite, casos retorcidos en los que se trataba de dilucidar el reparto de responsabilidades, o los derechos de propiedad, o cualquier otra duda relacionada con la ética libertaria en general. Paco se lo tomó completamente en serio. Y, ante mi sorpresa, la gente también.

El resultado eran discusiones tan estériles como éstas:

1. Querido Paco:

La duda que no me deja dormir es la siguiente: Si una persona te pone la mano en el hombro y le cae un rayo y te mueres electrocutado por su causa... ¿Sus descendientes deberán restituir algo a los tuyos?

LO MEJOR DE LA HUERTA VALENCIANA

Querida amiga LMDLHV:

No parece que haya ni agresión ni incumplimiento de contrato. Poner la mano en hombro ajeno no parece agresivo, aunque en esta rara ocurrencia permita la extensión de un accidente natural prácticamente imposible de controlar.

Imagina las conductas que provocaría una ley que penalizara este caso: si hay tormenta nadie se toca; parece más sensato que el que no quiera ser tocado por ese temor, que lo diga, si se deja tocar asume las consecuencias.

Por otro lado los descendientes de una víctima heredan sus derechos, pero los descendientes de un agresor no tienen culpa de nada y no heredan deberes (las propiedades de un agresor muerto pueden utilizarse para compensar a sus víctimas y si sobra algo se entrega a sus propios herederos). El agresor pierde la propiedad de lo que deba compensar en el momento del delito, no es legítimo traspasar riqueza a otros entre el delito y el juicio para no tener con qué compensar.

Creo que en algunas legislaciones los herederos deben asumir deudas (éstas no se extinguen con la muerte del deudor y la incapacidad de pago), pero no me parece muy acertado.

Problema semejante: ¿cómo tratar los contagios de enfermedades?

Con este problemilla te dejo cultivando de nuevo el insomnio, tu amigo...

PACO CAPELLA

2. Querido Francisco:

Si un arquitecto construye mi casa, se derrumba y muere mi hijo, ¿En buena simetría hay que matar al hijo del arquitecto?

Gracias. Tuyo,

RAPH MO-NEO

Querido amigo del programa:

Aparte de que el hijo del arquitecto no ha hecho nada malo, aquí se mezclan varios temas y hay unas cuantas suposiciones implícitas (¿el hijo es un adulto o un menor?, ¿por qué se ha derrumbado la casa?).

El arquitecto sólo suele diseñar el edificio, no lo construye, y los albañiles sólo construyen y no diseñan, si el edificio es defectuoso las causas pueden ser varias. Más vale estudiar el caso más general de daños por productos comprados a otros, que pueden ser por defectos, por uso o mantenimiento inadecuado, o por deterioro natural difícilmente evitable.

Desde el punto de vista jurídico un contrato de compraventa permite explicitar formalmente qué responsabilidades asume o rechaza cada parte: algo puede venderse como es, sin más (incluso sin especificar qué es o cómo se usa), o asumir algún tipo de garantía o servicio de mantenimiento y forma de resolver las disputas al respecto.

Es también interesante explorar si los herederos de tu hijo (si no eres tú mismo) tienen derecho a exigirte a ti una compensación porque tú como propietario eres responsable de que tu casa no se caiga encima de la gente; la responsabilidad del dueño es local: no te excuses con que la casa no la hiciste tú, ¿qué garantías de calidad pediste? Para evitar este problema puedes exigir a los invitados a tu casa que renuncien a denunciarte por los daños que puedan sufrir en ella como requisito de acceso.

Esperando haber satisfecho tu curiosidad, se despide afectuosamente...

... PACO

3. Mi duda es la siguiente:

Si la venta de órganos es compatible con la «ética de la libertad», ¿también se pueden vender partes del cuerpo para un festín caníbal? ¿Es justo que el Estado reprima el canibalismo voluntario? ¿Debería liberarse a Armin Meiwes, condenado por comerse a una víctima voluntariamente sacrificada?

Muchas gracias por tu respuesta,

I-LOVE-PETA

Querido I-love-PETA:

La venta de órganos (de los cuales uno sea el legítimo propietario, claro) es perfectamente compatible con la ética de la libertad. Lo que se haga con ellos lo decide el propietario: si quiere comérselos, allá él (parece una estupidez, sobre todo por la abundancia de otros tipos de carne nutritiva y sabrosa, pero las valoraciones son subjetivas). A muchos les resultará obviamente repugnante (es normal que se considere inmoral), pero la tolerancia de la libertad consiste en permitir acciones voluntarias que a ti no te gustan; si te parecieran bien no tendría mérito. Lo normal hoy día es no desear comer carne humana, y al que lo haga seguramente se le consideraría enfermo mental, pero Aníbal Lecter es un asesino que parece bastante cuerdo e inteligente. Si crees que comer carne humana es algo horrible, boicótealo, o informa de quién lo hace para que los demás también les repudien, pero sin prohibirlo mediante la coacción estatal.

El canibalismo no siempre ha sido inmoral: parece casi seguro que muchos grupos humanos primitivos eran canibales (aunque seguramente sólo comían miembros de otras tribus a quienes previamente asesinaban, ya que resulta raro comerte a un amigo o pariente y al comer a alguien que muere por alguna enfermedad uno puede estar comiéndose la causa de esa enfermedad); los sacrificios rituales acababan comiéndose al sacrificado (podría ser una fuente de proteínas en casos de escasez de alimentos, si dos van a morir de hambre en una situación límite uno puede sobrevivir comiéndose al otro).

El problema ético no es comer carne humana, sino de quién es esa carne (de quién es el cadáver de un muerto). Los chilenos del accidente de aviación de los Andes, ¿hicieron mal?

Con este pensamiento me despido, no sin antes desearte una buena digestión.

PACO

4. Querido Francisco Capella:

Como sé que una de tus especialidades, además de la ética capellística, es la inteligencia artificial, quería preguntarte: ¿Cuáles crees que deberían ser las consideraciones y variables a tener en cuenta al hablar del estatus ético de robots?

R2D2

Querido erredosdedos:

Depende de la complejidad del robot o de lo que se entienda por robot. Un robot actual es una máquina cibernética no orgánica que recibe y procesa información y tiene actuadores para ejecutar tareas en el mundo real. Su inteligencia es muy limitada y no tienen intereses, sentimientos, emociones. No pueden ser sujetos éticos, no son capaces de argumentar éticamente. Son herramientas utilizadas por los seres humanos, cuyos propietarios (y tal vez sus vendedores o sus productores según las cláusulas contractuales) asumen la responsabilidad por los daños que causen sus robots a otros.

Los seres vivos también son máquinas (hacen cosas, son agentes autónomos) cibernéticas (reciben y procesan información utilizando ciclos de realimentación); pero son orgánicos, están constituidos por materia autopoyética: su actividad principal consiste en reconstruirse para mantenerse y reproducirse. Mientras que un robot tiene una inteligencia artificial al menos parcialmente diseñada por un humano, la actividad cognitiva y emocional de los seres vivos surge espontáneamente como herramienta de supervivencia. No es primero el verbo y luego la materia sino justo al revés.

Un robot sofisticado podría hacer más cosas de forma independiente, sin necesidad de supervisión humana. Para eso debe tomar decisiones con información incompleta, tal vez parcialmente inconsistente, y quizás tenga conflictos acerca de múltiples objetivos mutuamente incompatibles a seguir; para gestionar estas situaciones necesitará algo parecido a un sistema emocional, prioridades, preferencias, intereses propios si debe cuidar de sí mismo. Tal vez entonces alcancen la inteligencia y la sensibilidad necesarias para considerarlos agentes intencionales y sujetos éticos. Sólo tiene sentido aplicar leyes a quienes pueden entenderlas y adaptar su conducta en consecuencia según los incentivos creados por el sistema legal.

Las famosas leyes de la robótica de Asimov y sus relatos relacionados con ellas muestran lo complejo y conflictivo que es construir un sistema cibernético que pueda ser usado como herramienta y a la vez cuidar de sí mismo.

1. Un robot no puede hacer daño a un ser humano o, por inacción, permitir que un ser humano sufra daño.
2. Un robot debe obedecer las órdenes dadas por los seres humanos, excepto si estas órdenes entrasen en conflicto con la Primera Ley.
3. Un robot debe proteger su propia existencia en la medida en que esta protección no entre en conflicto con la Primera o la Segunda Ley.

¿Qué se entiende por daño? ¿Algo físico objetivo o algo psicológico subjetivo? ¿Puede un robot practicar la cirugía? Existiendo miles de millones de seres humanos, seguro que algunos están sufriendo daño en cada momento: ¿qué debe hacer el robot frente a tantas tareas? ¿Puede el robot causar daños a uno para evitar el daño de muchos? ¿Qué pasa si el robot no entiende las órdenes de los seres humanos, si éstas son ambiguas sin posibilidad de aclaración, o si son contradictorias? ¿Cómo se decide respecto al conflicto entre la propia protección y el cumplimiento de tareas encomendadas?

5. Querido Paco:

Mi duda es acerca del trabajo infantil. Siempre se aborda la cuestión desde un punto de vista pragmático, diciendo que los niños pasan más hambre cuando se les prohíbe trabajar que cuando no, y con otros argumentos más complejos y menos claros, como que una generación se «sacrifica» para que la siguiente no tenga que pasar por ello... (Ejemplo: Milton Friedman). Pero desde un punto de vista ético mi duda es: si los niños no deciden libremente ir a trabajar, ya que a cierta edad eso es potestad de los padres, ¿cómo se distingue eso de la esclavitud?; ¿se puede hablar de libertad en esas circunstancias?; ¿no estaría justificado usar la coacción ante la duda de que lo contrario pueda permitir una mayor y peor?

Muchas gracias:

UN ADULTO

Querido adulto:

Efectivamente el problema de los niños es muy difícil porque son la transición hacia un ser humano adulto. La capacidad de decisión (la voluntad) no existe antes y justo ahora ya sí, sino que se desarrolla gradualmente. Hasta que se considere que el niño se ha transformado en adulto, una posibilidad es asignarle un tutor que tome las decisiones por él; este papel parece lógico asignarlo inicialmente a los padres (y especialmente a la madre) como creadores y principales interesados (quienes normalmente más lo quieren) y mejor informados. Naturalmente hay padres fracasados, violentos, psicóticos, criminales, desinteresados; si el niño quiere escapar de ellos puede pedir a

algún otro adulto que se ocupe de él (lo adopte), o puede ser el adulto quien trate de rescatar al niño, pero en estos casos puede ser que el niño tenga un serio problema de desgarró emocional, ya que el lazo afectivo con los padres no es nada fácil de romper (en general); y la intervención externa siempre es peligrosa, sobre todo si se produce por la burocracia estatal.

Lo de obligar a trabajar también es complicado: normalmente te obligan a ir al colegio y estudiar aunque no quieras, que no es productivo para otros (explotación) pero para el niño es o puede ser un esfuerzo contra su voluntad; un padre pobre bien intencionado puede pedir a su hijo que colabore con el mantenimiento de la familia (y si esto se prohíbe puede ser peor); a lo que no tiene derecho es a maltratar violentamente al niño para que trabaje, como mucho podrá repudiarlo y negarse a mantenerlo. Un esclavo adulto sabe que lo están explotando y se escaparía si pudiera.

No me parece mal que los niños aprendan gradualmente que la vida requiere trabajo y esfuerzo; actualmente los niños pasan demasiados años en entornos artificiales en los cuales se les dice lo que deben hacer o pensar y aprenden a satisfacer a sus profesores pero no aprenden a interactuar productivamente con otros en el mundo real. Es normal en los niños querer imitar a los adultos y convertirse en adultos cuanto antes, y eso incluye trabajar.

Esperando que mi respuesta calme tu curiosidad se despidió.

PACO

El bueno de Paco esperaba mis correos con las preguntas y me mandaba la respuesta, yo ponía el encabezamiento y la firma. Y creo que se cansó de mi sarcasmo, porque para él, científico, extrarracional e hiperanalítico, este tipo de dilemas que ponen sobre la mesa los principios éticos del liberalismo, sus límites y sus puntos más oscuros, son muy importantes. La plaga de discusiones peregrinas que se mantienen porque las definiciones son importantes, y las categorías, y estar dentro del círculo de tiza de la doctrina y las reglas de la lógica y la ética, que son como filos que arrasan con todo lo que sobresalga, no ha terminado. En cualquier rincón de las redes sociales hay una discusión por este tipo de cuestiones.

En mi opinión, aunque el debate teórico es importante, y el ético es fundamental, creo que muchas veces se llevan ambos a callejones sin salida o a cuestiones que traspasan el límite del absurdo. La imagen que queda es la de un grupo de raros enfrascados en discusiones que no afectan al día a día. Y el planteamiento es muy excluyente, pero no solamente de los más diferentes, sino de los afines también.

Volviendo al consejo de Rodríguez Braun, la tarea que queda por hacer es la de llevar la ética liberal y el debate teórico al ras de la calle, primero predicando con el ejemplo y, segundo, hablando a la gente en su lenguaje, con su código de comunicación y sobre los temas que les interesan. Es una asignatura que sigue pendiente y que no se superará mientras las voces que más se oigan sean las de quienes se encierran en un círculo sectario y se empeñan en erigirse en jueces de la libertad.

Estas afirmaciones no significan que no sea necesario un enfoque ético de la vida. La ética es la base de todo. Cuando se nos olvida, las consecuencias son devastadoras. El debate ético es imprescindible porque fundamenta todo lo demás. Pero el liberalismo no puede limitarse a ello y dejar el resto como si formara parte de una liga menor. Por desgracia, muchos liberales se quedan enganchados en la estética del debate teórico porque, entre otras cosas, es muy satisfactorio. La razón funciona como un autorrefuerzo: aquellos que se sienten reconfortados en la etérea abstracción, las personas más racionales, tienen muy fácil emplear horas en un debate en el que con cuatro textos y las reglas de la lógica pueden batirse en un duelo en el que muchos miran y aplauden, un ámbito en el que cualquiera puede ser un mero diletante con solamente dedicarse a leer los tratados más sesudos o más aburridos. Y el aplauso del entorno sube la moral de cualquiera. Aunque ese entorno sea un grupo de amiguetes.

Pero, seamos justos, éste no es un mal del liberalismo, sucede en general, en todos aquellos campos en los que hay una clara distinción entre teoría y práctica. En la universidad suele haber debates entre los profesores que pertenecemos al departamento de teoría y los de economía aplicada. No es que sean ámbitos incompatibles, sino que

unos nos apoyamos en la abstracción pura y los otros en los datos y estadísticas. Y también se dio en la izquierda en su momento, el mismo Marx estaba enfrentado a Proudhon y los anarquistas por quítame allá unas revoluciones. Para mí es relevante y me escuece precisamente porque soy liberal y es un tema que da una mala imagen del liberalismo y tiende a confundir. Y mirando de cerca la sociedad española, ¿qué hacemos cada uno de nosotros cuando hablamos de fútbol, toros o coches? Lo mismo, todos somos un entrenador, un político y un juez, apoyados en la barra de un bar y con un par de vinos encima. Ninguno pasa de ahí, nadie se atreve a solucionar sus propios problemas, que para eso está el Estado, pero somos los primeros en decirle al pobre prójimo qué es lo que tiene que hacer, te pregunte o no. Así es España.

¿Qué dicen en la calle de los liberales? Dicen que somos los defensores del poderoso, del rico y del empresario trincón que busca retener, mediante políticas liberales, el dinero en su bolsillo a costa de la pobreza ajena. Somos los seguidores de Thatcher, de Reagan, de Aznar y de la patronal. Dicen que somos los protectores de las élites detractoras de los derechos de los menos favorecidos. Y esa falsa imagen no se aclara con debates sobre el canibalismo voluntario. Porque en el imaginario colectivo pesa más el punto estrafulario que las críticas a Thatcher, Reagan, a la patronal y a los empresarios trincones, que sí se hacen desde muchos círculos liberales o libertarios, en radios, televisiones, periódicos y redes sociales. Y ésta es otra piedra en el camino. ¿Somos liberales o libertarios?

Ese problema de la denominación no es responsabilidad nuestra, realmente. La diferencia entre liberal y libertario surge en Estados Unidos cuando en el panorama político bicefálico republicanos/demócratas aparece el término

liberal para referirse a los demócratas. La razón es que durante un tiempo a lo largo del siglo XIX y principios del XX eran los demócratas quienes defendían el libre mercado y los republicanos los que pedían más aranceles. Pero hoy por hoy, los liberales (demócratas) representan la socialdemocracia y defienden ciertas medidas liberales o cierta apertura en lo social. Por su parte, los republicanos defienden algunas medidas liberales en lo económico, como la bajada de impuestos, pero, en general, son conservadores en los temas sociales. En ese escenario los libertarios estadounidenses, que defienden la recuperación de la responsabilidad individual como condición necesaria para recuperar la libertad individual, tanto en el campo económico como en el social, están en un plano diferente a ambos.

De esta forma, incluso en la Vieja Europa, cuando uno se define como liberal en el sentido en el que lo era Adam Smith, es necesario especificar «soy liberal clásico» o de lo contrario se interpreta que se comparten los ideales demócratas de Estados Unidos. Pero en España la cosa es realmente complicada porque la palabra «libertario» desde la Guerra Civil se aplica a los anarquistas de izquierdas. Por eso, la izquierda y los que atacan la libertad individual se han inventado vocablos nuevos a los que confieren, desde el principio, una connotación negativa (neoliberal, ultraliberal) y así poder demonizarnos antes de que expongamos siquiera nuestras propuestas.

En los últimos años, los liberales somos los culpables de la crisis, porque defendemos menos regulación, cuando lo que ha calado en la opinión pública es que necesitamos más regulación, más control y menos caos. Y ésa es una de las palabras clave: caos. Parece que los liberales somos los reyes de la ley de la selva y el desorden. Nada más alejado de la

realidad. El éxito de esta perversión de la realidad se debe a que los manipuladores aluden a la necesidad de seguridad, al miedo humano y se aprovechan de los efectos que tienen esos reclamos en la psicología de la sociedad.

Normalmente, son las experiencias negativas las que dejan una impronta más fuerte en nuestra mente, y no es gratuito: al optimista se lo come el león, así que más vale que estemos alerta de los peligros potenciales. Por eso, el ser humano viene dotado por defecto de mecanismos que le ayudan a no olvidarse del «por si acaso». Necesitamos sentirnos seguros y creemos (equivocadamente) que más control, tomar medidas, hacer algo, promulgar más leyes, emitir más prohibiciones, es la solución. Al fin y al cabo, si no haces algo, como decimos en España, te pilla el toro. Pero las cosas no son tan sencillas y en la propia naturaleza existe lo que se llama «orden espontáneo», que nos ha salvado de nosotros mismos muchas veces a lo largo de la historia.

El liberalismo espontáneo: el orden espontáneo también existe

Cuando me preguntan qué entiendo yo por liberalismo trato de ser escueta y clara y simplemente propongo la defensa de la libertad individual asociada inexorablemente a la responsabilidad individual. ¿Y qué pasa con la sociedad en medio de tanto individualismo? Porque la idea generalizada es que individualismo es sinónimo de egoísmo y los liberales vivimos de espaldas a la sociedad.

Pero cuando uno observa la vida en sociedad más allá de normas y leyes sancionadas por el poder y sesgadas por los intereses de los partidos políticos, vemos que la tendencia del ser humano es la de organizarse espontáneamente. El orden espontáneo no es una creación teórica fruto de una mente desviada o utópica. Existe en la

naturaleza: en las bandadas de pájaros, en los bancos de peces que pueblan los fondos marinos, en la respiración de madre e hijo, en las luciérnagas que lucen acompasadamente sin orden preestablecido en las orillas de los ríos del Este asiático. Y existe en la vida cotidiana. Las mujeres lo sabemos muy bien: el «tú friegas y yo seco y los dos vemos la película» no es un invento masculino. No hay más que ver cómo nos organizamos vigilando a la prole entre amigas y cuñadas en el parque o en la playa. No hay plan, es un «hoy por ti, mañana por mí» que simplemente surge. Este fenómeno de la organización espontánea es especialmente visible en quienes están menos narcotizados por la planificación. Los niños, por ejemplo. Es paradigmática la espontaneidad como símbolo de la infancia. Y con razón. Nadie se amolda mejor que los niños a las situaciones nuevas. El orden espontáneo es la base de la capacidad adaptativa de las especies y de la nuestra también. Es mucho más eficiente que trazar un plan a priori basado en un conocimiento previo que no se tiene. Y hay que subrayar que no se trata de vivir en el caos, sino que prevalezca el orden. Pero de otro tipo.

La clave de esta afirmación la expuso y la explicó maravillosamente un médico y estudioso de la sociedad de finales del siglo ^{xvii} y principios del siglo ^{xviii} holandés, Bernard de Mandeville, en su obra *La fábula de las abejas o vicios privados, virtudes públicas* (1714). Mandeville fue el primer autor que describió los efectos de la llamada «ley de las consecuencias no queridas». La planificación puede llevar a que, con la mejor intención del mundo, y tratando de conseguir un bien para la comunidad, se llegue a una situación mucho peor de la esperada y peor también a la que se habría llegado si se hubiera dejado que el orden resultante se hubiera generado sin un plan. Mandeville imaginó un

panal de abejas perfectamente organizado, eficiente y rico pero en el que todo el mundo vivía pendiente del lujo, el consumo y la riqueza. Tras reflexionar acerca de la inmoralidad de la vida de sus súbditos, la abeja reina decide que ya va siendo hora de que su panal sea virtuoso y toma medidas. Pero aunque logra su objetivo, la imposición de reglas virtuosas lleva a la ruina del reino y a la destrucción de gran parte de su riqueza. Tanto que la mayoría de las abejas lo abandonan. La conclusión de Mandeville es que la virtud desnuda no lleva al esplendor a las naciones y para vivir en abundancia es necesario que haya libertad económica y no económica.¹³ Lo que subyace a esta idea, que sigue plenamente vigente, es que la moral es un tema individual y que se basa en la formación y la ejemplaridad. La difundida idea de que la ley debe ser moralizante es un error. Pretender que el mercado ha de ser moral es tan errado como pensar que un automóvil es un lugar de vicio. Aunque ese ejemplo pueda parecer exagerado, es conocida la declaración de un juez de Middletown, Indiana, quien afirmaba en 1925, cuando los coches empezaban a llevar techo cerrado, que los automóviles se habían convertido en casas de prostitución sobre ruedas por el hecho de que de los treinta casos de abuso sexual a jovencitas que se habían presentado en su corte, diecinueve habían sucedido en un coche cerrado. Pero quien abusa es la persona. Y del mismo modo son el oferente y el demandante quienes deben actuar con ética. No con obediencia sino con ética. Por supuesto que deben existir leyes que eviten el robo, la estafa y el incumplimiento de los contratos. Pero pretender que el productor o el consumidor pueden ser virtuosos a golpe de ley, por mandato humano, es una aberración. En todo caso, se les puede obligar coactivamente, pero no serán más virtuosos, sino más obedientes. Y solamente hay que mirar

la historia para ver la cantidad de casos en los que la obediencia forzada por el monopolio de las armas y la ley ha llevado a masacres. Y éste es un aspecto delicado: las armas.

Muchos liberales defendemos la libertad de armas por diferentes motivos. En primer lugar, porque el monopolio estatal de la fuerza asegura que si llega al poder un Adolf Hitler la población está vendida. Se trata de proteger a la ciudadanía de un gobernante asesino, por un lado, y de mandar el mensaje a los políticos de que el pueblo no puede ser sometido por la fuerza como un rebaño de ovejitas. Hay que recordar, además, que en Estados Unidos las compañías de civiles armados al servicio de la nación es una tradición de la que los mismos estadounidenses se sienten orgullosos. Pero hay otra razón y es la legítima defensa de cada ciudadano frente a una agresión externa. Por supuesto, en España pensamos enseguida en dos cosas: el terrorismo y los golpes de Estado. Si ya tenemos experiencia tratando de someter al Ejército al poder político (dicen los detractores de la libertad de armas), imaginemos si existieran grupos paramilitares legales. ¿Y lo que se agravaría el tema del terrorismo? Impensable. Además, la defensa propia, argumentan, se convertiría en peleas callejeras a balazos. Y dan ganas de preguntar si las muertes por arma blanca son menos graves que las causadas por arma de fuego. Pero la cosa no queda aquí. Las noticias de asesinatos en institutos estadounidenses exacerban las críticas y sesgan de manera escandalosa el análisis, que supuestamente debería ser neutral, de los informativos en radios, televisiones y prensa escrita. Todos coinciden en mirar al Club del Rifle, la libertad de armas y a quienes la defendemos como si ese gatillo lo hubiéramos apretado directamente nosotros. No importa nada que los asesinatos tengan lugar en zonas donde están prohibidas las armas (*gunfree zones*), no importa

si queda claro que si la profesora hubiera tenido un arma en el bolso habría salvado las vidas de muchos estudiantes. Nada importa: es la libertad de armas lo que provoca esas brutalidades.

En España uno puede tener armas para uso deportivo en casa (tiro al blanco o caza), con la licencia correspondiente, y descargada, con la munición en un lugar aparte del arma, que además debe estar bajo llave. Si vienen a matar a tus hijos no lo vas a evitar apuntándoles con un arma para disuadirles, no te va a dar tiempo. Y, por otro lado, la ley está diseñada de manera que es mejor no darle al asesino porque es muy fácil que acabes yendo a la cárcel tú, la víctima. Tampoco sirve de nada que saques el ejemplo de Suiza donde hay libertad de armas, porque entonces te explican que esos pueblos están mucho más civilizados que nosotros y que aquí eso no funcionaría. Todos ellos argumentos que nos dejan en muy mal lugar.

Pero la mayor de las lecciones de la fábula de Mandeville es que una imposición inventada y aplicada con la mejor de las intenciones, puede tener los efectos más perversos. Es una versión del famoso dicho según el cual el infierno está lleno de buenas intenciones.

En mi terreno, el de la educación, lo veo a diario. Es mucho mejor dejar que los alumnos vengan voluntariamente a clase que obligarles a asistir penalizando las ausencias. Cuando empecé a dar clase en la universidad privada éramos muy criticados porque pasábamos lista y porque decían que tutelábamos en exceso a los alumnos. Los alumnos y profesores de la universidad pública creían que ese requisito llevaba a frenar la madurez del alumnado. Estoy completamente de acuerdo. Curiosamente, ahora la asistencia es un requisito exigido por la terrorífica Reforma

Educativa de Bolonia, que pretende homogeneizar y mejorar la calidad de la educación europea (y de los demás cuarenta y tantos países que firmaron el Acuerdo de Bolonia). Como era previsible, el resultado es desastroso. Antes los alumnos interesados atendían y aquellos que trabajaban o se aburrían no asistían. El ambiente en la clase era menos tenso y si tus clases realmente merecían la pena el alumno venía. Los estudiantes interesados pero que, por razones laborales o personales no podían asistir, siempre tenían la opción de ponerse en contacto con el profesor y se llegaba a una solución.

¿Qué sucede ahora? No solamente hay que pasar lista cada día, además hay que rellenar un formulario y enviar las asistencias a secretaría. Tiempo que la burocracia roba a los profesores. Y es una medida que entorpece la fluidez de las clases, porque se llena el aula de alumnos dormidos, mirando el móvil, distraídos, que hablan... Por supuesto, lo siguiente es prohibir los dispositivos electrónicos en clase para evitar que se distraigan. Otro error, porque una persona que se aburre no necesita más que su capacidad de ensoñación para evadirse de las explicaciones de Contabilidad de costes o de Derecho mercantil o de Historia del pensamiento económico. El razonamiento que ofrecen mis compañeros a mis quejas acerca de la obligatoriedad de la asistencia es que estamos en una universidad privada, se paga cada crédito que ofrece una asignatura y los créditos equivalen a horas de clase, así que los padres, quienes pagan, tienen todo el derecho a cerciorarse de que sus hijos reciben el número de horas que pagan. Y tienen toda la razón. Ahora bien, ¿debe ser la universidad la policía de los alumnos? Hay otras soluciones menos tajantes y, tal vez, más efectivas, como lo es enviar puntualmente a los padres una carta informando de las ausencias de sus hijos, no en términos de

horas, sino en euros: «El alumno Pedro Ampudia ha faltado a clase este trimestre (o este mes) por valor de 500 euros» y que el padre de Pedro decida qué hace con su hijo. Es notable que nadie se plantee por qué esto es aplicable a la privada y no a la educación pública, donde la hora de clase está financiada con los impuestos pagados por todos. Ningún compañero afea la conducta al alumno que falta a clase recriminándole que está haciendo mal uso del dinero de los más necesitados. No hay rendición de cuentas en ese caso. No parece que la consecuencia de no pasar lista para que el alumno madure sea la esperada.

Yo entiendo a los alumnos. A nadie le gusta que le digan qué tiene que hacer. Respondemos a incentivos y la coacción es el peor de todos. La aceptación de las reglas externas no entendidas es difícil de llevar y no requiere ser responsable sino sumiso, y yo defendiendo la asunción de responsabilidades, no la obediencia ciega. El forzar la virtud del grupo a golpe de ordeno y mando no solamente es más indeseable desde un punto de vista del comportamiento, también es más caro. Probablemente cuando Colbert, el ministro de finanzas francés en el siglo ^{xvii}, tuvo la idea de que los textiles franceses fueran tan competitivos o más que los flamencos y los ingleses, no podía imaginar a dónde llevaría a la economía francesa. Porque para asegurar una calidad alta y homogénea como «marca Francia», promulgó una exhaustiva normativa especificando el número de hilos de cada trama, la textura, los tintes, las medidas de los telares... todo estaba previsto. Asimismo, impuso penalizaciones a todo fabricante que incumpliera la normativa. Pero eso implicaba que alguien tenía que recorrer Francia, taller a taller, vigilando, tomando nota y denunciando a los infractores. Era necesario que hubiera tribunales que juzgaran esa infracción y establecieran

exactamente la pena más adecuada. Y, finalmente, tenía que existir un cuerpo de recaudadores que se encargaran de asegurarse de que todos los condenados pagaban la multa. La consecuencia fue que el gasto del Estado se multiplicó y los agricultores franceses, que eran el grueso de los contribuyentes, vieron disminuir tanto su renta que el sector agrícola, básico para Francia, se arruinó.

Este comportamiento que, visto en perspectiva histórica, nos puede parecer de una enorme torpeza por parte de un estadista como Jean-François Colbert, se ha repetido en muchos países, y en España especialmente, a lo largo de la historia. Hoy en día, el ejemplo de las energías renovables y los efectos perniciosos de su financiación pública es el más claro. Y, con todo y con eso, hay parte de la sociedad y de mis compañeros de profesión que discuten la necesidad de que el Gobierno dirija la actividad económica mediante la planificación.

De la misma forma que a ningún estudiante le gusta que le digan cuándo ir, a qué clase, y que quiere organizarse a su manera, tampoco debería parecernos muy normal que sean terceras personas quienes someten las decisiones individuales que son tan privadas a la lupa y el juicio estatal. Desde la comida de tus hijos, hasta la salud sexual, siempre con la mejor de las intenciones. Y, sin embargo, no solamente a nadie parece sorprenderle, sino que quien osa levantar la voz en contra de la intervención del Estado en los temas personales es censurado por la propia sociedad.

Es curioso cómo quienes han tenido que soportar y superar censura, presión, sometimiento, son los que más se empeñan en imponer esos males a los que llegan después. Tras sacrificarse para superar esas barreras de entrada, no dudan en hacerte pasar por lo mismo, incluso si es negativo

y perjudicial, en este caso, para la educación del alumnado. Este mecanismo psicológico es aplicable a otros ámbitos y se debe, aunque no es un motivo evidente, a la necesidad de resarcimiento ante una situación injusta que se ha padecido.

Seguridad frente a libertad. ¿La libertad es insegura?

Todas las personas que conozco se debaten, antes o después, entre esos dos polos: seguridad y libertad. Hasta la neuroeconomía estudia cómo la diferente composición química del cerebro puede afectar a la tolerancia al riesgo de cada individuo en las finanzas. Pero incluso quienes se la juegan en las apuestas, en el casino, en el mundo financiero, o practicando deportes de riesgo, se enfrentan alguna vez a este dilema, si no en las decisiones que solamente les afectan a ellos, sí en las decisiones que son su responsabilidad y afectan a terceros, normalmente los hijos. El común de los mortales no se juega el pan de su familia. Claro que hay casos y casos, y también parricidas y psicópatas sociales, pero no representan a la mayoría de las personas que vivimos en sociedad.

Quienes analizan el origen de nuestras instituciones coinciden en la idea de que la aparición del Estado, o de una autoridad política, desde que el hombre se organizaba en bandas de cazadores-recolectores, respondía entre otras cosas a la necesidad de seguridad de los individuos que vivían en esas comunidades. Hay que señalar que este tipo de estudios no dejan de ser especulaciones. Obviamente nadie estuvo allí para contarlos de primera mano y no hay estadísticas o documentos que nos ilustren. Pero dado que se trata del comportamiento de nuestros ancestros (humanos, al fin y al cabo), y que de alguna manera podemos imaginar las circunstancias en las que se desarrollaba su vida, no parece muy alejado de la realidad pensar que, entre otras

razones, era la búsqueda de seguridad lo que llevaba a admitir el liderazgo y autoridad de uno o unos pocos, los más fuertes, de la banda. Parece fundamentada la hipótesis de que el autoritarismo apareció como adaptación cultural a una población en aumento y a la aparición de la agricultura. Cuando el recurso escaso era el trabajo, es decir, cuando éramos cazadores-recolectores, los hombres cooperaban para cazar y las mujeres para recolectar. Pero cuando aumenta la densidad de población y el recurso más escaso no es la fuerza de trabajo sino el espacio, de manera que los frutos, las raíces y la caza ya no eran suficientes, y se domestican las especies vegetales, la cosa cambia. Porque esa «domesticación» implica vigilancia, cuidado y dedicación; uno ya no puede estar a varias cosas, la agricultura es una actividad muy demandante. El problema es que si todos cultivamos, ¿quién nos defiende de los depredadores y de los otros clanes? Y es ahí cuando aparece un líder que organiza, a quien se le confían las armas de la tribu, que come de lo que los demás cultivamos y que encabeza a los guerreros por su valor, sabiduría y liderazgo. Cuando los clanes se hicieron más numerosos y las tribus se transformaron en aldeas, las tareas de organización de lo común se hicieron más complejas. Y ahí aparece el Estado (nótese que aparece después de la propiedad privada de la tierra, que era explotada en exclusiva por mi clan). La defensa del grupo y la resolución de conflictos que afectaban al grupo y ponían en común su continuidad se desarrollaron y volvieron mucho más sofisticadas. Una sociedad comunista sin propiedad privada y delimitación de responsabilidades no funciona en poblaciones numerosas.

El tema de la propiedad y la atribución de la responsabilidad en relación con el número de habitantes es muy claro. Si tres amigos compartimos el coche y decidimos

entre todos que está prohibido fumar y un día el coche huele a humo, será más fácil desenmascarar al que se ha saltado la norma que si compartimos el coche diez amigos. Y no digamos si el coche lo comparten treinta. Si todos vigilamos a todos no descubriremos al fumador tan rápido como si nombramos vigilante a uno y le consentimos que imponga medidas de castigo. Y, además, al ser tantos, el vigilante no tendrá tantos reparos en imponer una multa al infractor. Si fuéramos tres, el contacto personal sería un freno porque, con excepciones, el roce hace el cariño.

De la misma forma que el tamaño de la sociedad cambió el modo de organización, el aumento del número de habitantes junto con el avance de la tecnología militar ha ido haciendo más complicado mantener la seguridad del grupo. Este fenómeno no se da solamente en lo que se refiere a la seguridad frente a agresiones. Probablemente, asegurar el suministro de agua es más fácil si se trata de una pequeña comunidad de regantes que si hablamos de una ciudad de cinco millones de habitantes. Impartir justicia y evitar que las instituciones dedicadas a esa función se corrompan es viable si hablamos de jurisdicciones pequeñas, pero asegurar lo mismo en un país de cincuenta millones de habitantes, eso es otro cantar.

En nuestra compleja sociedad, el ciudadano de a pie sigue mirando a sus gobernantes como el cazador-recolector al jefe de la banda, buscando que le faciliten la vida y no tener que ocuparse de ciertas cosas necesarias. Entonces era solamente defensa, hoy se han elevado a la enésima potencia las funciones del «líder de la manada de humanos». No solamente pedimos defensa, también justicia, provisión de bienes esenciales como la energía y de servicios no menos importantes, como la educación, la justicia o la sanidad. Y en este nuevo siglo, el Estado se ha atribuido, con el voto de

muchos y el consentimiento por omisión de casi todos, labores moralizantes, asistenciales, benefactoras, que en realidad aseguran la alimentación y engorde ilimitado de la institución estatal, en origen nacida con otra idiosincrasia: la subsidiariedad.

Porque, en un principio, donde no llegaban los miembros de la comunidad, debía llegar la autoridad con esos fondos recaudados entre todos. Eso es responsabilidad subsidiaria, la que se asume «en último caso». Pero a lo que hemos llegado es a que sea el Estado el que impone criterios en temas muy delicados que deberían ser coto privado.

No hay duda de que la manera de ejercer el poder desde que nos organizábamos en bandas de cazadores-recolectores hasta ahora ha cambiado mucho. En vez del jefe-líder tenemos una estructura llamada Estado que consiste en un conjunto de instituciones destinadas, en principio, a regir la vida de los ciudadanos. Esa estructura está «habitada» por personas cuya tarea es exclusivamente ésa, gobernar, son los políticos. Y esos políticos están agrupados en partidos que, en principio, defienden una manera concreta y particular de gestionar la vida social y económica plasmada en un programa electoral y que, presuntamente, basan sus propuestas en unos ideales.

Pero este liderazgo representativo de masas, nuestra democracia, se ha transformado en otra cosa. Se diría que muchas veces es más importante parecer que ser, de manera que el político (heredero del líder del clan) puede verse inducido a prometer colmar un deseo sabiendo que el goce absoluto es imposible. Se trata de la impostura de la realidad. Es cierto que, hoy en día, hemos dejado de lado, en general, la sumisión que depende del poder físico para controlar a la sociedad. No voy a entrar en el comportamiento policial en

determinadas situaciones excepcionales, o en situaciones como las de Ucrania, Venezuela o Corea del Norte, países no tan alejados de nuestro entorno. En la política actual se le da más importancia al conformismo a través de la interiorización de un valor. ¿Cómo se hace eso? Depende de la credibilidad de quien propone ese valor y de la influencia social que tenga. Una persona con mucha influencia cuya credibilidad sea alta tendrá éxito en la batalla por ganar adeptos que defiendan sus valores. Pero, mucho ojo, tanto la credibilidad como la influencia se pueden crear. Para ello hay que dominar la comunicación, tener un buen «ejército» de medios (televisiones, radios, periódicos) y sembrar en la tierra adecuada, en una sociedad cuanto más conformista mejor.

Esta creación de una realidad por parte de los medios tiene como resultado la formación de una masa de población conformista e incapacitada, como un niño, un menor de edad que ha de estar representado por un adulto. Así también, nuestra sociedad está tutelada por el Estado. ¿Qué gana la sociedad de esta situación? Pues, entre otras cosas, que al ceder su capacidad de decisión, la responsabilidad individual se difumina. Sin información y conocimiento no puede haber toma de decisión consistente, es decir, con criterio. Y en esas condiciones no se puede hablar de libertad de elección. En este punto no me resisto a citar el libro *El Estado. La lógica del poder político* (1985), de Anthony de Jasay, que plantea un Estado como un ser cuasivivo que trata a toda costa de sobrevivir y crecer a lo largo de la historia de la humanidad, desarrollando estrategias y subterfugios para lograrlo. Así, afirma en su libro:

La acción racional del Estado vincula su poder a sus fines en un circuito cerrado natural, sin pasar por el largo y sinuoso bucle que es, por decirlo así, el «locus» de la concepción de los sujetos de su propio bien. Con la mejor voluntad del mundo, ningún Estado, ni siquiera la democracia más directa o el más ilustrado absolutismo, puede hacer funcionar su poder a lo largo de ese bucle.¹⁴

Es decir, mientras que el poder del Estado debería estar asociado a los fines de los sujetos y a su concepción de lo que está bien o mal, en nuestras sociedades, el individuo, la persona, queda excluida, apartada por el propio Estado que, de esta manera, sigue sus propios fines de acuerdo con su propio criterio de qué está bien. Aunque suene a historieta conspiranoica, es verdad que existen mecanismos que se retroalimentan en el ejercicio tutelar del Estado. Por ejemplo, la autojustificación, que será tanto mayor cuanto mayor sea la responsabilidad implícita en las decisiones cedidas al Estado. Es lo que en psicología se llama disonancia cognitiva. Por ejemplo, si uno vota a un partido que toma una decisión terrible que desemboca en una guerra mundial y lo hace a pesar de estar sobre aviso, incluso si quienes denuncian son solamente una minoría, la conciencia del votante le pellizcará y cuando el partido en el Gobierno meta la pata, la primera reacción de ese elector incauto será justificarlo y vendrán argumentos como las armas de destrucción masiva, los ataques preventivos, el demonio extranjero y los millones de conspiraciones silenciosas de organizaciones secretas y malévolas para ayudar a justificar esa metedura de pata. En la España actual, las justificaciones de Zapatero y Rajoy para no perder votantes a pesar de sus torpes políticas son muy pobretonas, lo que indica hasta qué punto vivimos en una sociedad civil consentidora y anestesiada.

Pero siendo sinceros, ¿el Estado tal y como lo concebimos nos asegura todo eso que nos prometíamos tan alegremente? Con el corazón en la mano, en la mayoría de los casos, no. No es que yo, o el Instituto Juan de Mariana, o alguien en concreto, tenga la clave para solucionar el problema de la provisión de la electricidad, de las pensiones, etc., que valga siempre y en todo lugar. No hay soluciones

de ese tipo en economía. Pero sí hay un camino que facilita encontrar la mejor de las soluciones, no ya una respuesta, sino la mejor de ellas. Y es una senda trazada por la madre naturaleza: la diversidad. Permitir que exista diversidad institucional y que cada cual elija aquella provisión de bienes o servicios que más le convenga para alcanzar su meta, su bienestar, permite que las mejores pervivan y que las peores opciones sean abandonadas y desaparezcan. ¿Por qué el Estado actual es tan contrario a ello? Contestar a esa pregunta nos lleva de nuevo a la idea de De Jasay sobre la necesidad de sobrevivir y crecer del Estado. ¿Y por qué los individuos, beneficiarios inmediatos de la diversidad institucional, no forzamos al Estado a que lo acepte? Porque la propaganda funciona, y predomina la falacia de que una persona es más moral si trabaja en una institución del Estado que si lo hace en una organización privada. La realidad nos dice lo contrario, pero el tabú ya está creado y arraigado. Y es un entuerto muy difícil de deshacer.

¿Cómo se va a percibir en esta sociedad a un grupo de personas que defienden que cada cual asuma su responsabilidad con lo cómodo que es seguir como estamos? Pues como lo que haga falta: extravagantes, inmorales, ateos, fascistas, ultras, o todo lo contrario. Pero sobre todo, como individualistas, que es sinónimo de egoístas. He ahí uno de los errores más populares de la gente de la calle respecto al liberalismo.

Los hombres cazan el mamut y nosotras somos socialistas

Éste epígrafe está dedicado a aquellos hombres que defienden que la mujer tiene tendencia al socialismo, ya al nacer, de serie; y también a esas mujeres que se sienten incómodas entre ese tipo de hombres. Ya hemos visto que

nuestro cerebro, tal y como nos enseña la psicología evolucionista, aún está preparado, sobre todo y en especial, para resolver problemas de supervivencia básicos. Por ello, el hombre se siente instintivamente atraído por las formas de la mujer. Esa mirada al escote o a las caderas no es debido a que sean sucios obsesos, es que su *hardware* les empuja a mirar. Es una mirada guiada por el instinto de supervivencia. Ellos buscan, lo sepan o no, la mejor madre para sus hijos y, desde la época de las cavernas eso significa buenos almacenes de alimento para el bebé y caderas anchas que indiquen madurez sexual. Y luego vienen los paseos al atardecer, los violines, las rosas y el champán, y toda la parafernalia del cortejo para activar las alarmas químicas. El romanticismo y la sofisticación del enamoramiento es conmovedor, pero lo cierto es que el objetivo de la especie es irrenunciable y lo tenemos marcado. Con esto no quiero decir en absoluto que no sean posibles otras maneras de enamoramiento que no están atadas a ese instinto reproductor y que sean igualmente naturales y, efectivamente, me refiero a las parejas homosexuales.¹⁵ Pero ciñéndonos a las características específicas de hombres y mujeres, independientemente de lo demás, la mujer también tiene activados determinados instintos desde entonces y, aunque no cazaba mamuts, se quedaba en el poblado cuidando de los niños y ancianos, observando la naturaleza, etc.

Ninguna de estas actividades nos lleva a la conclusión de que es menos capaz de ansiar y disfrutar de la libertad por instinto. Y, a pesar de todo, es cierto que en el abanico ideológico de la historia más reciente, las mujeres abundamos en las filas socialistas y somos muchas menos en las filas de la defensa de la libertad individual. Y, encima, nuestra representante universal es una mujer rara como un

marciano: Ayn Rand. Los lectores objetivistas, antes de enfadarse, convendrán en que era una mujer extraña. Su biografía la describe como alguien con una infancia y juventud difíciles que tuvo la «osadía» de escribir novelas para explicar sus ideas filosóficas, como hiciera Harriet Martineau en la Inglaterra victoriana.¹⁶ Llegó a Estados Unidos procedente de la Rusia soviética, donde había pasado hambre y muchas privaciones y fue un encuentro completamente casual con Elia Kazan lo que la condujo al mundo del cine, los guiones y la intelectualidad más sofisticada de Nueva York. Independientemente de sus costumbres, de su enfrentamiento con Rothbard y de su excentricidad, el mensaje de sus novelas, su drástica visión del altruismo, su manera descarnada de decir la verdad en muchos aspectos y, sobre todo, su defensa moral del capitalismo son intachables. Es una pena que toda la riqueza de su legado se vea ensombrecido por una personalidad simplemente diferente.

Yo sostengo que probablemente es la falta de empatía de muchos hombres la que, en gran medida, explica el sonoro fracaso de los libertarios y liberales a la hora de difundir la defensa de la libertad. Se han rodado películas, se han escrito los versos más bellos, se ha derramado mucha sangre en su nombre... ¿y aún no ha prendido el mensaje libertario y liberal en el mundo? La culpa no es de los receptores. La culpa es de los emisores del mensaje. No nosotras, los hombres libertarios o liberales, desde el origen de la historia del pensamiento hasta nuestros días. Éste es el que he denominado verdadero demonio liberal, el demonio de la comunicación, y que trato en un apartado específico más adelante.

Volviendo al tema femenino, muchos de quienes defienden que hay un impedimento natural para que la mujer sea liberal, creen que el tema está relacionado de alguna manera con una supuesta incapacidad de las mujeres para la teoría. Muchos amigos dedicados a la especulación teórica, en especial en economía y política, repiten machaconamente esa idea de que las mujeres casi genéticamente estamos menos dotadas para el pensamiento teórico y de ahí que abandonemos la batalla racional y prefiramos aquellas trincheras ideológicas menos exigentes desde un punto de vista racional o filosófico y más centradas en cosas prácticas, como por ejemplo, el socialismo, que llama a las emociones y nos conmueve tanto.

Llegados a este punto, cualquier mujer, con el anzuelo bien enganchado en la boca, empezaría a justificarse, a justificarnos, a demostrar cosas, como diciendo «aunque rubia, soy lista», lo que es tan aburrido como inútil. Y, a pesar de ello, las mujeres llevamos con esa actitud cientos de años. Porque los hombres van a seguir con la cantinela de que no manejamos bien los coches, ni los mapas, que no sabemos cambiar una bombilla, y tampoco tenemos facilidad para la abstracción. Aun si es cierto que la mujer ha desarrollado determinadas habilidades porque la química de su sistema está configurada para ello, no se trata de que nuestros gustos, capacidades y actividades estén determinadas desde nuestro nacimiento, sino de que nuestra composición química cerebral, hormonas, etc., nos predispone para desarrollar actitudes. Nos predispone no quiere decir que nos determina.

¿Por qué la insistencia del hombre? Pues seguramente no es éste el lugar ni yo la persona más adecuada para responder a esa pregunta, pero creo que tiene que ver con la recomposición de su mundo, de su relación con un entorno

en el que nosotras trabajamos, conducimos, cambiamos bombillas, disponemos de destornilladores eléctricos, cortacésped; y también tiene que ver con sus problemas para amoldarse a una sociedad en la que la violencia hacia el hombre lamentablemente despierta risas entre otros hombres, a veces entre la policía, en la que la importante función del padre se obvia en muchas ocasiones y en la que un juez establece cuántas monedas vale ejercer la paternidad. Esa extraña minusvaloración de algunos hombres hacia la mujer, al considerar que no somos aptas para la teoría y que tendemos al socialismo por defecto, muchas veces «desde el cariño» es, entre otras cosas, una manera de poner barreras de entrada, de diferenciarnos y diferenciarse. Y no lo digo entonando un canto victimista que tanto detesto, porque en un camino sin piedras uno se desliza, no camina, y ante un pedrusco grande no hay que amilanarse, hay que tomarlo como un reto y acometerlo. Por otro lado, es un error creer que nuestra valoración de lo que hacemos, del futuro, de las opciones es similar a la suya, forzar una percepción de los fines homogénea para poder implantar el igualitarismo en los medios, por mera corrección política, es uno de los errores más comunes entre las propias mujeres. Parece que si quieres ser bombero o estibador del puerto eres más feminista y defiendes más y mejor la libertad de las mujeres que si te encanta cocinar. El tema de la cocina no deja de ser paradójico. Durante mucho tiempo (y tal vez aún sucede) la mujer literalmente echaba al hombre de la cocina porque le tachaba de torpe, descuidado e incapaz. Justo lo mismo que ellos argumentan: esa especial dotación inicial para una actividad era defendido ahora por las mujeres, probablemente por falta de paciencia o tal vez para poner barreras de entrada a «su territorio». Pero ¿qué ha sucedido cuando la gastronomía se ha convertido en

actividad económica? Contaba Marta Miranda, cocinera y amiga, en una de las charlas TED (el dedicado a la mujer en el evento TEDxGranVía), que ella se había encontrado con una barrera del grosor de la Muralla China en su trabajo porque para cortar verduras está bien, pero los grandes chefs son hombres, que no te dejan avanzar. Y que eso sucede a escala mundial. Mientras que a un liberal se le plantea este tema como un caso a estudiar y a analizar los incentivos, un gestor político está pensando ya en una nueva ley de cuotas para que por cada chef hombre haya una mujer. Es decir, de nuevo la excepcionalidad que da lugar a que aparezcan incentivos para otorgar privilegios arbitrarios. Y, encima, humillando a la mujer, que no deja de ser una pobrecita que necesita refuerzo para estar a la altura.

En otros tiempos, cuando la asignación de los roles femeninos era muy estricta y la mujer tenía vetado el acceso a la educación básica, a la universitaria, al trabajo, a disponer de una cuenta bancaria, por ejemplo, la mujer no podía elegir y la maternidad era el determinante de nuestra función. Pero en los siglos XVIII y XIX la mujer ha avanzado paso a paso en la conquista de la igualdad ante la ley y el libre acceso a la formación. No hay que olvidar a los padres, a los catedráticos y a los compañeros en las universidades que se saltaron la ley para permitir que las mujeres con talento científico pudieran desarrollarlo. Y así lo atestiguan historias como las de Émilie de Châtelet, Clelia Grillo Borromeo, Emmy Noether, Lillian Möller Gilbreth, Caroline Herschel o Ada Lovelace.¹⁷

Esa situación de igualdad ante la ley, tan necesaria, no implica que todas las mujeres tengamos la obligación de involucrarnos en la misma medida y de la misma forma en el mundo laboral. Es una decisión de cada una que, cuando se vive en pareja, se toma de manera conjunta, como tantas

otras cosas relevantes o cotidianas, la educación de los hijos, la división de funciones, dónde vamos en vacaciones, etc. Es un ámbito privado en donde nadie se puede meter, ni intimidar, ni forzar en un sentido o en el otro.

A día de hoy, la que quiere lanzar misiles lo hace si se lo propone. La que quiere dedicarse a la teoría matemática lo mismo. El precio es alto pero no es una tarea imposible. El caso es que no nos hace falta demostrar permanentemente nuestra capacidad lógica estándar. Precisamente por nuestra «especialización» natural, tal vez estamos más interesadas en que esa teoría llegue a todos, sea entendida, tenga aplicación práctica. Y, desde luego, muchas sí preferimos renunciar a ser faraonas de un emporio empresarial por sacar adelante una familia. Es una opción tan respetable como cualquier otra. Todas tienen consecuencias y, porque defendiendo la libertad individual, creo que hay que asumir esas implicaciones. Da la sensación de que de repente, en muy poco tiempo, la mujer se ha puesto los pantalones, en sentido literal y metafórico, y creo que estamos ahí, ajustando el termómetro social todavía.

No sabemos si queremos una sociedad «supuestamente igualitaria» sin niños o queremos que la mujer deje de trabajar, o cuál es la combinación. Es cuestión de tiempo y de dejar que cada cual haga según sus fines.

En cualquier caso, la ayuda, la asistencia al otro, la vocación de cuidado que se le atribuye a la mujer puede ser simplemente aprendida y no genética. Y no sólo eso, si esas funciones no conllevan coacción, no se hace a costa del trabajo de otros y son voluntarias, no es socialismo, ni intervencionismo, y es tan liberal como invertir esa energía individual en cualquier otra cosa como la especulación estéril.

Una vez que se entiende que la predisposición para cuidar de la mujer, si existe de verdad y no es aprendida, no implica socialismo si no hay coacción, si es voluntaria, hay que dar una vuelta de tuerca a la escasez de mujeres liberales, al menos en nuestro país.

¿Es casual que el liberalismo puro cuente con una minoría escandalosa de mujeres teóricas y no tenga apenas repercusión práctica? Yo no lo creo. No solamente por la mala comunicación sino porque creo que el modo de plantearlo es incompleto. Se plantea el análisis y estudio de los fundamentos para pasar a la acción. No se plantea el camino inverso. Y ése es el camino de la gente de a pie. Por eso es tan encomiable la labor de las mujeres liberales de todo el mundo y en especial de Latinoamérica, como Dorita de Ampuero, Carolina Bolívar o Lucy Martínez Mont, pero también las nuevas generaciones como Sary Levy, Alejandra Salinas, Yesenia Álvarez, Bertha Pantoja, Jimena Hurtado y muchas otras de que desde las aulas y los *think tanks* se dedican a difundir el mensaje liberal.

El eterno problema: predicar con el ejemplo

Y si somos tan maravillosos, ¿por qué la sociedad occidental y la española en concreto mira a los liberales como de reojo? Obviamente porque no acaban de fiarse. Es perfectamente comprensible. Estamos en un país en el que predica moral el menos indicado. En temas económicos sucede lo mismo. Los empresarios españoles piden ayudas estatales para ser más competitivos. Esa frase, que podría ser el típico titular de relleno en el que nadie repara, encierra la semilla del mal. La historia económica de España está repleta de ejemplos que demuestran cómo la ayuda estatal ha sido lucrativa a corto plazo pero desastrosa a medio y largo plazo. Desde fuera, da la sensación de que el español nunca cuenta con que las

cosas pueden cambiar, probablemente porque le ha salido muy bien eso de mantener estructuras obsoletas que han convertido a nuestra economía y nuestra sociedad en una estructura rígida, demasiado esclerotizada como para asimilar los cambios y convertirlos en nuestros aliados.

Un empresario no debería contar con subvenciones tanto si puede como si no puede subsistir sin ellas, como punto de partida. Pero, incluso entre quienes declaran creer en la libre empresa, cuando se trata de «lo nuestro» hay consenso en la necesidad de protección para evitar que vengan los extranjeros a colonizarnos comercialmente. Es el síndrome de la excepcionalidad. Si la empresa acaba de nacer, excepcionalmente hay que ayudarla y cuando madure ya se le quitará la subvención. Si la empresa se dedica a uno de nuestros «clásicos» (aceite, naranjas, jamón, turismo, toros y flamenco) hay que protegerlo porque es «lo nuestro», nuestras señas de identidad y eso es inmutable en el tiempo como las huellas dactilares. Pero si la empresa se dedica a algo innovador, aunque no sea «lo nuestro» también hay que ayudarla. Siempre encontrarán una excusa para la excepción. Y no he entrado en el capítulo de recompensas a amiguetes o pagos electorales.

La contrapartida de la ayuda es que no hay nada gratis y, si se le concede al Estado la función de protectora de la empresa, también se pone en sus manos la decisión de los sectores en los que conviene invertir, porque la ayuda económica va a abrir un cauce para que los empresarios acudan al olor del dinero. Así que, aunque no se sepa el resultado, si el Gobierno necesita que sobresalga un sector, por razones honestas o deshonestas, solamente tiene que destinar el dinero de todos los ciudadanos a ayudas para esas empresas, argumentando todo tipo de razones que van a narcotizar a la población para que no proteste. La

seguridad de las tortugas gigantes, la desaparición de la humanidad dentro de millones de años, la supuesta salud de los ciudadanos... todo vale para justificarlo. ¿Cuál es la alternativa? Que los empresarios arriesguen en aquellos sectores en los que creen que pueden obtener beneficios y los cauces se abran en función del criterio de los empresarios, no del Estado. Porque aunque ese criterio estatal está asociado en el imaginario colectivo a lo que es mejor para todos, desafortunadamente no es así: se trata de lo que es mejor para la clase política que en ese momento está en el Gobierno.

Cuando la gente de la calle ve que se les machaca a impuestos pero se salvan las grandes empresas y los bancos miran de reojo a los liberales. Pero esos bancos y empresas no son representativos del liberalismo sino del mercantilismo, del *crony capitalism* del que hablábamos antes, ese capitalismo de amiguetes, de cómplices en el fraude a la población. Y la culpa de los que nos consideramos liberales es no denunciarlo lo suficiente, o lo suficientemente alto y, en algunos casos, no tener claro del lado de quién se está.

¿Cómo se puede solucionar ese problema? Porque es como decirle al Real Madrid que se haga responsable de los Ultra Sur. ¿Cómo se detecta a quien utiliza las ideologías para lucrarse? Es más problemático cuando no se trata de beneficios monetarios sino que alguien predica unos ideales en los que no cree (y a veces ni conoce) porque le confieren cierto estatus, sea en el lado de la izquierda, de la derecha o en el liberalismo.

Desenmascararle sería una buena opción, pero existe el riesgo de que el público desconfíe de esas ideas o de todas las personas que las defienden y tomen el caso particular

como si fuera lo general. Es una consecuencia indirecta del utilitarismo, es decir, de la defensa de la libertad porque «funciona». Llega un momento que se arrima gente al sonido de las monedas y se termina perdiendo el sentido de las cosas.

Cuando la gente de la calle piensa en los liberales también nos ve como unos hipócritas moralistas que quieren imponer su ideología. Nos ven como a todos los demás, que, como en un famoso cómic, quieren «ser el califa en lugar del califa», o por expresarlo de manera castiza, son el mismo perro con distinto collar.

En España el fenómeno tiene que ver con la relación de la Iglesia católica con el poder político. Pero ha sido un buen amigo católico de Guatemala el que me ha ayudado a superar la visión localista del tema y me ha explicado la compatibilidad entre la pertenencia a la Iglesia católica (o cualquier otra) y ser liberal. No se trata de intentar que las leyes marquen la moral católica (o la defendida por cualquier otra religión) y que la población se someta a ella, porque la obediencia no asegura la virtud y se trata de fomentar la virtud, no el servilismo. No se trata de juzgar a quienes viven de otra forma o con otras costumbres, por más que te produzcan rechazo, por razones fundadas o por prejuicios. Se trata de establecer las reglas que permitan la convivencia pacífica, el libre mercado, el respeto a la propiedad y la vida de los demás. Y nada más. Sin embargo, nuestra historia reciente está plagada de fotos de gobernantes de la mano de obispos. O de sacerdotes que desde el púlpito defendían a separatistas armados o sin armar. Durante la dictadura franquista la Iglesia se asoció (en mi opinión erradamente) al poder político y, hoy en día, después de tantos años, todavía hay parte de la población que identifica al católico con el franquista. Porque en este

país muere el dictador y cuarenta años después aún hay seguidores fervientes de alguien que ya no está. Somos tierra de caudillos y salvapatrias y eso implica que falta sociedad civil. Y a eso me refiero, entre otras cosas, cuando hablaba del gusto por el inmovilismo, la esclerotización de la mentalidad de nuestro pueblo y la incapacidad para salir adelante. Es verdad que, de los dos bandos de la Guerra Civil, el de Franco fue el único en el que no se asesinó a más de siete mil curas y monjas, así que las oportunidades de sobrevivir estaban claras. Pero en el bando republicano también había católicos no franquistas y el monopolio que intencionadamente Franco hizo de la religión al denominar «cruzada» a la guerra política y el consentimiento de la Iglesia confundió a muchas personas y otras tantas se sintieron excluidas.

Si la organización interna de la Iglesia en España hubiera luchado por defender su independencia frente al poder político, probablemente no se asociaría con una opción en concreto y esos fieles de izquierda republicana moderada se habrían visto más integrados. La Iglesia como institución lo habría pasado peor, no habría dispuesto de dinero ajeno (de los impuestos) y seguramente sería más pobre, pero también más auténtica. Es necesario salirse del localismo de la Iglesia en España para ver que no en todos sitios la relación con el poder político ha sido igual. El ejemplo perfecto es el desarrollo reciente de la Iglesia católica en Polonia, donde, por razones obvias, estuvo prohibida durante lustros.

Cuando se defiende la legalización de algo tan espinoso como la prostitución, las drogas y la libertad para que cada cual haga con su cuerpo lo que le plazca, muchos conservadores se echan las manos a la cabeza y te acusan de que pretendes que las niñas se prostituyan, que los jóvenes

se droguen y casi de ser el Anticristo. Las razones por las que esos temores son infundados constituyen una de las réplicas a los mitos liberales del capítulo final. Baste decir, por ahora, que ninguna de esas reclamaciones es contraria a la Iglesia, o a la moral.

La gente mira a los liberales de reojo porque hay muchos conservadores que utilizan el liberalismo para lograr sus fines, que no se centran en la defensa de la libertad sino en la defensa de su particular visión de la moral y del mundo. Pero cuando a la gente de la calle se le explica, sin citar a un autor cada tres palabras, en su lenguaje, en qué consisten nuestros ideales, se percibe en la expresión de su cara empatía, no sin antes haber pasado por un momento de sorpresa y cierta incredulidad. Está en nuestras manos hablar claro y predicar con el ejemplo.

El liberalismo en el Hades: los demonios liberales

Los griegos utilizaban los mitos para hablar de los patrones psicológicos del alma. Eran únicos para explicar temores, deseos, conflictos del individuo o de su relación con el mundo. Y, así, servían para pintar un paisaje determinado del entorno a los hombres y acallar la angustia de la incertidumbre y la oscuridad de la ignorancia.

Desde los orígenes del universo con Gilgamesh, o Rómulo y Remo en el caso de Roma, hasta la Teogonía griega, el hombre ha sentido un especial interés por saber cómo empezó todo. Entre las más conocidas, yo me quedo con la magnífica historia griega que relata cómo después del Caos, donde andaban revueltos todos los elementos, en donde residía la esencia de todas las cosas, ese nada y todo tan singular, emerge Gea. Cómo, de sí misma, concibió primero a Urano, el cielo estrellado, y a Ponto, la profundidad del mar, para terminar contando que, a partir de ahí, y como fruto de su unión con sus propias criaturas, Gea alumbró a dioses, cíclopes, gigantes, eneidas y toda una variedad de seres fantásticos, buenos y malos, que amaban y odiaban como nosotros y que dominaban el mundo mucho antes de que apareciera el hombre sobre la Tierra. Cuando tantas veces he tratado de aclarar quién es quién en ese entramado pleno de imaginación y significado, lo primero que ha venido a mi cabeza ha sido en qué tipo de mente cabe toda esta profusión de símbolos, emociones, historias y fantasía. Obviamente, sólo un ser humano presionado por una curiosidad insaciable y una enorme incertidumbre puede imaginar y elaborar a lo largo de las generaciones esa respuesta tan rica y sofisticada sobre nuestros propios orígenes.

Pero los mitos también se refieren a situaciones complicadas e irresolubles que se dan con carácter universal, como los complejos de Edipo y Electra, esa relación insana que, aun en nuestro civilizado Occidente del siglo ^{xxi}, tal vez disfrazada con ropajes modernos, está presente entre algunas madres y algunos hijos. O actitudes típicas como la de la mujer vengativa representada en las sirenas, las Circes, las Medeas o las Fedras. Y, mis favoritos, los mitos que representan el destino terrible de los hombres, la condena a caer o a morir una vez y otra por el mal cometido, como Tántalo, Prometeo y Sísifo. Y así podemos recorrer historias como el mito del hilo de Ariadna, el clavo ardiendo al que nos agarramos todos al sentirnos encerrados, o el mito de Ícaro, el joven cuya insensata búsqueda de libertad le lleva a la muerte, o el Atlas, que soporta todas las penas del mundo a sus espaldas y que vemos hoy en día en todos aquellos adictos a asumir responsabilidades propias y ajenas.

De la misma forma que nuestros antecesores trataban de responder a las preguntas más trascendentales creando personajes arquetípicos, así también, aunque tal vez sin tanta imaginación, el ser humano del siglo ^{xxi} ha creado sus propios mitos, su Olimpo y su Hades. Situaciones como la pobreza permanente, el sufrimiento de los inocentes, las guerras, la desigualdad, etc., nos atenazan sin que sepamos cómo evitarlo, cómo asumirlo o cómo explicarlo. Estas cuestiones, que han dado lugar al desarrollo de varias ciencias sociales, han sido respondidas de diferentes maneras. Una de ellas es el liberalismo en todas sus modalidades. Es decir, se ha intentado dar una respuesta a la escasez material (de cuyo estudio se ocupa la economía) basando dicha solución en la responsabilidad individual, la libertad para desarrollar cada cual la actividad que decida, el libre intercambio de bienes y servicios, la utilización de un

medio de cambio al servicio de la gente y no al servicio del poderoso, y el sometimiento a normas que aseguren el respeto a la vida ajena, la propiedad ajena y el cumplimiento de los contratos libremente establecidos. Por otro lado, el liberalismo, entendido como esa fundamentación en la libertad y la responsabilidad individual, al no ser simplemente una propuesta económica sino, más bien, una manera de mirar el mundo, también aborda temas sociales aportando ideas y poniendo encima de la mesa cuestiones que, en muchas ocasiones, no son del agrado de los poderosos y de la mayoría populista que les apoya. Y, por esa razón, para evitar que incautos mortales se contagiaran de esa perversa doctrina que centra las decisiones en cada uno, no solamente como individuo, sino como ser que nace con un marcado carácter social, se nos ha condenado a los liberales al profundo Hades y se nos han atribuido una serie de males asociados, al parecer, a nuestra esencia, a los que he llamado los demonios liberales.

No están todos porque esa tarea, más propia de Hércules que de una simple mujer, abarcaría probablemente una enciclopedia, pero he tratado de rescatar aquellos más difundidos con el objetivo de ir, paso a paso, deshaciendo la madeja antiliberal, enmarañada, muy a sabiendas, por quienes sacan partido de la coacción.

Es el sistema político de los ricos

¿Es usted pobre? Entonces usted no puede ser liberal. Porque el liberalismo, que predica la libre empresa y el libre comercio va contra usted. ¿Cómo puede ser posible? Pues porque apoya a los ricos. Y apoyar a los ricos es ir en contra de los pobres. Por la misma razón que si haces dieta para estar delgada, necesariamente desprecias a quien está gorda.

Cualquiera que tenga dos dedos de frente replicaría que este razonamiento está equivocado, pero, sin embargo, se trata de la misma lógica que se aplica a quienes reconocen, en voz alta o por lo bajini, que quieren ser ricos. La razón es muy simple: existe el mito de que los ricos incrementan su hacienda a costa del resto. De manera que, si tienes un Ferrari, algo has hecho que se traduce en que un mortal no va a poder comer, o se va a ver atrapado en las fauces de la pobreza. Este prejuicio es una obra maestra de la manipulación. Lo tiene todo. Por un lado, calma la natural envidia hacia quien tiene más que los demás, especialmente, más que nosotros. Por otro, los no envidiosos, los más generosos, también encuentran una respuesta satisfactoria a la desigualdad que lleva a situaciones tan dolorosas e injustas como que un niño sufra o no dependiendo del lugar de nacimiento. Mientras usted se compra un Ferrari, un niño muere porque no tiene una vacuna que cuesta un euro. Usted es culpable.

Para deshacer este mito hay que ir por partes. En primer lugar, ha sido el libre comercio, la libre empresa, el flujo de capitales, trabajadores y bienes, lo que ha sacado a muchos países de la pobreza más pertinaz, empezando por la Vieja Europa. Lo que actualmente impide que África, el continente pobre, salga adelante tiene más que ver con instituciones enquistadas que con escasez de recursos, excepción hecha de aquellas zonas devastadas donde la solución es mucho más complicada. En determinados países que podrían estar mucho mejor lo que sucede es que hay gobiernos que impiden el libre ejercicio de la actividad económica, bien directamente, bien mediante licencias, impuestos, tasas, bien pactando con gobiernos occidentales (esos tan bien intencionados, los que se dan golpes de pecho y proclaman lo mal que está la cosa en África, pobrecitos) de

manera que los ciudadanos de a pie no solamente no ven un euro de ayuda, sino que no pueden ingeniarse un modo de emprender nada. No es la libre empresa lo que ha arruinado esas partes de África sino la historia de la descolonización y las alianzas Estado-empresa que, ya desde el siglo ^{xvii}, en plena era mercantil, y tal y como denunciaba Adam Smith, traían consigo privilegios para esas empresas vendidas al poder. Así que, para empezar, el liberalismo es bueno para los pobres.

¿Es cierto que enriquece a los ricos? Pues sí. Pero ¿eso es necesariamente inmoral? No. No se trata de que no existan los ricos, sino que podamos buscar aquella manera de vivir que mejor se adecue a nuestros parámetros. En especial que aquellos menos favorecidos encuentren el mejor camino. Si usted renuncia a las riquezas y aspira a irse a vivir al campo a cuidar la huerta y dedicarse a la vida contemplativa, será su decisión. Si, por el contrario, prefiere dedicarse a la especulación y ganar todo el dinero que sea usted capaz de ganar, adelante. Y, antes de que alguien piense «¡Ah! ¿Como sucede en la historia autobiográfica de *El Lobo de Wall Street*?», aclararé que los libertarios creemos en leyes que han de ser respetadas, como no robar, no matar, no mentir y cumplir los contratos. Pero estoy segura de que cuando han leído el ejemplo de la persona que se retira al campo no han pensado en que va a vender los productos de la huerta fraudulentamente o que va a vivir saltándose todas las leyes posibles, como sucede con Jordan Belfort, el protagonista y autor del libro mencionado. Y eso nos lleva a la hipótesis de partida: ser rico implica ser malo. El que más y el que menos, especialmente cuando las cosas vienen mal, acusa al que más tiene y desata su frustración contra el que menos mal lo pasa. No es una reacción especialmente extraña, al revés, es muy humano. Es la misma tendencia

que nos lleva a mirar mal al extranjero, al diferente, al menos cercano afectivamente, como las nueras, los amigos de los hijos, o la «profe» que odia a mi niña, etc. Porque ante una situación dolorosa que no comprendemos, necesitamos encontrar un culpable cuanto más concreto mejor. Y en esta búsqueda se dan varias paradojas que hacen del rico una víctima propiciatoria.

Por un lado, cuando el que sufre es un débil, como en este caso supuestamente son los pobres, nunca se nos va a pasar por la cabeza que ese sufrimiento puede deberse a algo mal que hayan hecho ellos. Somos incapaces de pensar «Pues que se fastidie». Incluso cuando uno toma la decisión de no dar limosna a los mendigos de la calle porque se lo pueden gastar en vino, en vez de en comida o en un albergue, siente la necesidad de comenzar su explicación disculpándose con profusión: «Pues yo, sintiéndolo muchísimo, y a riesgo de parecer una desalmada, he decidido no dar nada al señor que pide en la esquina, porque he estado hablando con voluntarios de la Cruz Roja y me han explicado que es gente que se lo suele gastar en vino y, claro, a mí me duele muchísimo, pero no voy a ser yo quien le perjudique. Prefiero comprarle un bocadillo». Y así es como yo misma, durante meses, compraba, no un bocadillo, sino detergente para la ropa, pañales, leche, etc., a una señora rumana que pedía en la puerta de la tienda. Hasta que un día la vi cargando el maletero de un coche que yo no puedo permitirme tener ni mantener. Mi hija me explicó que en su colonia de chabolas venden los productos al precio que les parece. «Los pobres no son imbéciles, mamá» me dijo. Es el mercado, que surge donde hay oportunidad. Ni son tontos ni necesariamente buenos o malos. La moralidad no depende del nivel de renta inicial o final, sino de los incentivos y de la ocasión de transgredir la norma moral.

Pero por lo que sea, el pobre, en el imaginario popular, es mejor moralmente que el rico. No voy a analizar la influencia de interpretaciones literales de afirmaciones bíblicas como la famosa frase: «Es más fácil que pase un camello por el ojo de una aguja que entre un rico en el reino de los cielos». No es mi objetivo, ni me atrevería, pero creo que ha sido convenientemente utilizada por quienes más tenían y contra los que tenían menos. Con esa frase se propiciaba el conformismo y casi la aceptación de la propia pobreza. A pesar de todo, la realidad nos dice que si usted pregunta a los pobres si quieren ser ricos, son muy poquitos los que responden: «No. Yo lo que quiero es seguir siendo pobre como una rata». Y, a partir de aquí, el trabajo intelectual debería consistir en preguntarse por qué no puede acceder a la riqueza esa persona con menos recursos.

Esta idea la expuso David Friedman, el hijo del ilustre premio Nobel Milton Friedman, en un diálogo para socios organizado por el Instituto Juan de Mariana en el año 2013. David Friedman trataba de responder a mi pregunta acerca de la raquílica batalla que los libertarios estamos dando en el tema, precisamente, de la pobreza en el mundo. Cuando nos acusan en tanto que defensores de la economía de mercado de ser responsables de la pobreza y la desigualdad no respondemos con la contundencia o penetración suficientes como para deshacer el mito de que el liberalismo es cosa de ricos.

David contestó que es muy difícil desmontar esa idea que parece grabada a fuego en la mente de la sociedad occidental y que lo único que se le ocurría era señalar las causas de la pobreza en los países menos favorecidos y cómo todas ellas radican de una manera u otra en represión de la libertad individual. Y es cierto que cada vez hay más liberales que se atreven a ofrecer soluciones a la pobreza,

como el documental de Johan Norberg *Globalization is good*, o el vídeo del Acton Institute *Poverty Cure*. Pero sigue siendo una de las asignaturas pendientes del liberalismo.

Por otro lado, los pobres no son los más débiles, en realidad. La fortaleza de carácter no está unida a la situación de desamparo económico. Quienes les niegan la toma de decisiones respecto a cómo salir de la miseria, son los mismos que les etiquetan como «débiles» y les dedican toneladas de compasión, no siempre respetuosa. Porque dar por hecho que son incapaces para saber elegir es una falta de respeto. Otra cosa es facilitar esa decisión y ponerles fácil la supervivencia, permitiéndoles hacerlo según sus fines, su proceso, sin imponerles por prepotencia occidental los nuestros... aunque haya petróleo en la zona, o diamantes.

Hay otro problema: las soluciones buenistas, aunque tienen muy buena venta electoral y en muchas ocasiones son movidas por el buen corazón del ser humano, no solamente no funcionan, sino que traen más miseria de la que había previamente. Con las buenas intenciones de llave maestra y siempre con la flecha apuntando al corazón de los contribuyentes, los gobiernos nos dicen que se trata de repartir «caviar para todos», y que los ricos compartan su riqueza. Pero los ricos más ricos son amiguitos de los gobernantes y poderosos, y saben cómo hacer para evitar al fisco (por ejemplo, involucrando al gestor político). Así que el caviar, los unicornios y las buenas intenciones los acaban pagando la clase media, esa cuyo buen corazón le llevó a votar por las soluciones buenistas y ahora se ve encadenada a su mala decisión, que termina empobrecida, mientras que no se ha logrado lo prometido sino una gamba congelada, una cabra y una deuda enorme que han de pagar los nietos. Y ahí no para la bola de nieve. La clase empresarial, que también es clase media empobrecida, se reduce y

desaparecen empleos, oportunidades de negocio y expectativas para quienes representan, le pese a quien le pese, el motor de la economía.

Los aliados de los ricos no son los liberales, sino los poderosos, que en nuestros días son los que están en el Gobierno, porque tienen el monopolio de confiscar el fruto de tu trabajo y el monopolio de la coacción, la intimidación y la violencia. Esta alianza permite que ambos defiendan la libertad para algunas cosas y, bien por debajo de cuerda en regímenes más democráticos, bien a la luz del día y sin pudor en los más dictatoriales, extraigan la riqueza de la gente para su propio beneficio, que suele consistir en más poder.

Es insolidario, genera discriminación y corrupción

Este mito parte de la base de que el hombre es hobbesiano, un lobo descarnado y cruel, y si no le obligas no se va a preocupar de sus semejantes. De esta manera, defender la responsabilidad individual es sinónimo de defender al lobo, al depredador, al que rapiña. Como si ésa fuera la consecuencia única e inmediata de la libertad individual.

Se diría que pedir que cada cual se haga responsable de sus actos implica necesariamente que esos actos siempre van a ser malos, como si no hubiera una moral individual y unas leyes, sin mezclar una cosa con la otra. Por un lado, nacemos con una moral más primitiva, menos primitiva, pero todos venimos de serie con un dispositivo moral que funciona por defecto. Y no podría ser de otra forma porque, como ya hemos visto, los humanos somos de las especies que nacen más desprotegidas de toda la fauna terrestre. Una tortuguita recién nacida que se expone a ser devorada en el corto trayecto que va desde el cascarón enterrado en la playa hasta el mar que la salva del depredador, es Superman

comparado con un bebé de una semana. Desde que nacemos necesitamos al grupo. No solamente a la madre, porque ella no puede hacerlo todo y salir a cazar o recoger frutos y raíces nada más dar a luz. El padre, y en su defecto la familia, el clan, el grupo, se hace cargo, por el bien de la especie, de proporcionar esa ayuda. En este último caso no es una muestra de solidaridad grupal, es un intercambio recíproco, ese hijo proveerá de ayuda a su vez a los ancianos de la tribu, será un guerrero o una recolectora, cada cual aportará antes o después lo que ha recibido y, finalmente, tiene el valor de la perpetuación de los genes de ese clan. Incluso si evitamos juicios de valor y atribuciones de bondad o maldad a esa actitud del entorno, el comportamiento acogedor hacia el cachorro humano es el programado de serie por la naturaleza, el impreso en nuestros genes con el objetivo de que la especie sobreviva. Y esto desmiente la idea hobbesiana de que somos lobos los unos para con los otros. O que lo somos siempre. No estoy diciendo que todas las madres sentimos eso de la maternidad como una necesidad imperiosa de nuestro reloj biológico, ni que a todas las mujeres nos encanten los niños, ni que no querer tener hijos signifique (como tanto se ha machacado en otros tiempos, de manera tan dolorosa e injustamente) que eres una mujer desnaturalizada, castigada por la naturaleza ni nada parecido.

Por supuesto que, más allá de lo silvestre, está la moral más sofisticada, sea conformada en una religión o no. Y, además, por otro lado, hay unas normas que sirven para enmarcar la convivencia de las sociedades: las leyes. El que no tiene lo suficientemente activado ese dispositivo moral de serie sabe que si infringe las normas de convivencia, las leyes que enmarcan nuestra vida en sociedad, lo va a pagar.

Reclamar que cada cual se haga responsable de sus actos, que sea libre para elegir y que eso incluya asumir las consecuencias de sus decisiones, no daña en absoluto la moral ni la convivencia. Pensar que el hombre siempre es un lobo para el hombre es tan reduccionista como pensar que somos todos ángeles. La diferencia es que a la gente le parece aceptable argumentar que la libertad debe ser restringida porque no somos ángeles pero no tanto que se aumente la responsabilidad individual porque no somos lobos. Ese sesgo en el beneplácito del público tiene que ver con la necesidad de estar más atentos a los peligros que a las buenas noticias, simplemente porque, desde tiempos ancestrales, un despiste implicaba la muerte de la persona, o la desaparición de la aldea. Por eso es normal que la atención humana se enfoque hacia aquellas situaciones en que hay más riesgo. Esa tendencia es casi cavernícola. Asumir que en las circunstancias actuales los peligros son otros, muchos menos, porque los alimentos y la vida están asegurados en muchas más zonas del planeta, y que esa vida es mucho más confortable también en muchas más zonas del planeta, sería una muestra de civilización. Y, sin embargo, nos cuesta mucho aceptarlo.

Un factor que colabora a ello es que, con tal de ganar votos, nuestros políticos mundiales prefieren llamar a la puerta de las emociones más primitivas como el miedo, en vez de fomentar el desarrollo y el progreso (el verdadero progreso) del ser humano, a través de la responsabilidad individual. Por el contrario, todos los grandes partidos de todos los países proclaman la solidaridad como principio básico sobre el que asientan un número nada despreciable de leyes, decretos, instituciones, y sobre todo, gasto público. Se trata de una solidaridad impuesta a partir de la idea de Hobbes de la que hablábamos al principio. Si no se fuerza a

los ciudadanos a ser generosos, serán egoístas; si no se les obliga a trabajar, serán vagos; si no se les obliga a ser solidarios, serán insolidarios. Pero recordemos el mantra que se ha repetido ya varias veces en el libro: la virtud a la fuerza deja de ser virtud y pasa a ser obediencia. Y por eso, si se les obliga, ni dejarán de ser egoístas, ni vagos ni insolidarios. Para los más honestos entre quienes defienden la obligatoriedad por ley de ser solidarios, esa obediencia llevará, con el paso del tiempo, a que los comportamientos generosos se conviertan en una tradición y terminarán por formar parte de la mentalidad de esa sociedad.

Puede ser que tengan razón, pero no cuentan estos defensores de la coacción con buen corazón con que la mentalidad de los pueblos y las virtudes sociales no se diseñan ni imponen, y que es la educación y el ejemplo lo que las fomentan. La asunción de determinados valores como propios por cada persona es lo que lleva a que una sociedad se comporte virtuosamente o no. Pero esto no es lo peor. Hay que tener en cuenta que muchos de los defensores de la imposición por ley de un comportamiento solidario son beneficiarios del mismo. No se trata solamente de quienes reciben una subvención impropia, también están entre estos partidarios de la coacción con mal corazón quienes permanecen en su cargo público a partir de votos y prebendas de aquellos directamente beneficiados por la solidaridad ajena. Y eso, hablando claro, es poner a trabajar a los demás en tu propio beneficio disfrazando esa servidumbre de buenos deseos y de virtud social.

No estoy defendiendo que seamos ángeles. Hay demonios entre los libertarios, entre los socialistas y en todos sitios. Partimos de un ser humano incompleto, ignorante e imperfecto. Sus actos, las instituciones que crea, sus proyectos, no pueden ser de otra manera. ¿Cómo

abordar entonces la prevención de la maldad y la corrupción? Simplemente tratando de disminuir los incentivos y las ocasiones para ejercer el mal. Cuando un niño llega a la edad de dos años, aproximadamente, los padres no liman los picos de las mesas para evitar que se los claven, sino que retiran los objetos peligrosos y frágiles, ponen protectores en enchufes, picos, cajones y puertas, vallas en las escaleras y enseñan a los niños que eso no se toca. Y alguien puede pensar: «¿Ves? ¡Prohíben! ¡Les enseñan que eso no se toca!». Claro, pero son los padres, es decir, personas que saben qué se toca y qué no, que no meten dedos en el enchufe, no se chocan contra los picos de las mesas, ni se tiran por las escaleras. No es comparable con el papel del Gobierno, porque nuestros gobernantes son como nosotros, no son omniscientes. El ejemplo semejante sería el de un grupo de niños de dos años tratando de prevenir que los demás niños de dos años se hicieran daño. Un desastre ¿no? Pues cuando pensamos en el Gobierno visualizamos a un señor bondadoso poniendo orden entre los lobos, no a un lobo. Y si el hombre es un lobo para el hombre de verdad, ¿no es una locura absoluta consentir que un grupo de lobos tengan el monopolio de la coacción, las armas y la intimidación? ¿No les estamos invitando, casi, a que nos roben, a que abusen de nosotros y nos traten como lobos idiotas?

A esta situación hay que sumarle el hecho de que la moral es interpretada por diferentes sociedades de distinta manera de tal forma que cuando se produce el contacto entre dos comunidades muy diferentes se dan situaciones complejas y que dan que pensar. Un ejemplo especialmente brutal es el de la isla de Pitcairn, donde el abuso a menores se había impuesto como costumbre social. El grupo de islas de Pitcairn son el último territorio británico de ultramar. A

la mayor de ellas, que da nombre al archipiélago, llegaron los tripulantes del *Bounty*, nave famosa por el motín contra su capitán, que inspiró varias películas de Hollywood. De hecho, los habitantes son descendientes de los marineros del *Bounty* que se mezclaron con los pocos polinesios que vivían por entonces en la isla. En el año 2004 fue noticia por la denuncia masiva de sus mujeres de haber sufrido abusos sexuales siendo niñas por parte de hombres de allí. Había una tradición no escrita de que las niñas a partir de doce años eran «candidatas» a ser elegidas por un hombre para tener sexo consentido o no. Durante años, esas niñas, muchas de ellas madres solteras, aceptaron esa terrible situación hasta que el contacto con otras sociedades cambió la mentalidad y el recurso a abrazar la ley británica permitió que un grupo de ellas destapara la situación y la denunciara. La sorpresa vino porque el argumento de quienes defendían a estos hombres era que la isla no estaba sujeta a la legislación británica, a la que había renunciado años atrás. Un grupo de mujeres encabezado por la madre, esposa e hija de acusados reclamaron que el sexo con niñas era una tradición desde finales del siglo XVIII y que estas acusaciones suponían una injerencia extranjera a la tradición pitcairnesa. De esta forma, la cuestión del nacionalismo se superpuso en la opinión pública a la existencia de un abuso a niñas impuesto tácitamente y consentido por la sociedad. Los acusados finalmente fueron siete, seis de ellos condenados, de los cuales solamente uno aún permanecía en prisión en el año 2009. ¿Qué dice la moral en este caso? Pues para los habitantes de Pitcairn y durante siglos, la moral no penalizaba forzar a una niña de doce años y olvidarte de ella.

La solución de estas niñas frente a una ley no escrita basada en una costumbre inmoral era callarse porque no había instituciones que les hicieran caso. Y cuando apareció

ese sistema legal más adecuado pero extranjero, la ley nacional, por inmoral y brutal que fuera, se imponía. Es un error común confundir tradición con moral, en este supuesto la costumbre tradicional era profundamente inmoral, y las leyes sociales también. No es el único caso, hay países islámicos donde está explícitamente establecido como legal el matrimonio con niñas de diez años, por ejemplo. Estos casos ayudan a poner en perspectiva ese mito de que el Gobierno y la sociedad están por encima de la conciencia individual.

Genera paro e infratrabajo

Otro de los mitos liberticidas y uno de los más populares se refiere a los problemas de la libertad contractual en el mercado laboral. Porque en este ámbito los demandantes de trabajo (los trabajadores) y los oferentes (los empresarios) no están en igualdad de condiciones. Al parecer, como todo el mundo sabe, el empresario siempre tiene mucho más poder y, por tanto, el trabajador no disfruta de la misma capacidad negociadora cuando se pactan el salario y las condiciones de trabajo. Y estamos hablando del pan que llevan a casa, de la renta de que disponen las personas menos favorecidas y esforzadas del país para educar y alimentar a sus hijos, las futuras generaciones. Es un tema verdaderamente importante y delicado.

Podemos, como muchos liberales de salón, sentarnos en el jardín de la teoría y debatir sobre el contractualismo, la legitimidad que confiere ser el dueño de los derechos de producción y si eso es o puede ser abusivo, como creen socialistas y comunistas, o si lo justifica todo. Normalmente, los liberales perdemos la batalla y no nos damos cuenta. Es uno de esos casos en los que ambos contrincantes salen jaleados por sus respectivos clubs de fans. Pero perdemos los

liberales porque justificamos situaciones que aparecen como injustas a los ojos de la gente. La prueba del algodón la tenemos cuando algunos de esos teóricos de salón se encuentran (ellos o sus hijos) en la vida en una situación similar a la que justifican y entonces la cosa cambia y se rasgan las vestiduras. «Fíjate que la niña, después de la carrera en la universidad privada y el máster, las prácticas en una empresa prestigiosa y las clases de inglés, resulta que la han contratado en la empresa pero con un contrato de seis meses, cuando le habían prometido que la harían fija. Y todo porque se ha casado. Hay que ser sinvergüenza». Ésa es una conversación común de una madre de bien sobre el mercado de trabajo español de nuestros días. El liberal de pro que defendía la libertad del empresario para contratar solamente a hombres, o de preguntar a las candidatas si tienen novio, que defendía la libertad de contratar por el tiempo que le conviniera y en las condiciones que le parecieran mejor, que levanta los brazos clamando a favor del derecho a la búsqueda del beneficio del empresario, muchas veces se da la vuelta como un guante cuando la situación no le favorece.

Pero el tema no es si se trata de una niña de familia acomodada o trabajadora, o de una gran empresa o de una pequeña. No se trata de las circunstancias particulares, de la casuística. De lo que se trata es de apuntar a la raíz verdadera del problema. Porque cuando se plantea este tema siempre te pintan el conflicto como si la solución fuera la que describe el famoso refrán español: «Esto es como las lentejas, que si quieres las tomas y si no las dejas». Y así es. Pero no se suele formular la pregunta fundamental. ¿Hay algo más en la nevera además de lentejas? Es decir, si no me gustan las lentejas ¿tengo otra elección? Llevándolo al terreno del mercado laboral, si esa joven no está contenta con el tipo de contrato, o si le parece mal que le pregunten

por sus planes de boda, ¿puede irse a otra empresa? ¿Hay más opciones? Esa diversidad solamente la proporciona un mercado laboral libre, donde coexistan distintos tipos de empresas y formas de contratación. Para eso es necesario que haya libertad de asociación para todos: empresarios y trabajadores.

Es verdad que ya no estamos en la misma situación en la que estaba John Stuart Mill cuando hablaba del tema. Él vivía en una Inglaterra en la que para que una empresa pudiera constituirse como sociedad anónima tenía que pagar un dineral a la Corona, las empresas comanditarias inventadas en Francia estaban prohibidas y también lo estaban los sindicatos. Mill reclamaba propiedad privada y libre mercado para superar la tensión evidente que existía en 1848 entre empleador y empleado, como él les llamaba. Aunque en otras cosas me parece un autor templado y socialdemócrata que popularizó un liberalismo que no era tal (como Michel Chevalier en Francia), este punto de su aportación es muy acertado. Mill era defensor de la libertad de empresarios y de trabajadores, así que estaba convencido de que debía permitirse que existieran no solamente sindicatos, también cooperativas, es decir, empresas gestionadas por trabajadores quienes eran, además, los propietarios, y por la misma razón, sociedades anónimas o cualquier forma de asociación que se le antojara al empresario, siempre que no fuera fraudulenta. Los sindicatos debían servir para presionar ante el mal empresario, las cooperativas para competir en el libre mercado de manera que los trabajadores propietarios de las más exitosas se ganaran el respeto de los empresarios tradicionales, por un lado, y que aprendieran lo difícil que es gestionar una empresa, por otro. Eso les enseñaría a respetar a su vez a los buenos gestores. Porque para Mill, la

propiedad privada, además de ser un incentivo beneficioso para aumentar la actividad económica, confería cierto tipo de responsabilidad al propietario. Y la libre competencia entre empresas constituidas libremente era lo que aseguraba que no habría privilegios y que las más sólidas e innovadoras terminarían por tener éxito.

Es muy llamativa la diferencia en las soluciones que aportaron autores como John Stuart Mill y Karl Marx al mismo conflicto en el mismo país. Ambos residían en Londres cuando, en 1848, cada uno de ellos publicó una obra en la que reflexionaban sobre la problemática relación entre el obrero y el patrón. Karl Marx, en coautoría con Friedrich Engels, publicaba *El Manifiesto Comunista*, donde proponía una salida violenta que pasaba por la expropiación. John Stuart Mill, en el capítulo V de sus *Principios de Economía Política*, proponía la propiedad privada y la libertad de mercado, junto con la libertad empresarial y sindical para eliminar asperezas gracias a la responsabilidad y el respeto mutuo.

Por supuesto, los sindicatos de entonces eran sostenidos por los afiliados y las huelgas implicaban una pérdida soportada a pulmón por los trabajadores. No estaban financiados por todos los ingleses, ni era eso lo que reclamaba Mill. Hoy en día las cosas han llegado a un nivel de perversión difícil de superar. No solamente porque al estar financiados por impuestos, como los partidos políticos, no se sabe cuál es su verdadera relevancia. También porque los principales sindicatos españoles están involucrados en fraudes miserables relacionados con el mal uso del dinero que se les da para que gestionen la formación de los trabajadores que dicen defender. Porque sindicatos como UGT son socios de los grandes bancos en las empresas que gestionan pensiones de los trabajadores, convirtiéndose en

empresarios, no por la gracia de los trabajadores a los que representan, sino por los pactos bajo cuerda con los gobiernos que emplean dinero de todos para congraciarse con esos *lobbies* y evitar la conflictividad social. La esencia del sindicalismo, que era la libre asociación, ha desaparecido. Las prebendas a los llamados «liberados sindicales», los trabajadores que por representar a los sindicatos en una empresa tienen condiciones especiales; la oscura negociación entre la Administración y los sindicatos de diferentes sectores respecto al número de liberados sindicales; la fuerza que han adquirido los sindicatos de funcionarios, un caso de estudio en el que el sindicato defiende los privilegios de una casta superior dentro de los trabajadores del país como si fueran víctimas, a costa del resto de los trabajadores, quienes, ignorantes de lo que significan esos manidos mensajes de los funcionarios, les apoyan. Todo esto son simples ejemplos del diabólico entramado en que se ha convertido esa sana competencia con la que soñaba John Stuart Mill.

La libertad de contratación, de asociación, de mercado laboral, implica que cada sindicato sea responsable ante sus afiliados, quienes seguirán financiándoles o no según los resultados, no tanto políticos como laborales. No habrá un monopolio de la formación de los trabajadores financiada con dinero público. No existirían esos privilegios a los funcionarios porque los servidores de la administración deberían regirse por los mismos contratos que el resto de los trabajadores. No es verdad, por tanto, que la libertad conduzca a una explotación de los trabajadores sino al contrario, es el requisito para superar los privilegios de todo tipo de la mano de la diversidad institucional. Medidas como la eliminación del salario mínimo no se defienden porque uno se pone en el lugar del empresario, sino del trabajador

que está en peor situación que el que reclama salario mínimo, y preferiría trabajar por menos dinero pero llevar algo a casa. ¿Y quién protege a ese trabajador? Ahí está una de las paradojas de nuestros días, todos parecen haberse creído el papel salvífico de los sindicatos, no importa las noticias de fraudes, escándalos, barbaridades y pactos con el diablo que firmen los líderes sindicales. No hay manifestaciones en las calles reclamando a «sus» sindicatos transparencia, ser financiados por ellos, los trabajadores, y ser verdaderamente defendidos allá donde hay abusos. Los sindicatos viven de aquellos trabajadores que obtienen rentas de alguna manera de este sistema y de la desidia de todos los demás. Esa desidia es fruto, en parte, de la parálisis psicológica de los trabajadores generada por el sistema laboral actual. No gestionamos nuestro futuro porque nos dan un convenio laboral hecho y no podemos pactar libremente; nos retienen dinero para la pensión de jubilación, pero no nos permiten, como en Chile, hacer otra cosa con ese dinero y gestionar nuestra pensión mejor; lo mismo sucede con el seguro de desempleo, no puedo contratar un seguro diferente nacional o internacional porque ya lo pago vía impuestos, no tengo movilidad porque el mercado inmobiliario está sujeto a las conveniencias políticas nacionales, autonómicas y locales... ¿Qué responsabilidad asumo, además de trabajar para el Estado seis meses? No tomo decisiones de las que hacerme cargo.

Fomenta la explotación infantil

El tema laboral está relacionado con otra cuestión aún más espinosa todavía: la explotación infantil. Cuando se analiza el escenario de los países en desarrollo y la terrible situación por la que atraviesan los niños allí, desde la deficiente escolarización, el trabajo infantil, el turismo sexual enfocado a adolescentes, etc., la respuesta liberal escandaliza a

muchos cuando se defiende el derecho de los niños al trabajo y cuando se niega la premisa mayor: la mayoría de edad es una ficción artificial.

Esa postura nos deja como desalmados explotadores. Nada más lejos de la realidad. Más bien al contrario, la prepotencia de los seudomoralistas de Occidente, de todos los colores políticos, que miran con falsa compasión los esfuerzos de esos pueblos y pretenden tener la solución desde un despacho, suelen esconder dos terribles enemigos de la libertad de la gente que trata de salir adelante: el buenísimo ciego que lava las conciencias y los contratos por debajo de la mesa de los empresarios occidentales que tratan de obtener privilegios y lucrarse a costa de los pobres.

Si vamos al fondo del asunto muchas veces me he planteado si obligar a un adolescente de catorce años a ir al colegio no es una explotación mayor que permitirle trabajar por dinero y ser autosuficiente. No se trata de si debe hacer solamente lo que quiera o de si él no sabe qué es mejor para él. No todos los chicos de catorce o doce años se dedicarían a jugar a la Play Station y comer hamburguesas con Coca-Cola todo el día si les dejáramos en total libertad. Eso lo harían probablemente aquellos que solamente conocieran el colegio obligatorio como opción única. No ofrecemos a nuestros niños y adolescentes muchas alternativas creativas. Pero si se trata de un país donde el reto consiste en saltar de una economía atada a la agricultura no mecanizada de subsistencia a un desarrollo lo suficientemente sostenido como para alimentar a la población y permitir que se desarrollen las instituciones adecuadas, la cosa cambia. Probablemente el chico quiere leer, escribir, manejar la aritmética imprescindible, aprender inglés y que le den un ordenador para hacer negocios y buscarse la vida, o prefiere aprender un oficio especializado que supere el miserable

jornal del trabajo agrícola. Pero Occidente ha decidido que eso es explotación y es mejor que el niño estudie y acabe tan hastiado de su vida que emigre a un país donde trabajando en lo que nadie quiere pueda olvidar el arrozal. En determinados países esta situación económica asfixiante, unida a una cultura diferente, explica que sea la propia familia, incluido ese hermano futuro emigrante, la que busque citas con turistas ricos para la hermana de dieciséis o de trece o menor aún. Hay que comer. Y, mientras jugamos al golf y repasamos las terribles estadísticas de abandono escolar de nuestros niños, nos rasgamos las vestiduras ante el horror que supone la prostitución infantil, alimentada por los turistas, nuestros turistas, que van allí a cumplir sus más perversas fantasías. Los mismos que se alzan en la tarima de la superioridad moral occidental, te señalan con el dedo cuando dices «Es que tienen que comer», como si eso hiciera de ti una defensora de la prostitución infantil, cruel y despiadada. Pero insisto: tienen que comer. Y de nuevo, la pregunta del millón (como en el mercado laboral), es si hay algo más que lentejas en la nevera. ¿Qué salidas a la pobreza tiene esa familia? ¿Permitimos en Occidente que los países menos favorecidos compitan en el mercado de trabajo internacional? No, porque un dólar diario para nosotros es una miseria. No podemos moralmente consentir que nuestros empresarios vayan allí y contraten trabajo a ese coste abusivo tan bajo que es desleal para nuestros trabajadores patrios. No tenemos en cuenta que su alternativa son los veinte céntimos que ofrece el trabajo en el campo.

Desde luego que trabajar hacinados es abusivo, por supuesto que la jornada laboral debe ser «humana» —por decirlo de alguna manera suave—, y que el trabajo esclavo es detestable no solamente si se trata de niños, aunque ese caso

es especialmente flagrante. Pero de ahí a la situación actual hay un abismo. La diversidad educativa, la facilidad para crear empresas, la libre competencia sin la hipocresía internacional, la eliminación de privilegios de las grandes empresas concedidas por los gobiernos, que les permiten establecerse con ventaja sobre las demás empresas en estos países e imponer condiciones leoninas a sus trabajadores, podría facilitar que hubiera más opciones para elegir. Nuestra propia historia económica europea nos muestra un proceso de industrialización muy duro en el que la explotación infantil era común, pero la alternativa también era peor. No es justificante, pero tal vez deberíamos bajar nuestros humos y prepotencia cuando pensamos en los países pobres y el trabajo infantil allí: reproducen nuestro esquema. La diferencia es que hoy ya existen instituciones sofisticadas tanto educativas como empresariales que podrían o deberían evitar ese fenómeno en el siglo XXI. Pero claro, ¿qué sucedería con nuestros trabajadores, mucho más caros si nuestros empresarios pudieran contratar trabajo en cualquier lugar del mundo? ¿Qué pasaría con nuestros productores de azúcar y otros productos agrícolas si los consumidores pudiéramos comprar esos productos a cualquier productor del mundo sin la protección de la política agrícola europea? Tendríamos que ser competitivos en otras cosas, tendríamos que ser flexibles económicamente y nuestro mercado de trabajo habría de despojarse de la rigidez que ha marcado su historia económica de los dos últimos siglos, debido principalmente a la protección estatal. Es mucho mejor denunciar a las grandes empresas, proclamarse defensores de los trabajadores patrios y plantar un campamento en el Paseo de la Castellana de Madrid

reclamando que el 0,7 por ciento del PIB se destine a subvenciones a los países en desarrollo, como en 1994. Pero lo de dejarles competir, nada de nada.

Esa alarma social, esa denuncia casi histórica de la situación de la infancia en los países en desarrollo choca abruptamente con lo que nuestros niños viven dentro de nuestras fronteras. En los países occidentales los niños son tratados como idiotas, son obligados a estudiar programas de enseñanza elaborados para favorecer a partidos políticos o *lobbies* concretos y de espaldas a ellos. Son obligados a mantener la atención de 9.00 h a 17.00 h cada día para eso que los adultos llaman «aprender» y que significa cualquier cosa menos eso. Esos mismos adultos que prohíben la diversidad educativa y enarbolan el monopolio de lo que es calidad educativa y lo que no.

Nuestros hijos son entregados a un sistema que trata de manipular descaradamente sus mentes y moldearlas para que en un futuro cumplan el ciclo, trabajen como está estipulado, se integren en un sistema diseñado por gobernantes cortoplacistas que cobran impuestos para financiar sus votos y nosotros, los padres, no solamente no hacemos nada sino que señalamos con el dedo a quienes tratan de presentar una alternativa, los *homeschoolers* por ejemplo, a quienes tachamos, como punto de partida, de posibles padres irresponsables. Porque cuando hablas del tema lo primero que te dicen es: «A mí lo que me da miedo es que uno de esos padres radicales religiosos manipule a sus hijos y les aleccione en su radicalismo. Esos niños tienen derecho a que no se les lave el cerebro y el Estado debe protegerles de esos padres».

Pero el porcentaje de esos padres es muy pequeño, mientras que el lavado de cerebro del sistema educativo estatal es notorio, a la luz del día, demostrable, y a nadie parece escandalizarle. Es más fácil no intentar nada nuevo y seguir manteniendo el secuestro mental de nuestros hijos, del que escapan solamente si se dan varias condiciones al mismo tiempo: los padres, a) somos conscientes de todo esto, b) estamos bien alerta, les enseñamos a discrepar sin llamar la atención para que no les penalicen, y c) tenemos la oportunidad de ofrecerles alternativas creativas. Es una lucha casi en solitario. El supuesto sistema educativo libre y gratuito no es ni una cosa ni otra. Pero sigue funcionando como anzuelo.¹⁸

Como suele suceder en los ámbitos «regulados» por el Estado, discrepar tiene consecuencias muy duras: un niño «desescolarizado», que no implica necesariamente que esté dejado de la mano de Dios, sino que no está inscrito en ningún colegio con sello estatal, pasa a ser separado de sus padres y su tutela es asumida por el Estado.

Pero el problema educativo no es la única paradoja de nuestro modelo occidental. En mi opinión se lleva el premio gordo la cuestión de la mayoría de edad. Alguien en el siglo XIX con muy buenos deseos y de la mano de psicopedagogos de la época, también cargaditos de las mejores intenciones, decidió que había que proteger a la infancia. Buena idea. Pero primero, definamos infancia. Y ahí empezó el problema. Porque uno es niño desde que nace, pero ¿hasta cuándo? ¿Y cuándo se considera que ya se es adulto? Conozco personas de veinticinco años con la capacidad de salir adelante de un niño de diez. Y niñas de doce años que cuidan de sus hermanos menores, se ocupan de la casa y de vez en cuando ayudan tejiendo o en algunas tareas del campo. Hay niños viejos y cuarentones con complejo de Peter Pan. No me

refiero solamente a la diferente madurez de los niños de la misma edad en países muy pobres y países muy ricos, o los niños de la guerra. No hace falta irse tan lejos. Dentro del mismo país no todos los niños tienen el mismo entorno, incentivos, capacidad, ritmo vital, preferencias, responsabilidad, madurez. El sistema educativo trata a todos como si cupieran en un único caso genérico: de 2 a 5, de 6 a 12, etc. Y el sistema judicial también. La edad de consentimiento sexual en España es trece años, pero no puedes votar o comprar alcohol. Un chaval que viola a alguien con diecisiete años es considerado un menor y disfruta de una ley especial que le protege, pero meses después, con dieciocho, sería considerado adulto y se le juzgaría según un criterio diferente. Un joven con diecinueve años era un menor hace cuarenta años y hoy es mayor de edad. Esta incongruencia, fruto de una arbitrariedad cuyo objetivo último era regular de manera especial a los más débiles, es uno de los «logros» de nuestra grandiosa civilización occidental.

La explotación infantil es un término muy grueso. Aplicarlo a quienes defendemos la libertad es una manipulación miserable del lenguaje que lleva a que se nos asocie con lo peor de la sociedad. Y ese vínculo, cuando se crea en lo que se conoce como imaginario colectivo, es muy difícil de deshacer. Por supuesto, es plenamente intencionado y, por desgracia, no hemos sabido contrarrestarlo del todo. La defensa de la libertad de los niños es mirada con sospecha por parte de gran parte de la sociedad. Pero nadie protesta por la manipulación en centros educativos, libros de texto escolares, mensajes televisivos, en películas de televisión... la propaganda del sistema está tan integrada en nuestra sangre que consentimos que se la inoculen a nuestros niños y que nos dejen a nosotros por

gente deshumanizada. Pero, sinceramente, debería ser nuestro principal proyecto. Mucho más que cualquier discusión teórica, deberíamos asegurarnos de que los niños, y en especial los de aquellos países más inmaduros institucionalmente, tengan alternativas para salir adelante y no sean utilizados como moneda de cambio sentimental por los jefes de campaña electoral de los partidos políticos de los países desarrollados a la caza del voto mejor intencionado.

Fomenta la especulación que, como todo el mundo sabe, es pecado (mortal)

Cuando, en el año 2012, en plena crisis, se prohibieron en España y en otros países de Europa las ventas «a corto» sobre acciones, muchísima gente sensata y con cierta formación estaba de acuerdo.¹⁹ «Estos son los especuladores que se están cargando la economía por ganar un poco más de margen», me decían. Y me explicaban que esta gente que compra a muy corto plazo pensando que va a bajar el precio del activo y utilizan el mercado para sacar beneficio son los que desestabilizan y pervierten el reflejo que se percibe de las fuerzas del mercado; que en realidad la cosa no se vería tan mal si no fuera porque los especuladores juegan con nuestra confianza. Afortunadamente, aunque no sé de finanzas más que lo justo, tengo a quién preguntar. Y pregunté a todos los que me podían responder. Todos me dijeron lo mismo: esa prohibición es un error. Efectivamente, el mercado reaccionó bien en un primer momento pero enseguida volvió a comportarse mostrando desconfianza ante la incertidumbre persistente de los años 2011 y 2012.

Si analizamos un poco más despacio la jugada se entiende perfectamente quiénes ganaban. Todo adquiere un significado diferente si, en vez de considerar solamente

como especuladores a los participantes en el mercado, les ponemos la etiqueta de especulador también a los gobernantes que prohíben o permiten la libre actividad de los individuos. Porque en el fondo lo que se prohibía era eso: el ejercicio de una actividad legal porque perjudicaba aunque no quedaba claro a quién. Los movimientos a corto no es que generen temores y mantengan la desconfianza en los mercados *per se*, sino que hacen evidentes, visibles, esos temores y desconfianzas. Porque una tendencia a la baja en la Bolsa de un país cuya economía es estable, por más que aumenten las posiciones cortas, no tiene la misma repercusión que una tendencia a la baja en la Bolsa de un país inestable, donde la sensibilidad de los inversores es mucho más fina porque la posibilidad de ganar o perder es menos previsible. Y eso a quien más perjudicaba era a los propios gobernantes que lanzaban mensajes semanales mostrando sus esfuerzos denodados por recuperar la confianza de Europa, de los mercados, de los ciudadanos... de todos. En esa situación, que se pusiera de manifiesto el temor de inversores y el deseo de beneficios, ahora mejor que después, de algunos participantes en el juego financiero, no era lo deseable. Estaba en contradicción con esos brotes, luces al final del túnel, sonrisas triunfales, exhibidas por los gestores políticos y su entorno más afín. Así que el propio Gobierno decidió «apostar» por la prohibición. Y debió pensar: si restringimos la libertad pero demonizamos a la víctima de la represión, la gente, cansada de la incertidumbre, del paro en ascenso, de mentiras, reprimendas europeas, y de todo lo demás, y ansiosa de buenas noticias aunque sean inmediatas y efímeras como quemar un reguero de pólvora, se lo cree, y no nos penaliza, al contrario, nos vamos ganando su aprobación. Y así fue.

Se celebró con gran triunfalismo que el Gobierno tomara medidas «contra» los especuladores, malos malísimos, incluso si ese rayo de esperanza estaba destinado a desvanecerse como una pompa de jabón. Pero al Gobierno le salió redonda la jugada. Especularon con las prohibiciones y los permisos y consiguieron que por un segundo los que pagan los impuestos estuvieran encantados de que se castrase parte del sistema financiero. No importaba las consecuencias para la economía en su conjunto que eso pudiera tener. Porque al final se trata de la división del trabajo financiero. Hay diferentes tipos de inversores, cada uno de los cuales cumple con su función y sirve para algo. Y es el equilibrio espontáneo del sistema el que sostiene el progreso tecnológico, la lucha contra el cáncer y el desarrollo de vacunas contra las enfermedades que antes mataban a cientos de niños de una tacada. No quiero decir que el sistema financiero se equilibre como por arte de magia, quiero decir que las malas decisiones se penalizan, las buenas se premian, unos asumen más riesgo, otros menos, todos intentan ganar y los medios de pago fluyen. ¿A quién favorece un especulador que vende títulos alquilados a las diez de la mañana y los compra a las tres de la tarde para embolsarse en esas horas una buena tajada? Esa pregunta, que tantas veces me han hecho en estos últimos tiempos y que acababa con la respuesta «A nadie, es un parásito de los mercados, un egoísta...», se responde solita. Un señor que compra títulos está respaldado en su decisión por un vendedor que acepta el precio de intercambio sin coacción y por las razones que sean: porque no tiene más remedio que vender, porque le ha sentado mal el café o porque se lo ha dicho su astrólogo. Y su venta a mejor precio por la tarde está respaldada por un comprador que está dispuesto a pagar ese precio movido por motivaciones que no importan.

Porque ése es el secreto del mercado, también del financiero. No hace falta hacer un examen de conciencia y una confesión de tus pecados para acceder al mercado y comprar o vender un bien, no hay jueces, hay unas necesidades que cubrir: las del vendedor y las del comprador. El que compra un kilo de naranjas no sabe si el vendedor es un padre tiránico o ejemplar y la persona que nos las vende no nos pregunta cómo nos hemos portado esa semana. Esa sencilla condición de transacciones ciegas ha permitido que se intercambien bienes producidos por extraños en países inimaginables, que los empresarios de a pie de países menos favorecidos puedan vender en el mercado de Sevilla o de Innsbruck y que se creen millones de puestos de trabajo que han generado rentas a pobres y ricos durante siglos.

Si nos ponemos escrupulosos, los espectadores que van al cine el Día del Espectador porque el precio se reduce, se aprovechan de esa ventaja. Quienes compran tabaco en los aeropuertos porque es libre de impuestos y les sale más barato, son también inmorales. Y qué decir de esas personas que, sin saltarse la ley, compran una prenda y la devuelven a los tres días, después de haberla usado en una fiesta o en un evento. ¿También son delincuentes o siguen las normas de la tienda? Ese mismo absurdo es el que se aplica a los especuladores financieros: buscan una ventaja legal.

Los efectos secundarios perversos de la actitud de los gobiernos represores de la libre actividad inversora son múltiples. El primero, que la gente está convencida de que está bien que un gobierno prohíba una actividad legal incluso si es para no tener obstáculos políticos y no perder votos debido a la cruda situación del sistema financiero. Desde luego, nadie es capaz de desmentir esta idea de que es por nuestro bien, porque eso implicaría aceptar que, en realidad, es por «su» bien, por mantener agarrados los

votos, y nos veríamos a nosotros mismos como tontos al servicio de los políticos. Pero este consentimiento de la ciudadanía transmite un peligroso mensaje subliminal a los políticos, a saber, si les consentimos «regular», es decir, limitar la actividad inversora de los especuladores, les consentimos hacer lo mismo con cualquier otra actividad, sea la venta en grandes centros comerciales, o cualquier otra más peregrina, como bailar por la calle o hacer fotografías en los parques.

Segundo, que los especuladores van al infierno por la vía rápida por hacer exactamente lo que todos hacemos en cada decisión con incertidumbre que se nos presenta en la vida: especular. Pero la confusión de la gente es tal que, en vez de apoyarles, les acusan de jugar con el futuro y el medio de vida de millones de personas inocentes, como si manejaran los hilos de sus vidas a su capricho. Sin embargo, los participantes en el mercado financiero nunca han tratado de moralizar ni han prometido un paraíso en la tierra. Quienes juegan al juego financiero saben lo que hay. Lo cierto es que quienes sí prometen un futuro venturoso, bienestar para todos y quienes sí moralizan respecto a lo que todos debemos hacer, comer, pensar, elegir, etc., son los gobiernos, los mismos que demonizan al especulador cuando ponen de manifiesto la comprensible desconfianza de los mercados en su tarea, y que adulan al «inversor» (y le quitan sangre a la cosa) cuando muestra más confianza y apuesta por el país.

Y tercero, que los inversores ahora saben que el Gobierno español puede sacarse de la manga un cambio en las reglas del juego en medio del partido y las gradas no sólo no van a protestar, sino que van a aplaudir. Y eso puede llevar a que prefiera elegir otro mercado donde se respeten

las reglas establecidas, o bien que cuando se cambian se haga por derecho, de frente y con luz y taquígrafos, no por motivos electoralistas, de repente y a toda prisa.

Fomenta la irresponsabilidad social y destruye el medio ambiente

Los ataques al liberalismo no solamente se refieren al daño que hace a la persona, el liberalismo también es malo para todos, para la sociedad. Y estas críticas prenden casi más entre la población, por el sentido gregario del ser humano, y por lo peligroso que parece desproteger a la tribu, al grupo. Así, cuando dibujan ante tus ojos un mal que sobreviene para acabar con nuestra forma de vida, con quienes somos como grupo, etc., la defensa ha de ser irrenunciable, clara y total.

Por eso es tan importante no callarse cuando se acusa a los liberales de ser asociales o de dar la espalda a la sociedad o, como suele señalarse demasiado a menudo, de fomentar la irresponsabilidad social. El silencio frente a esas acusaciones es especialmente grave cuando desmontarlas es un ejercicio muy fácil. Tan fácil como explicar que el individualismo no implica en absoluto ser un ermitaño, o un *outsider* que huye de la vida en comunidad. La empresa, las asociaciones voluntarias o la familia son instituciones que caben en una sociedad liberal ante las que ningún liberal pondría pegas. ¿Por qué, entonces, se nos acusa de «irresponsabilidad» social y qué significa exactamente eso?

Desde que el hombre vive en comunidades cada cual tiene una serie de obligaciones respecto a sí mismo y también respecto a esa comunidad en la que vive. Unos deberes basados, sobre todo, en el respeto a los demás. Por la misma razón que, cuando un grupo de amigos se va de vacaciones, hay cosas que se evitan para no perjudicar al

resto, se mantienen unas normas higiénicas la mayoría de las veces tácitas, que no hace falta explicar y que aseguran la convivencia pacífica y el éxito de las vacaciones de todos. A lo largo de la historia, este sentido de responsabilidad frente a la comunidad ha ido modificándose, desde los mismos griegos cuando apenas existía intimidad y la vida pública copaba todo hasta la aparición de la vida privada, las ciudades donde somos seres anónimos, y el mundo moderno. Normalmente, quien no respetaba estos deberes era sancionado espontáneamente por la sociedad, como hoy día hacemos el vacío a quien no observa las mínimas leyes de convivencia en nuestro entorno, sea un despacho, un autobús o un restaurante.

Pero, como suele ser lo normal, a alguien se le ocurrió que estos deberes sociales se extienden a una supuesta deuda que todos tenemos por el mero hecho de haber crecido en una sociedad determinada que, de alguna manera, ha colaborado pasivamente a la formación de nuestro carácter. Nuestro éxito y buen hacer deben algo al entorno en el que se desarrolla. Por eso, cada uno de nosotros ha de devolverle algo a la sociedad. Y de esta forma, la responsabilidad civil es, hoy en día, un concepto normativo no obligatorio, como los acuerdos internacionales sobre indigenismo, bioética y cosas así.

Un ejemplo de esta idea es la situación en la que muchos abstencionistas convencidos nos encontramos las semanas previas a unas elecciones. Siempre hay alguien (en este caso un tuitero anónimo) que te dice: Vives de prestado en una sociedad que no mereces. Habría que devolveros a la Edad Media, extramuros. Este señor opina que le debo algo al hecho de vivir en una sociedad democrática y votar significa una suerte de obligación no explícita de participar en la vida pública. Por eso el abstencionismo para ellos es

inmoral y un atentado contra la sociedad. Es verdad que no se suele considerar como participación nada más que el voto, y que tal vez yo participo de otro modo, pero ¿y si no lo hiciera? ¿Ha de penalizarse la desidia pública porque le debemos algo al entorno en el que nos hemos criado? ¿Y las personas que nacen en un régimen en donde la mutilación genital es la norma junto con el castigo corporal a mujeres y tantas otras barbaridades? ¿Han de ser resarcidas? ¿Por quién y en qué manera? Estas ideas explican que en algunos países sea obligatorio votar y que la abstención, el legítimo derecho a no votar por las razones que sean, sea penalizado con una multa.

Pero, más allá de la responsabilidad política o del respeto a la vida en común, en nuestro siglo aparece la sectorialización de esta responsabilidad social, en especial en lo que atañe a las empresas. Se trata de la renombrada responsabilidad social corporativa. La empresa que disfruta de un entorno estable debe algo a dicho entorno y ha de devolverlo por motivos éticos. Los empresarios, que no son tontos, se dan cuenta de que esto vende, y las publicidades comprometidas con los problemas sociales que lideran los rankings y los cánones de «problemas sociales por los que usted debería preocuparse» proliferan. La obesidad es compensada por gente corriendo mientras bebe porquerías, o se propone evitar el sedentarismo en un anuncio de televisión, aparato que uno ve sentado. Y como eso, cuestiones graves como el maltrato, el abuso sexual, la pobreza infantil extrema, la prevención de enfermedades de transmisión sexual, la concienciación respecto a enfermedades raras y miles de temas que no tienen nada que ver con su actividad normal son utilizados como moneda de cambio para que las empresas demuestren su «compromiso social». Pero ¿tienen realmente las empresas más

compromiso social que el de crear puestos de trabajo? ¿Debe el empresario forzosamente renunciar a parte de su beneficio para ocuparse de estas campañas? La generosidad, sea en los consumidores, en los empresarios, los niños, los religiosos, los políticos... es una virtud deseable. Y no puede ser enseñada por la fuerza, mediante la coacción o la intimidación. Porque, más allá del dinero que mueven las empresas de publicidad a costa de temas muy serios, se fomenta una hipocresía social que oscurece la gravedad de estos problemas. Cantantes de rock adictos a toda una variedad de drogas se sumaban en los años ochenta a la moda de los festivales contra las drogas. Actrices adictas a la cirugía estética con serios problemas de alimentación abanderan campañas a favor de la vida natural, la comida sana, el ejercicio moderado, por tu bien y el de los tuyos. El resultado es unos niveles preocupantes de drogadicción entre jóvenes, pero también entre políticos y altos ejecutivos de cincuenta y sesenta años; o la creciente moda de que las jovencitas se operen cualquier parte de su cuerpo antes de entrar a la universidad. Claro que nosotros, sus mayores, nos escandalizamos porque se narcotizan, o porque quieren aparentar que son cuerpos perfectos, o porque son superficiales y cortoplacistas. Pero la realidad es que ellos responden al modelo de sociedad que les hemos fabricado pasito a pasito. No les hemos enseñado a buscar sus propios valores sino a tener miedo a elegir, a tener miedo de su individualidad, a ser gregarios, a estar pendientes de que una instancia suprema (que solamente se guía por los votos) te diga qué está prohibido o no, qué es aceptable o no. No podemos culpar a los jóvenes. Hemos de bajar la cabeza y analizar qué incentivos reales les hemos puesto. Les pedimos que sean íntegros mientras llamamos a un amiguete para que nuestra empresa disfrute de un privilegio más. Lo que

llamamos responsabilidad corporativa o social es cualquier cosa menos responsabilidad. Porque ser responsable significa asumir las consecuencias de las decisiones que se toman. En una empresa hay un consejo de dirección que decide. Si esa decisión perjudica a la comunidad en donde está ubicada, el consejo debería tenerlo en cuenta y hacerse cargo de ello.²⁰ Lo demás es lavado de conciencias colectivo dictado por una falsa autoridad moral, que es la corrección política.

Entroncado a la nueva interpretación coactiva de responsabilidad social está el nuevo ecologismo, que va mucho más allá del respeto al medio ambiente, del cuidado con los recursos escasos y la educación de nuestros hijos en el amor a la naturaleza. Es una especie de nueva religión que, paradójicamente, pervierte los valores de la gente precisamente por esa hipocresía de la que hablaba antes. Los nuevos sacerdotes que pretenden ser los garantes de la naturaleza frente al vil ser humano, quien si por él fuera ya habría acabado con los recursos naturales, venden sus ideas al mejor postor político, aquel que les proporcione más rentas, no necesariamente para su disfrute personal, aunque a veces también, sino para «la causa», con ese aire mesiánico que se dan quienes creen poseer la verdad única y total frente al pueblo ignorante y pasivo. Porque el mensaje que lanzan es ése: ustedes límitense a trabajar como animales y pagar impuestos a estos señores del Gobierno para que me den subvenciones con las que financiar mis estudios supuestamente científicos, mis campañas de educación al pueblo ignorante, mis viajes alrededor del mundo para enseñar la doctrina, mis departamentos universitarios, y las industrias alternativas ecológicas de todo tipo que están incluidas en el «kit del buen ecologista». No voy a plantear si esas empresas *eco-friend*, como se

llaman ahora, tienen en el consejo de dirección a alguno de estos santones, prefiero quedarme en la ignorancia más pura. Incluso así hay algo muy incoherente en toda su argumentación. La Tierra, la madre naturaleza, es de todos, también de las futuras generaciones, y es por ello que debemos proteger el medio ambiente sin agotar los recursos y entregar un entorno igual o mejor que el que nos encontramos. Sin embargo, esos mismos ecologistas defienden que sea el gasto público el que financie todo, incluso si eso implica dejar una deuda a las futuras generaciones tan abultada que van a tener que seguir trabajando como animales, no van a poder ofrecer a sus hijos la mejor educación, la mejor sanidad... no vamos a dejarles un mundo mejor, sino un mundo empantanado en deudas.

¿Cómo encajar ambas actitudes? Y es entonces cuando creo que hay que abandonar esa sana ingenuidad inicial y darse cuenta de que aquí hay gato encerrado. Aunque sea muy incorrecto políticamente, es el liberalismo el que reclama que si tu defensa del medio ambiente es tan importante, y si tu filosofía es preservar el mundo en que vivimos para las generaciones venideras, entonces ocúpate tú, educando a tus hijos y creando asociaciones transparentes que estudien y cuiden el entorno, que se preocupen de no esquilmarlo, pero sin que eso implique tratar a la gente como idiotas, ni sacarles el dinero ni darle preferencias los ideales de unas personas frente a los de otras. Porque si nos paramos a pensarlo, ¿es más importante un gorila hoy o un gorila del siglo xxii? Dependiendo de la respuesta se destinarán los fondos a cuidar a los gorilas que nos quedan o a asegurar que procreen, investigar la clonación de las especies a punto de extinguirse, etc. No sé lo que es mejor, pero sería preferible que cada uno de

nosotros pusiera su dinero allá en donde tenga sus ideales y sus convicciones, sin pasar por las manos del Gobierno, de los nuevos sacerdotes y de las empresas relacionadas.

La responsabilidad social medioambiental se favorece si los ciudadanos que defienden el medio ambiente tienen libertad para recaudar fondos para su mantenimiento. Para eso debe haber una masa crítica de personas responsables que valoren el entorno ecológico lo suficiente como para dedicar su tiempo a educar a sus hijos en ese sentido, como para organizarse en asociaciones que mantengan limpio el río, o que aporten dinero para organizar actividades de mentalización de los vecinos. Aunque los humanos tendemos a resistirnos al cambio y, una vez que es la administración pública la encargada de estos temas nos cuesta pensar en una alternativa diferente, solamente hay que pensar con qué facilidad organizan los fondos y la logística para asistir a un Mundial o a una Liga de Campeones de fútbol los fans de cada club. Si una nación valora más su equipo de fútbol que sus bosques algo no cuadra. Entre las alternativas posibles puede suceder que una organización privada (una asociación de vecinos, por ejemplo) nacional o extranjera compre el bosque para mantenerlo. Ya imagino a los vecinos del pueblecito de al lado acusando a los compradores de invasores capitalistas, etc., reclamando al Estado que haga algo, pero sin comprometerse ellos a luchar por eso de lo que se acuerdan solamente cuando otro se interesa.

Una de las trabas que existen en este sentido es la existencia de un complejo entramado de licencias que impiden, por ejemplo, la recuperación de zonas abandonadas (el Alto Aragón es un botón de muestra) donde la actividad agrícola no es rentable para los jóvenes que no quieren estar atados al duro trabajo en el campo. ¿Por qué quedarse en

Biniés si la vida en Jaca²¹ es más cómoda? Lo ideal sería que la pregunta fuera la contraria: ¿Por qué irse a una ciudad como Jaca cuando la vida en Biniés ofrece mejores alternativas? Y que efectivamente, además de la agrícola, hubiera otras actividades atractivas y con perspectiva de futuro para los jóvenes. Pero montar una empresa en España es muy caro, los requisitos, licencias, pagos, registros... para cualquier joven de un pueblo pequeño son un calvario que no merece la pena. Si en vez de levantar los brazos ecologistas al cielo acusando al capitalismo salvaje de explotar el medio ambiente, se reclamaran más facilidades para que los jóvenes montaran empresas, a lo mejor se lograba cambiar la mentalidad de los defensores de la naturaleza. Mientras todo lo que somos capaces de hacer por nuestro entorno sea poner la mano para que el Estado utilice el dinero de todos los españoles en mi pinar, no hay nada que hacer.

Socava las bases de la moral social

La idea de que el Estado no debe ser el garante de los valores de las personas, ni tampoco de la moral social, explica que muchos liberales, manteniendo firmes valores personales, sea de corte conservador o no, rechacen que esos mismos valores sean defendidos por ley e impuestos a los demás. Campañas como la legalización de las drogas o la despenalización de la prostitución son buenos ejemplos de ello.

En la parte dedicada a analizar el liberalismo en el mundo de la política ya hemos visto cómo muchos conservadores o socialdemócratas utilizan el término «liberal» como comodín. Y alguno que otro socialista de tertulia, en España, cuando se queda sin recursos, lanza a la

cara del oponente que en Estados Unidos él sería el liberal, terminando de crear confusión respecto a qué es el liberalismo en la población.²²

Uno de los fenómenos más sorprendentes de este siglo es que tanto los más conservadores como los más progresistas han adoptado la misma estrategia, se han convertido en radicales de lo suyo, comportándose como verdaderos «popes» del conservadurismo extremo, el ecologismo, el feminismo y toda una serie de «ismos» que se imponen al sentido común. Esta estrategia consiste en emplear las peores artes. Por ejemplo, acusar de todos los males de la humanidad a quien no abraza su fe. Si discrepas, entonces quieres que los niños se mueran y que el cielo caiga sobre nuestras cabezas. Si lo aplicamos a cada uno de los casos mencionados (conservadurismo, ecologismo y feminismo), los «popes» te dirán que si eres liberal quieres que desaparezca la moral social y la civilización occidental perezca como Sodoma y Gomorra; quieres que se extinga la vida en el planeta porque odias la naturaleza; quieres que las mujeres permanezcan bajo el yugo del macho para esclavizarlas sexualmente e impedirles desarrollarse como personas. Y así todo.

Yo no voy a sentar cátedra sobre lo que es moral o no. Más allá del relativismo, en este tema, lo importante no es qué entiende cada cual por moral o cuál es su moral particular. Se trata de convivir y de encontrar el modelo de sociedad que mejor permita una vida en común pacífica y próspera. Y con ese objetivo en mente, la fuerza de la ley no es el medio adecuado para promover un mundo regido por valores éticos. Entre otras cosas porque la imposición por ley de la moral garantiza que la gente va a dejar de defender sus valores por motivos de conciencia y se va a limitar a cumplir lo mandado, como está pasando ya.

Para que los valores se internalicen no hay más que un método: por un lado, la toma de conciencia de que efectivamente aquello está bien, y por otro, el ejemplo de los demás. Cuando una persona está en edad de construir esos valores que nos van a identificar como seres morales durante nuestra vida, son nuestros mayores quienes nos enseñan el respeto a los ancianos, al medio ambiente, a la vida ajena y propia, a mantener la palabra dada, etc. Por más que esos valores se transformen en leyes, si no fueran asumidos de verdad por cada cual a la mínima se transgredirían porque nos limitamos a obedecer. Por otro lado, por más que una persona en su edad temprana memorice y comprenda una lista de los valores morales relevantes para la vida en sociedad, de ahí a ponerlos en práctica media un abismo, y si no ve un ejemplo en sus mayores, sea en positivo, sobre cómo debe uno comportarse, sea en negativo, en cuanto que el mal comportamiento ajeno nos enseña qué es lo que no hay que hacer, nunca va a internalizar de verdad dichos principios. Por suerte para el ser humano, esto se aplica también a quienes han nacido en una familia con valores cuestionables o sin valores morales en absoluto. No importa que mis padres sean unos irresponsables, yo puedo aprender los valores que me van a ayudar a defender la libertad de un amigo, un profesor, un novio, un libro, un personaje de una película... hay vidas ejemplares sueltas por el mundo, muchas veces sin que sus protagonistas sepan la cantidad de ojos que les miran y la repercusión de su ejemplo.²³

El argumento «esto no se hace porque no se hace» funciona en algunos casos y con algunas personas. El hacer de una regla un valor moral quiere decir que, además de tenerlo como guía en tu vida, vas a enseñarlo a las futuras

generaciones activamente y a tus semejantes pasivamente, simplemente al darse cuenta de tu proceder y decidir imitarlo.

Es por eso que al defender la legalización de la prostitución, o de la droga, no se trata de promocionar que haya prostitutas o no, ni se intenta que todo el mundo consuma drogas. Lo que se defiende es que sea la propia conciencia la que determine si uno decide pagar por sexo o drogarse. En ambos casos, hay argumentos de otra índole además del ético para defender su legalización, por ejemplo el argumento económico, en el que no voy a entrar porque al ser de carácter utilitarista es más resbaladizo y prefiero evitarlo.

Por no hablar de la sangrante hipocresía que destilan ambas prohibiciones, que suelen ser las más llamativas. Es curioso cómo se señala la droga y la prostitución como signos de degeneración de la moral, mientras se cultiva la hipocresía más abyecta. Por ejemplo, en el caso de la droga tenemos algunas sustancias que aunque no matan, destruyen familias y tienen todos los perjuicios de las drogas prohibidas, son aceptadas por la ley y por la sociedad. Pensemos en el alcohol o en determinados medicamentos. Recuerdo que hace unos años me invitaron a que asistiera como asesora independiente a una comida con representantes de las empresas dedicadas a la producción de bebidas espirituosas a la que acudieron varios diputados del Congreso, a los que me quedo con las ganas de nombrar porque adquirí el compromiso de no desvelar su identidad. En la reunión me enteré de que los propietarios de bodegas de vino tienen tanta influencia en la política que han logrado que su producto se regule con diferentes leyes que las llamadas bebidas espirituosas, como la ginebra o el cognac, por ejemplo. Estoy segura de que si esos influyentes

propietarios, en vez de cepas de vino tuvieran plantas de marihuana, la permisividad hacia su consumo sería mucho mayor y se encontrarían argumentos de todo tipo para aceptar su producción y consumo, incluidos los médicos. Nadie señala con el dedo a quien necesita pastillas para dormir, o para estar despierto, o para calmar la ansiedad, pero sí oyes «¡Qué desgracia! ¡Su novio es un drogadicto!» porque el chico fuma hachís o marihuana. Y quien lo dice, en muchos casos, tiene amigos o compañeros de trabajo que esnifan cocaína no abiertamente pero sí en el grupo de «iniciados», o que beben cada día como cosacos o que «se van de chiquitos» hasta ver doble, y está bien porque es la tradición del lugar. Y si sales por la noche sin pedir alcohol te ves forzada a dar explicaciones o te preguntan si eres de Alcohólicos Anónimos, o si tienes alguna intolerancia.

La clase social influye mucho a la hora de aceptar o no determinado consumo. La frivolidad con que en la vida real se establecen los cánones de aceptación social de las drogas es pareja a la obsesión con la prohibición de las mismas. Para los estratos sociales más altos pincharse heroína es inaceptable, pero la cocaína o las pastillas que te receta tu amigo psiquiatra son aceptadas. Si eres un joven «cachorro» de familia bien, fumar marihuana frente a consumir crack te aporta un toque *cool* y *hippie*, sin llegar a considerarte a ti misma drogadicta (porque, por supuesto, siempre lo puedo dejar). Para otros jóvenes es diferente, pero la clase social sí determina qué droga se consume y, sobre todo, cómo se integra el tema en la vida diaria: las clases más altas disponen de más medios para esconder el tema bajo la alfombra. Una cosa es beber vino de la botella por pura desesperación sentado en el coche y otra llegar borracho a casa porque has tenido que comer con un cliente, que suele

ser una excusa muy extendida. Dicho todo esto, el consumo es una decisión personal, voluntaria y consciente y el Estado no tiene nada que decir.

Debe ser cada persona quien se informe y decida si quiere consumir o no, y por la misma razón, debería establecerse un modo para que los gastos incurridos por la adicción a las drogas no recayeran en los hombros del ciudadano. «¡Es que entonces solamente los ricos van a poder cubrir los gastos de la drogadicción y los adictos pobres van a morir por la calle!» Efectivamente. Por la misma razón que un multimillonario puede cambiarse la cara con bótox y operaciones, hacerse trasplantes de cabello y someterse a operaciones para tener un cuerpo diseñado por ordenador y los pobres nos tenemos que conformar con lo que la Naturaleza nos ha dado. Porque cada cual con su dinero hace lo que quiere, pero con el dinero ajeno no. Y se puede entender que el Estado financie con impuestos de manera subsidiaria determinados bienes y servicios, pero las drogas no son uno de ellos. La solución no es dejar que se muera la gente por las calles o que quienes no tienen recursos no se puedan rehabilitar, de lo que se trata es de que el nivel de ingresos de cada individuo sea alto y que todos sepamos que podemos mejorar. No por obra y gracia del dinero de mis semejantes, sino con esfuerzo, voluntad e ingenio.

El argumento de las drogas es similar al de la prohibición del lenguaje machista y a la imposición de esta «nueva moral» que es lo políticamente correcto. Si un hombre discrimina a una mujer, ¿qué pinta la ley ahí? Si esa sociedad es machista se perderá el talento femenino. Si la mujer discriminada le afea la conducta a ese señor, por ejemplo, un empresario, y no tiene eco en la sociedad, ella puede formar un grupo o unirse a alguno que ya exista, que

luche por la reprobación social de la discriminación. ¿Por qué hay que utilizar dinero de todos para prohibir determinados comportamientos que no solamente no aseguran que se elimina el machismo, sino que probablemente generen mayor malestar? Porque si, supongamos, un empresario discrimina a una mujer (o a cualquiera por razón de su sexualidad, color de la piel, religión, etc.) y sus pares le señalan esa conducta y él se siente rechazado por su entorno por esa razón, probablemente se lo pensará. Pero si se trata de una imposición de cuotas de empleo destinadas a minorías, como existen en algunos países, especialmente en universidades y en política, los efectos perjudiciales son mayores que el pretendido efecto beneficioso a priori. Y, encima, no cambias la mentalidad del discriminador. Eso sí, como candidato en unas elecciones te ganas el voto de los favorecidos por las cuotas y los finanzas con el dinero de todos destinados a hacer cumplir esa norma.

El tema de la prostitución es parecido pero no igual. Hay dos problemas que plantean quienes quieren prohibirla: uno moral, porque dicen que fomenta la «cosificación» de la mujer; el otro por seguridad ciudadana: identifican la prostitución con determinados delitos que, a veces, vienen asociados a ella. La prostitución es un concepto mucho más difícil de definir de lo que parece. Sobre todo si consideramos el pago en especie en lugar de en dinero. Esas cenas con habitación de hotel y regalo caro son difíciles de distinguir de las cenas románticas con habitación de hotel y regalo caro. ¿La diferencia estriba en la cantidad de tiempo que hace que conoces a esa mujer o a ese hombre? ¿Cómo se comprueba que en un caso hay sentimiento y en otro no? Es muy complejo, pero un buen criterio es reflexionar si repetirías la cena en un sitio menos caro y sin regalo al final.

Pero ateniéndonos a lo que todo el mundo conoce como prostitución: la contratación explícita de servicios sexuales a cambio de un pago de manera voluntaria por ambas partes, y sin importar el rol del sexo en la vida de nadie, el Estado no tiene nada que hacer en este ámbito. No me parece relevante entender las razones que mueven a un hombre o a una mujer a contratar sexo, aunque los estudios al respecto son muy reveladores. Lo relevante es que si una persona quiere cobrar por una práctica sexual, solamente su conciencia puede impedirle o recriminarle esa decisión. Por supuesto, muchas personas se dedican a ello porque no tienen estudios, o para pagarse, precisamente, la carrera universitaria, o porque necesitan el dinero. Ojalá hubiera puestos de trabajo de sobra y para todos los gustos, de manera que se dedicara a la prostitución solamente a quien le gustara o al menos, no le importara. Pero al pensar en la pobre mujer o el pobre hombre que se ven empujados a prostituirse porque no tienen dinero, hay que añadir un matiz. Cuando explico las causas por las que, según Adam Smith, unos salarios deben ser más elevados que otros, y llego al tema de la repugnancia de la tarea, siempre me entretengo en explicar que mientras que para Smith el peor empleo sería el de verdugo, para nosotros, europeos del siglo ^{XXI}, la peor de las profesiones sería distinta, y les pregunto a los alumnos. Siempre hay un porcentaje a quienes les parece más degradante limpiar excrementos que prostituirse, por poner un ejemplo. La aversión y la repugnancia, como el disfrute, son sensaciones subjetivas, aunque tengan un alto componente social. ¿Tiene autoridad moral el Estado para establecer si es legal esa práctica? No la tiene.

Otra cosa es que se drogue a adolescentes o a adultas y se comercie con ellas como si fueran ganado. La droga y la esclavitud no son inherentes a la prostitución. Quienes

demonizan esta actividad por esa razón no dicen nada cuando se encuentran restos de cocaína en los cuartos de baño del Parlamento de la nación y de países como Alemania e Inglaterra.

Y es que muchas de las prohibiciones de este tipo, por supuestas razones éticas, lo que encierran es un juego de toma y daca, un duelo de buscadores de rentas y buscadores de votos, en el que salen perjudicadas las clases medias, que pagan la fiesta y los desperfectos. ¿Dónde queda en este juego la moral social? Pues, desde luego, no del lado de los políticos. Ni siquiera del lado de quienes con sus mejores intenciones tratando de sembrar un comportamiento moral, solamente recogen una obediencia miedosa. La moral social está fundada en el comportamiento individual, en la asunción individual de los valores y su integración en la vida cotidiana de cada cual. Y eso, a golpe de ley, no se consigue. Es mucho más complicado, más lento y no se puede planificar.

Fomenta un sistema en el que unos países han de perjudicar a otros (marxismo internacional)

Los humanos tendemos a ponerle ojos, intenciones y sentimientos a todo lo que nos rodea. Pintamos a un Dios con barba blanca, pensamos que los genes son egoístas y van a lo suyo y también que los países participan en una lucha de barro desde los orígenes de la historia. Es un recurso que nos permite hacernos una idea de por qué suceden las cosas sin quedarnos con dudas, incluso si eso implica fabular un poco. Así que hay países oprimidos, países opresores, pueblos vagos o aburridos, y hasta llamamos «pérfida» a alguna nación, como quien se refiere a Mae West interpretando a uno de sus inolvidables personajes.

La psicología evolucionista nos explica que el ser humano tiene una mente limitada que no le permite pensar en grupos grandes. Nos hacemos una idea de una familia de tres, de seis, de diez hijos, entendemos un grupo familiar extenso contando primos y tíos de cincuenta, de cien, nos hacemos cargo de una aldea de cien o ciento cincuenta vecinos. Pero no mucho más. A partir de ahí, «los otros» se convierten en un todo en el que nos cuesta diferenciar. Con el paso de los siglos, las bandas de cazadores-recolectores se han convertido en países como el mío, con unos cincuenta millones de habitantes, o como los Estados Unidos de América, con más de trescientos millones. En esas circunstancias, el intercambio, que se basa en la confianza, es decir, en la detección del engaño, resulta complicado cuando se plantea de país a país. Para cualquiera de nosotros es demasiado fácil identificar las decisiones políticas con la gente del país. Los estadounidenses no invadieron Irán, fue el ejército estadounidense con un presidente al mando, y un Gobierno y un Parlamento, que respaldaron la decisión. ¿Son responsables los votantes de todas y cada una de las decisiones de sus representantes? Ésa es una pregunta complicada. El común de los mortales en mi país se cruza con un inglés y piensa «Gibraltar español», o con un español y piensa «Mira estos conquistadores que se llevaron el oro» o con un alemán y se dice a sí mismo «Pues vaya con estos explotadores que no hacen más que exigir y exigir a los pobres griegos» y así vamos desarrollando estereotipos de los que nos servimos para poder vivir en un mundo como el nuestro. Pero no se nos puede olvidar que las decisiones que llevan a un país a explotar al resto, no las toman todos los miembros de esa nación. Fue Napoleón el que lanzó su ejército, fue Hitler el que invadió Polonia, y no los franceses o los alemanes, en su totalidad.

Así pues, la agregación marxista que presupone que hay países explotadores y países proletarios explotados es una falacia como punto de partida. Pero, además, afirmar que esto se da por culpa del liberalismo, es doblemente errado.

Porque, dado que el liberalismo no es nacionalista, sino que defiende la libertad individual, a la hora de atribuir responsabilidades a las situaciones de explotación, también baja al terreno individual, y señala a este empresario, ese gobernante y aquel banquero. Los gobernantes por defender leyes y políticas como la política agrícola comunitaria de la Unión Europea; los empresarios por aliarse con algunos gobernantes tiranos a cambio de privilegios en esa perversión llamada *crony capitalism*; los banqueros, básicamente por lo mismo que los empresarios, porque se alían con gobernantes, financian sus políticas, sus campañas, a sus amigos, a cambio de privilegios y prebendas, propias de un sistema mercantilista, como contra el que Adam Smith luchaba.

En el siglo XIX, los defensores del libre comercio de la Escuela Clásica de Economía (encabezada por el mismo Adam Smith), cuando hablaban del comercio exterior se referían a las transacciones entre empresarios de diferentes países, y analizaban los beneficios para ambos participantes que ese intercambio tendría. Ya no se consideraba (como en el mercantilismo, y como por desgracia ahora) que el comercio es un «juego de suma cero» en el que uno gana y otro pierde.²⁴ Desde Hume y Cantillon, esa idea quedó herida de muerte, y se demostró que en el comercio ambos participantes ganan. En este tema, a diferencia de otros, estaban de acuerdo prácticamente todos los miembros de la Escuela Clásica del XIX. David Ricardo demostró que las restricciones arancelarias arruinarían la agricultura británica

y John Stuart Mill, aportó, entre otras cosas, la idea de que cuantos más participantes en el comercio internacional, tanto más factible era para mí obtener el máximo beneficio posible, sin que eso implicara arruinar al vecino. Estudiaban a qué se deberían dedicar los empresarios de un país para aprovechar al máximo sus recursos. No existía esa obsesión gregaria y marxista de la lucha de clases llevada al contexto internacional.

¿Por qué funciona tan bien ese discurso? Porque es exculpatorio. Es tan liberador de la propia responsabilidad como «la profe me odia». Eso sí, quienes levantan sus brazos contra el liberalismo y nos acusan de fortalecer la lucha de clases en el terreno internacional, porque estamos a favor de los países ricos (igual que estamos a favor de los ricos, véase el «demonio 1») son los mismos que defienden gobiernos populistas en los países pobres que esquilman la riqueza de sus ciudadanos para mayor gloria y honra propia, o que son partidarios de implantar en esos mismos países regímenes marxistas, que tanta destrucción han traído como nos muestra la historia tan tozudamente. No es casual que los liderazgos marxistas populistas se den en países pobres con poblaciones poco formadas y dispuestas a creer cualquier promesa. Ése es el caldo de cultivo en el que el lema «el rico es malo, pero tranquilo que ya le vamos a quitar todo para dártelo a ti» funciona mejor. Pero esa idea presupone que el pobre y analfabeto es, además, imbécil e incapaz de elegir por sí mismo. El populismo es el mayor desprecio a la inteligencia humana y a su capacidad para sobrevivir sin coacción.

Acaba con la soberanía nacional y democrática

La reclamación de un Estado mínimo, todo lo reducido que se pueda, o de su eliminación total defendida por los libertarios más radicales, ha despertado el temor en aquellos que tienen una concepción de la soberanía como algo tan sagrado casi como el honor. Su miedo se basa en varios aspectos, el más importante de los cuales es el de la invasión económica. Si no protegemos nuestras empresas, nuestra industria, «lo nuestro» y, simultáneamente, abrimos indiscriminadamente las puertas a los productos, trabajadores, capitales y tecnología extranjera, lógicamente en una generación o dos nuestro país estará ocupado de facto por multinacionales que cambiarán nuestro modo de vida, financiarán a los políticos que les benefician y explotarán a nuestros trabajadores. Como nosotros no somos capaces de competir, y como los demás sí que protegen lo suyo, el liberalismo nos condena a la invasión, no militar, pero sí demográfica y económica. ¡Y eso sí que es esclavitud!

Esta actitud, cuya máxima expresión en España se vio materializada en el período de autarquía franquista, lleva a la miseria, como bien sabemos los españoles. Es humano, y tal vez inevitable, el miedo al extranjero, y el deseo de protección cuando aumenta la incertidumbre sea del tipo que sea: económica, política o social. Exactamente por la misma razón que cuando truena los más miedosos cubren sus cabezas por si el cielo se desploma sobre nosotros (como temía Abraracurcix, el jefe de la aldea gala de Astérix), cuando se mueve la alfombra de la estabilidad económica y política, echamos la culpa al diferente y tratamos de protegernos de ellos. Sin embargo, la apertura al exterior normalmente ha traído más cosas buenas que malas a casi todos los países. El aislamiento lleva a la degeneración de las costumbres y al enquistamiento de las injusticias mucho más

que la llegada de nuevas formas de entender la vida. España, conquistada por tantos pueblos, es lo que es hoy en día gracias al derecho romano, la herencia cultural musulmana, el cristianismo que también vino de fuera y más recientemente, hemos superado el estancamiento gracias a la apertura al exterior. No quiere decir que sea la panacea de todos los males, pero sí que el proteccionismo, siendo una primera reacción comprensible, es fuente de muchos perjuicios. Es un caso de cómo el nombre predispone positivamente la mente, porque uno se imagina en un refugio, aunque el significado real o las consecuencias puedan ser devastadoras. ¿Quién, ante una situación de peligro real o no, puede decir sin sentir un poquito de miedo «No, mejor no me protejas, déjame a mi aire que ya me cuido yo solita»? Pues pocos. Y es comprensible. Pero somos racionales precisamente para ser conscientes de estas trampas del lenguaje y para analizar nuestros actos.

Si echamos la vista atrás, el dolor, el hambre y las muertes a que ha llevado la idea de «soberanía nacional», descartando la defensa propia ante una invasión o ataque por parte de una nación extranjera o de grupos terroristas nacionales, son vergonzosamente altos. Porque, como excusa, el concepto de «soberanía nacional» es magnífico.

Como recuerda José Benegas, la libertad individual va mucho más allá de la soberanía, que debería estar al servicio de la libertad individual, para defender a las personas de los ataques e invasiones extranjeras. Pero ¿qué sucede cuando un Gobierno atropella a su población y la tiraniza? ¿Es aceptable que otros países acudan en ayuda del pueblo tiranizado, de la libertad individual de esa gente? Y en caso afirmativo, ¿eso es un atentado contra la soberanía del país? No es así. Porque la soberanía no está al servicio del gobernante, es el tirano el que no respeta la libertad de los

individuos y, en ese momento, queda deslegitimado. Es cierto que no es eso lo que nos encontramos en el mundo de hoy día. Cuando se masacran estudiantes venezolanos y los gobiernos extranjeros (el español también) se plantean mirar al techo, decir algo, o hacer algo, una de las excusas que se ponen encima de la mesa es que esos gobernantes fueron elegidos democráticamente y por tanto no se puede violar la soberanía de ese pueblo. Que es como decir que los venezolanos, retardados mentales, escogieron el martirio por capricho y que, ya puestos, que se fastidien con sus elecciones.

Otro caso notable es cuando, en nuestra Vieja Europa, se plantea si la Unión Europea debe abarcar también aspectos como la justicia, el presupuesto estatal, la defensa o la seguridad. Entonces nos planteamos si no es eso ceder soberanía y, ante esa frase, muchos españoles se sienten escocidos en su orgullo porque quién es nadie en Bruselas o Estrasburgo para decidir acerca de cosas tan propias, y se nos ponen los pelos de punta solamente al pensar que un juez desde un país extranjero va a decidir nada acerca de nuestros delincuentes, que para eso son nuestros, sólo faltaría.

Pero el verdadero «terror de los mares» para quienes reivindican la soberanía nacional es la libertad de movimientos de personas, bienes y capitales. Ahí es cuando tardan apenas segundos en mentar la temida invasión silenciosa, la de los escaparates de nuestras tiendas, nuestro mercado de trabajo, nuestro sistema financiero. Y, por más que les expliques lo que sucedía cuando no teníamos financiación extranjera, solamente se les ocurre rebajar el tono y aceptar que entren, pero regulados. ¿Por quién? Por el ángel benefactor de comportamiento siempre impecable: el Estado. De la misma forma, los bienes extranjeros pueden

entrar exclusivamente si no se lesiona la actividad de algún empresario patrio, especialmente si se trata de sectores tradicionales (como las naranjas, el aceite de oliva o el jamón) o sectores que tienen gran capacidad de montar revuelo, como la minería de Asturias y León, por ejemplo. Desde mi más tierna infancia recuerdo esas marchas de mineros que caminaban hasta Madrid y, una vez en la capital, montaban manifestaciones espectaculares para que el Gobierno no cerrara las minas y no les quitara el pan de la boca a sus hijos. La gente de la calle se emocionaba ante su paso y te explicaban que, además de soportar uno de los oficios más duros del mundo, la famosa «reconversión industrial» iba a dejar en la calle a toda esa gente honrada que solamente quería sobrevivir. Y todo porque nuestro carbón no es rentable. No es que antes sí y ahora no, nuestro carbón no ha sido rentable jamás. Pero solamente cuando abrimos las fronteras pudimos abaratar el coste de la energía comprando carbón más barato y sustituirlo por otros productos energéticos. Me pregunto qué habría pasado si alguien, en el primer momento que se planteó la reconversión minera, hubiera salido en las noticias de las tres explicando que los mineros leoneses y asturianos, mantenidos con el dinero de todos los españoles, se negaban a aprender otro oficio o a cambiar de actividad y exigían que los demás trabajadores siguieran financiando sus vidas. Suena duro ¿no? Pero es así. La apertura al exterior ha permitido, además, que nuestros productores sigan subsistiendo en esos momentos en que la demanda interna no era suficiente, como en la crisis del 2007, cuando la caída del consumo interno fue tal que solamente las exportaciones pudieron salvar muchos puestos de trabajo de las empresas que, gracias a la apertura de fronteras, pudieron seguir produciendo para la exportación.

Finalmente, están aquellos que apelan a la soberanía nacional frente a la masiva inmigración. Y lo dicen ciudadanos de España, país de emigrantes. Por centrar el tema, independientemente de si la libre entrada de personas es favorable desde un punto de vista económico, hay un tema político y cultural que subyace en los argumentos de los «soberanistas». ¿Tú quieres que el día de mañana el alcalde de Madrid se llame Yusuf y que imponga la sharia en los colegios? ¿Quieres que tus nietas lleven burka? Ése es el tipo de preguntas con las que te bombardean cuando defiendes la apertura de fronteras. Nada más tramposo. Porque si no quiero que haya un alcalde musulmán, o budista, o simplemente de origen extranjero, lo que hay que hacer es presentar un José Pérez, de pura sangre patria, que ofrezca lo mejor a los votantes. Y para que ese José Pérez convenza, es necesario que los partidarios de las tradiciones las defiendan. Pero no con el dinero ajeno, como quien pide subvenciones nacionales para fiestas locales, sino con sus medios, su tiempo y su esfuerzo. Porque en este país, y en muchos, lo que sucede es que estamos acostumbrados a que el llamado «espíritu nacional» tenga una partida en los presupuestos de la nación. No estamos acostumbrados a tener que enseñar a nuestros hijos a mantener tradiciones, ni a aceptar que hay tradiciones que se pierden si las nuevas generaciones no las entienden y valoran. Pero, claro, eso implica hacer un esfuerzo, entender nosotros mismos eso que defendemos, transmitirlo más que imponerlo... y eso cuesta. Es mucho más fácil que lo haga otro con el dinero de todos, y que ese otro tenga el poder coactivo para asegurarnos que no va a haber disidencias.

El verdadero mito del liberalismo: la comunicación

Supongamos que, después de lo leído hasta ahora, estamos convencidos de que las ideas liberales son las mejores. Pues aún queda por resolver la gran paradoja: ¿Por qué son minoritarias en todos los ámbitos analizados: la universidad, la política y la sociedad? Entre otras cosas, porque hay un terrible problema de comunicación, que aparece ligado a otros cuya presencia no favorece la solución de esta cuestión.

No quiere decir eso que los liberales/libertarios empleemos mal el lenguaje, o que no intentemos llegar a la gente. Pero, cuando se analiza desde el punto de vista del marketing cómo exponemos las propuestas del liberalismo, es para echarse a llorar. Reconozco que precisamente yo soy una privilegiada porque tengo la suerte de haber crecido intelectualmente rodeada de grandes comunicadores, como Carlos Rodríguez Braun, por ejemplo, que me enseñó a valorar la palabra hablada y escrita, a argumentar, a respetar en la contienda dialéctica; y de haber encontrado en mi camino profesionales como Ricardo Basurto, con quien aprendo a valorar la estética visual y la relación entre la ética y la belleza. Pero sé que no es lo habitual, y me temo que no es un problema exclusivamente español. En muchas ocasiones se trata de un problema nuestro. Nos sentimos acomplejados por los argumentos del contrario porque, querámoslo o no, vivimos bajo la tiranía de la corrección política y no es fácil para todo el mundo ponerse del lado de los que disienten. Caemos en la trampa y frente a sus acusaciones no nos atrevemos a defender la eliminación del salario mínimo, por poner un ejemplo, o no lo hacemos con orgullo sino con aire timorato y poco convencido, porque logran que nos veamos como responsables de la miseria de los pobres, o devoradores de niños, etc. Incluso si nos aprendemos la lección y les explicamos que son ellos

quienes encierran en el círculo de la pobreza a esos trabajadores que se quedan en paro por culpa del salario mínimo, el lenguaje no verbal nos delata. Ése es uno de los puntos a trabajar, el complejo de disidente.

Caminar desnudo puede ser bochornoso o no y esa diferencia tiene mucho que ver con si se trata de pasear por la Gran Vía de Madrid o por una playa de nudistas: es probable que uno se sienta mal si está vestido en un lugar donde todo el mundo va desnudo, donde te miran ofendidos si llevas algo de ropa. A pesar de que cuando reflexionamos a solas cada uno de nosotros se da cuenta de cuáles son sus principios, sus elecciones, etc., el ser humano responde al viejo refrán que dice «Donde fueres haz lo que vieres», de manera que, ante la duda, la primera elección es la que elijan todos. Desde niños el «toda la clase va a faltar» o «todos van a ir a clase sin uniforme menos yo» o «todo el mundo llega más tarde de las diez» o «todo el mundo va a la fiesta, tenéis que dejarme ir» son razones que convencen a la mayoría de los padres, que terminamos por agobiarnos pensando si nuestro niño o niña no tendrá un trauma infantil profundo por el hecho de diferenciarle tanto de los demás al negarle llegar más tarde de las diez o ir a la fiesta. Por lo mismo, defender la opción liberal, siendo minoritaria, cuesta. Y mucho más si la mayoría cae en la manipulación de los afectos y del lenguaje y lo que finalmente se plantea es que si defiendes la libertad de armas estás apoyando las matanzas de adolescentes en los colegios norteamericanos y cosas así. No somos capaces, en general, de no caer en esa trampa saducea y deshacer el nudo: las matanzas están mal, pero se dan la mayoría de las veces en las llamadas «*free gun zones*». Tampoco queremos que todas las mujeres se prostituyan, ni que los jóvenes se droguen, ni que los pobres sean más pobres, ni somos partidarios de la opresión de los

poderosos, ni nos encantan los privilegios, ni defendemos una religión en concreto, ni tampoco ninguna. No somos de derechas ni de izquierdas, no pertenecemos a nada necesariamente por el hecho de defender la libertad individual. Y cada cual vota lo que le parece o no vota a nadie. Y eso no implica perder puntos en el ranking, descender de puesto en el «liberalómetro» o algo así.

Todo esto, que parece tan obvio, no lo es. Cuando se observan a distancia las redes sociales y cómo interactuamos los liberales, emerge ante nuestros ojos una realidad distinta. Hay determinadas personas que deciden abanderar por su cuenta y riesgo una causa que no es propiedad de nadie y tampoco de ellos. Es verdad que las polémicas en las redes sociales son, en muchos casos, similares a las riñas de patio de colegio, fenómenos muy locales y que no afectan a la señora que va a mi lado en el metro. Pero poco a poco van creando cierto poso, cierto aroma que no suele responder a los debates más sólidos y reales que deberíamos afrontar quienes luchamos por la libertad.

El liberalismo, como dice Roberto Salinas,²⁵ no es caudillista, ni cae en la vanidad de la redención instantánea. Y eso quiere decir que nunca vamos a ser un movimiento de masas liderado por alguien con carisma, incluso si habrá épocas en las que una institución o corriente liberal es guiada por un líder natural, como lo fue Manuel Ayau, fundador y rector de la Universidad Francisco Marroquín, o como el magnetismo que ejerce Jesús Huerta de Soto en la Escuela Austriaca de nuestro país. Pero la causa no acaba con el líder, está por encima y le sobrevive, gracias precisamente a que no hay redención, y menos instantánea. Es una virtud de nuestro movimiento, no algo negativo.

A eso hay que añadir que, además de ser minoritaria, el liberalismo es una opción que no intenta manipular mediante la alusión a afectos y sentimientos, sino que trata de convencer intelectualmente. No se defiende la libertad individual por un supuesto amor a la humanidad, sino porque éticamente es la mejor opción e intelectualmente los argumentos son más consistentes, y eso es muy poco sexy. Al reducir nuestro ámbito al terreno intelectual, la defensa de la libertad, que en sí misma es muy llamativa, en principio atrae a todos y vende muy bien, de repente, se transforma en lo opuesto: los liberales somos aburridos, incomprensibles y molestos. Se entiende porque para defender el liberalismo me tengo que leer una biblioteca, pero para defender a los pobres basta con tener claro que el malo es el rico. No me planteo si ese argumento es falaz o no, de dónde viene, cuál es el sustento moral, si está contrastado, en qué ocasiones es así, si la metodología que empleo para defender esa afirmación es la adecuada o no, y de paso, trato de ver históricamente su conformidad con la realidad, estudio las instituciones que favorecen que sea así o no, etc. Lógicamente, el cerebro medio, que economiza, se queda con un tipo con coleta que desde su púlpito político de Podemos dice que los ricos son malos. Y ahí está con sus cinco diputados en el Parlamento Europeo, cobrando de Maduro y los Castro y prometiendo que, cuando los ricos dejen de ser ricos, va a llover café en el campo y vamos a tener unicornios para todos. ¿Quién le ha votado? Los que, cansados del discurso de siempre, y siendo España un país de izquierda moderada, no confían en los partidos políticos al uso y se van con quien presenta lo obvio (como la corrupción o el deterioro social) pero con un conjunto de soluciones inmediatas. Incluso si esas supuestas soluciones son meros «ojalás» (*wishful thinking*, que dicen los

anglosajones) la gente las compra. Y gana el «No me marees con ideologías y argumentos, dale caña a todos esos ladrones y punto». Que es como no elegir nada. Y eso no es lo que ofrecemos los liberales.

Hay otro tema, además de la cuestión del contenido, y es el de las formas. Estamos acostumbrados a hablar para minorías convencidas, a contestar con citas de autores (héroes para nosotros pero desconocidos para muchos) y recomendaciones, en lugar de respuestas, para que quien nos pregunta lea esto o lo otro. Ésa es una manera de conseguir que quien pregunta no lo vuelva a hacer más y busque a otro interlocutor.

A veces resulta estresante (hasta para convencidos como yo) la carrera de lecturas, muchas veces sesgadas, de citas, de demostraciones innecesarias de todo lo que se ha leído, sin ningún objetivo, casi como el adolescente necesita reafirmarse pavoneándose. Y este punto nos da una pista acerca de lo que sucede. Hay muchos liberales absorbidos por el mundo intelectual que viven reconfirmando su pureza de sangre y su integridad intelectual permanentemente. En parte es una reacción a lo que pasa en su entorno: estamos frente a una sociedad que prefiere todo bien masticadito, medidas inmediatas, soluciones a cortísimo plazo, y mínimo esfuerzo, así que hay que destacar por lo contrario. Lo mejor es que cuando planteas que a la gente hay que hacérselo más sencillo, muchos liberales, especialmente los jovencitos y/o los que provienen del mundillo universitario, te miran y te dicen: «Pues que lean». No, hombre, no. Que lean, no. No lo van a hacer. Deja de hablar en lenguaje sofisticado, esfuérzate por transmitir tu mensaje y pónselo fácil, o bien renuncia a dejar de ser una minoría descolgada del mundo real. Esa elección, la de estar en el debate público o no, es una de las cuestiones más peliagudas a la que nos

enfrentamos desde siempre los liberales. Entre otras cosas, porque eso implica relajar el músculo más sesudo y entrenar la oratoria, la retórica, la ironía, la presencia física, el gancho, la rapidez mental, y otras muchas cualidades poco reconocidas en la academia, y mal vistas por muchos. Y por eso, quienes, como el mismo Frédéric Bastiat, se dan cuenta de la facilidad con que el público entiende su mensaje, han de optar por la vida académica o por la divulgación. Quienes tratan de conjugar ambas cosas, a menudo son criticados desde ambas orillas, también por nuestros propios compañeros. Así, las salidas se reducen a dos: o bien eres un florero que compadrea con los periodistas, o bien tu discurso es demasiado abstracto y te alejas del mundo real.

Sin embargo, como alerta Roberto Salinas, para combatir la creciente aparición de salvadores de la humanidad con el dinero ajeno, es necesario mejorar también la manera de comunicar, expresar la creatividad hasta la última gota, amoldarse a los cambios en los instrumentos de aprendizaje y estar allí donde están las neuronas de la gente: televisión, radio, prensa, redes sociales, universidades, barriadas... no hay que abandonar ninguna trinchera y para lograrlo es imprescindible deshacerse de la arrogancia y abrazar la actitud humilde de todo buscador de la verdad.

Este demonio del liberalismo, este punto negro, casi requiere un libro en sí mismo. Hay mucho que revisar: el lenguaje educativo, los instrumentos didácticos que empleamos, que se han quedado obsoletos hace décadas, la falta de entrenamiento, el estudio de los recursos del lenguaje de los otros... Baste de momento señalarlo y dejarlo como tema pendiente e imprescindible.

Epílogo

Ni héroes, ni dioses

Como decía Pierre Goodrich, el fundador del Liberty Fund, la defensa de la libertad individual como algo más que una mera recreación intelectual pasa por la humildad. Pero ésa, como todas las demás virtudes, requieren un entrenamiento vitalicio por parte de cada cual, una fortaleza de carácter frente a las corrientes que le arrastran en sentido opuesto y estar dispuesto a renunciar a privilegios y favores para uno mismo y para su familia y amigos.

Por eso es fácil que quienes defendemos la libertad, si no estamos en permanente vigilancia, primero, de nosotros mismos y, después, de todo lo demás, caigamos en la soberbia, la traición a nuestros principios y la aceptación más o menos disimulada de algún favor que otro, con la mejor intención o con la peor. Y la razón es muy simple: somos humanos. Tan humanos como cualquier otra persona y es injusto exigirnos lo que al resto se le consiente, es decir, no ser héroes ni dioses. Es verdad que al adoptar un enfoque orgánico, completo, incluyendo las razones éticas como los cimientos del edificio, te arriesgas a que te afeen la conducta doblemente ante cualquier fallo tuyo o de alguno que se denomine liberal. Doblemente, porque, además de fallar, lo has hecho tú, que alardeas de tener la ética como cimiento. Pero ¿quiénes sino los intervencionistas se arrogan una supremacía moral de la que carecen muchos de ellos y, en general, su propia filosofía? Me refiero a los intervencionistas de derechas y de izquierdas, porque no creo en la supremacía moral de ninguna filosofía basada en la explotación ajena, sea por razones cercanas a mis creencias o alejadas de ellas.

No existen, realmente, «tribus» liberales sin civilizar, que se pelean entre ellas por cuestiones espurias. Somos un grupo heterogéneo que aprende dialogando y debatiendo, donde caben todos los que estén dispuestos a asumir las consecuencias (financieras y no financieras) de sus actos, y a defender sus ideas sin vivir a costa de los demás, propiciando la libertad individual.

Siguiendo el ejemplo del árbol de la portada y de la Introducción del libro, y a riesgo de resultar bastante cursi, además de la celulosa y la lignina representadas por la humildad y la vigilancia permanente, y que ayudan a que el tronco del árbol sea robusto, el liberal necesita estar dispuesto a aprender sin prejuicios todo aquello que puede favorecer esa defensa de la libertad individual. Y eso incluye aprender de las tácticas del enemigo. Eso no quiere decir que ser inmorales como ellos, pero sí astutos como serpientes y sencillos como palomas.²⁶ Eso significa no dejarnos ganar terreno, no tirar piedras contra nuestro propio tejado, dejar los escrúpulos excesivos para casa, no hacer ostentación de lo que nos separa, y menos si el objetivo es destacar como el más original entre originales, es decir, la soberbia y la búsqueda de notoriedad de nuevo. Y, a la vez, mantenernos en la sencillez de los principios fundamentales: la defensa del binomio libertad individual y responsabilidad individual.

No está mal tampoco escuchar a los demás, a los que no son tus afines con especial detenimiento, no solamente a los que sabes que van a corroborar y confirmar de nuevo eso que ya sabes. Hay que cuestionarse el universo cada día, hay que poner a prueba las creencias de uno. Muchas veces, esa ardua tarea te regala la sorpresa de encontrar afinidades insospechadas que te enriquecen. No se trata de escuchar para rebatir solamente, sino de escuchar para aprender sobre todo. Y eso va asociado a una actitud determinada, una

actitud que no se estudia ni se enseña en los libros sino que se absorbe observando una conducta ejemplar. Por eso, por más libros que se escriban, por más artículos, programas de radio en los que participemos los liberales, nos conocerán por nuestros actos, exactamente igual que nosotros conocemos quién es quién en nuestras filas y en las ajenas por lo que cada uno hace libremente, en conciencia.

Quienes no somos así de perfectos y maravillosos somos liberales pero además, humanos.

Una de las razones por las que, tanto en la universidad, como en la política, como en la sociedad tenemos mala prensa, es porque somos largoplacistas, preferimos la encina centenaria a la flor bella pero efímera. Y eso vende muy poco. En especial cuando uno pierde el sentido de la historia, cuando no es capaz de percibir el tiempo más allá de las temporadas de las series de televisión, probablemente influido por las nuevas tecnologías de transporte y comunicación que nos han acercado unos a otros y ha reducido los tiempos mucho en muy pocos años. Cuando una carta enviada por correo postal tardaba de media una semana de una ciudad de España a otra, la espera se aceptaba mucho mejor que ahora, cuando si no nos contestan un whatsapp en menos de un minuto nos preocupamos y es necesario aclarar: «Dejo el móvil en el despacho y lo miro de vez en cuando, si no te contesto inmediatamente, no te preocupes». En este entorno, decirle a la gente que la recompensa inmediata que te ofrece el de enfrente es una baratija comparado con el tesoro que ofreces tú, aunque, eso sí, en un plazo más largo, no tiene muchas posibilidades. Si a eso le añadimos que la incertidumbre económica, pero también la general, la de nuestro siglo ^{XXI}, aviva la necesidad de que los beneficios se vean pronto, sean económicos o de otro tipo, es aún más comprensible todo.

Bien pensado, no deja de ser paradójico que cuanto más parecen avanzar las ciencias, más miedos tenemos (a que desaparezca la vida sobre el planeta, a las enfermedades emergentes naturales o de diseño, a que se desplome la economía mundial, a la guerra definitiva...). Así que el conocimiento y la tecnología no nos tranquilizan, no nos proporciona la quietud de espíritu necesario para ver las cosas con una perspectiva más sabia. La separación de la filosofía, la ética y la ciencia es una de las catástrofes que el ser humano debería reparar en este nuevo siglo del que hemos recorrido apenas catorce años. Pero el sistema de enseñanza, en el que la filosofía ya apenas cuenta y se ha parcelado en épocas, países, corrientes de pensamiento, etc., en el que la ética es tan subjetiva que mejor ni tocarla, y la ciencia está fragmentada en átomos de saber, así lo determina. Me gustaría saber dónde estarían las ciencias llamadas «puras» si sus protagonistas no hubieran sido filósofos en cierto sentido, que debatían sobre derivación e integración matemáticas, sobre la existencia del infinito o de las partículas subatómicas sobre una base filosófica e integrada. Sé que es una batalla perdida, nuestros jóvenes no saben de las polémicas del obispo Berkeley criticando a Newton.

Asimismo, aprender a manejar los tiempos es fundamental para no desesperar, y ahí también hay algo que aprender de los árboles. Es necesario regarlos, abonarlos, nutrirlos y cuidarlos minuciosamente y de manera regular, pero no se pueden esperar resultados inmediatos. Para disfrutar de un olivo centenario no hace falta una semana sino obviamente cien años. El valor de un olivo o de una encina es mayor cuanto más tiempo pasa, de manera que el beneficio obtenido de su plantación excede una vida humana. Hay que pensar en los beneficios futuros que

nosotros no disfrutaremos. De la misma forma, los frutos de cultivar la defensa de la libertad y el aprendizaje de vida que ello supone probablemente no los veremos nosotros, será el legado que las futuras generaciones recibirán. Y entonces será su responsabilidad mantener o mejorar ese marco de libertad integral que tanto tiempo ha costado hacer crecer.

Uno de mis objetivos con este libro era ofrecer una visión panorámica lo más completa posible de quiénes son los liberales, los diferentes círculos y tendencias. Aunque, en un principio, creí que sería una tarea relativamente fácil, no ha sido así, y aun ahora creo que es una tarea que tiene vida propia. La razón es que cada año se suman nuevos grupos a las filas liberales: no he hablado del emergente liberalismo en un país como China, no he hablado la labor de personas como Tom Palmer en lugares remotos como algunos países musulmanes o africanos, donde hay un vivo interés por emprender en libertad y progresar en la senda de la libertad. O la de Alejandro Chafuen en los países del Este de Europa, y por todo el continente americano, por ejemplo. En los países occidentales y latinoamericanos, donde hay una tradición más arraigada y antigua, el significado de la palabra liberal, cambiante como ya hemos visto, propicia que aparezcan nuevas organizaciones, que las que hay se dividan, que se aglutinen quienes defienden ideologías más o menos afines. Y, finalmente, hay muchas personas que sienten el liberalismo como una forma de vida que no se preocupan de etiquetarse, pero viven de acuerdo con esos principios. De manera que no es fácil establecer una tipología como quien recita la lista de los reyes godos o quien expone los equipos que conforman la Liga Española de Fútbol.

Por ese mismo motivo, el futuro del liberalismo está más abierto que nunca. La imprevisibilidad de lo que nos espera o, visto de otro modo, la incapacidad del ser humano para hacer previsiones futuras fiables, la ineludible ley de las consecuencias no queridas, y mi tendencia a no proyectar el lado negativo hacia delante, me lleva a tener fe en mi prójimo del mañana. Es posible que la administración Obama, erradamente, pretenda imitar lo peor de la socialdemocracia europea y aplicarla a Estados Unidos. Es posible que la Unión Europea persista en la tendencia a una unificación bancaria, fiscal, jurídica y de todo tipo, que nos aboca a un Estado europeo planificador, que va a ser más perjudicial para la libertad que beneficioso porque, por un lado nos va a apretar las cadenas y, por otro, va a cubrir los barrotes de la jaula de un revestimiento dorado que va a tranquilizar a muchos. Las luchas tribales (y no hablo del liberalismo, obviamente) van a continuar allá donde los hombres se organizan de ese modo, por más que Occidente pretenda inocularles la democracia y el modo de organización política occidental. Pero, por encima de todas esas cosas, quienes defendemos el derecho de cada cual a manejar sus propias riendas, en libre asociación o cada uno por su cuenta, tenemos las nuevas tecnologías a nuestro favor. Es cierto que habrá trabajos que siempre estarán atados a la presencialidad, pero otros muchos ya permiten que uno elija vivir en Polonia y ofrecer online sus servicios de diseño gráfico a todo el mundo; o que mi amigo José Benegas, exiliado del régimen argentino en Miami, ofrezca su programa *A Las Ocho* para su ciudad, Buenos Aires, y para toda Latinoamérica, y me entrevisté a mí, en Madrid, aprovechando que duermo poco. Hace unos años esto era impensable. En unos meses, las cosas habrán avanzado tanto que todo esto será una anécdota.

Como economista que mira hacia atrás, siempre me he preguntado cómo sería el día a día de la María Blanco del siglo ^{xv}, o del ^{iv} antes de Cristo, o de cualquier otro momento. No pienso solamente en las condiciones higiénicas, las medicinas, los electrodomésticos o la forma de vestir, me refiero a qué haría yo, a qué me dedicaría, con quién hablaría y de qué si, por ejemplo, fuera una madre de familia francesa en el año 1314, en plena Guerra de los Cien Años. Habría perdido abuelos, hermanos e hijos en una guerra cuyo fin no estaba claro. Hoy en día, los conflictos armados son mucho más cortos pero más intensos. Pero ¿cómo interpretaría la María del siglo ^{xiv} las palabras de la del ^{xxi}? Por ejemplo, si me oyera decir «Esta crisis está alargándose demasiado, ya va para siete años, España va a salir esquilhada». Ella estaría acostumbrada a hambrunas, enfermedades mortales que diezmaban la población, servidumbre, y a no contar los días. Para ponernos en situación, una hambruna era algo bastante frecuente en la Edad Media, en Francia, por ejemplo, hubo hambrunas en los años 1304, 1305, 1310, 1315-1317, 1330-1334, 1349-1351, 1358-1360, 1371, 1375 y 1390. Podía comenzar por una sequía o un período de fuertes lluvias, y su principal consecuencia era el encarecimiento de un 300 por cien en pocos meses del trigo y la sal (empleada para conservar la carne). Así de simple. La de 1315 fue tan brutal que se dieron casos de canibalismo, tal y como cuentan las crónicas. Así que, si tuviera el mismo sentido del humor y la ironía de la que escribe hoy, la María del siglo ^{xiv} estaría riéndose de mi frase y sacando punta a mi comentario. La María de entonces no lo tenía muy fácil. Y nos separan siete siglos.

Desde un punto de vista histórico, es menos que la duración de la invasión musulmana en España, no es tanto. Hablamos de la Edad Media como si fuera un período

homogéneo y, sin embargo, escudriñamos en las diferencias entre las consecuencias económicas de la crisis de 1929 en los distintos países de la Europa occidental. Nuestra percepción del tiempo está sesgada, le damos mucha más relevancia a los momentos cercanos que a los más alejados, sea en el pasado o en el futuro. Las tan cacareadas «futuras generaciones» no nos importan tanto, nos importa más nuestra pensión y los estudios de nuestro hijos. Nos afecta lo que les pase a nuestros hijos por egoísmo, por la responsabilidad que nos pesa al ser sus padres, pero con el corazón en la mano, no actuamos en nuestro día a día como personas que tienen en cuenta a sus nietos. Si así fuera, Keynes estaría proscrito de nuestras universidades y no es así, más bien al contrario, como dice el refrán español «El muerto al hoyo y el vivo al bollo».

Yo trato de hacer el esfuerzo contrario y mirar desapasionadamente la historia presente y futura del hombre. Por eso, tal vez, cuesta entender que mi optimismo no es un brindis al sol, sino que me planteo lo que me diferencia de mi personaje de 1314: he elegido y asumido las consecuencias de mis actos en muchos más ámbitos que ella. En mi mente existe la variable «posibilidad de cambio», en la mente de la María del siglo XIV las cosas eran así, la peste te mataba tres hijos o a la mitad de tu familia y no había más que hacer; la guerra era decidida por familias reales en cuyos ejércitos estaban tus hijos, tu marido, tus hermanos, porque vives en sus tierras, estás bajo su protección y jurisdicción y tienes la obligación de servir en su ejército. Las posibilidades de mejorar en la vida no vendrían de la mano del esfuerzo o el estudio. Y la idea de ir a buscar fortuna en otro sitio no era muy factible para una mujer de aquel siglo. Hoy dispongo de muchas más posibilidades: tengo estudios, escribo en un periódico, participo en un

programa de radio, soy profesional en una empresa privada y puedo disponer de mi vida, mi energía y mi dinero (más o menos). Otra cosa diferente es cómo se asumían esas condiciones antes y cómo se hacen ahora. Nada me lleva a pensar que hoy soy más feliz que la María medieval. Eso depende de cuestiones diferentes que no son mi objetivo. Me centro en las condiciones para que se pueda dar el ejercicio de mi libertad en tanto que capacidad para elegir.

¿Es muy irreal pensar que de aquí en otros siete siglos mejorarán aún más las condiciones de vida en libertad de una mujer como yo? Con sus ciclos, con sus excepciones, creo que nuestra vida es mejor, probablemente no porque el ser humano sea mejor, sino porque hemos inventado instrumentos de trabajo, comunicación y transporte que han mejorado nuestro entorno inmediato. Esa mejora está unida invariablemente a la mayor diversidad de soluciones aportadas para resolver los problemas que han ido apareciendo. En ese sentido es en el que veo las nuevas tecnologías y las redes sociales como un recurso que permite poner en común esa diversidad humana. Son esas redes las que me mantienen en contacto con muchas personas con las que comparto ideales, afecto, amistad, que me animan y yo a ellas, y con las que trabajo más allá de mi actividad docente en la universidad, que es mi principal ocupación.

Mientras que los políticos juegan a sus castillos de naipes con nuestro dinero, aparecen ante nuestros ojos posibles alternativas geográficamente remotas pero a la distancia de un *click*, que no implican el drenaje sin fondo de nuestras rentas, energías y tiempo. Por eso creo que la libertad práctica, como forma de vida, tiene el éxito asegurado y sobrepasará cualquier intento de regulación europea o mundial. El agua no se detiene, solamente cambia su rumbo.

Otra cosa es lo que acontezca con el liberalismo desde el punto de vista intelectual. En la portada del libro se ha tratado de reflejar en la copa del árbol los diferentes ámbitos en los que el pensamiento liberal da fruto: los *think tanks*, la política, el mundo intelectual. Es por ahí, por las ramas y las hojas, por donde crecen los árboles y por donde deberíamos crecer los liberales.

Comentaba Javier Gomá de cara a la presentación del libro de su hermano Fernando Gomá *No hay derecho*, que iba a hablar «del CASPITALISMO, un neologismo que sustituye al muy trillado capitalismo castizo», y yo le decía en Twitter que nada como un champú de clorofila para evitar el molesto problema de la caspa capitalista. Más allá de la broma y del juego de palabras, la clorofila es la sustancia que oxigena las hojas, es crítica en la fotosíntesis, que es ese proceso que permite a las plantas absorber la luz y que convierte la materia inorgánica en orgánica. Trasladando el ejemplo, lo relevante para el futuro del liberalismo es su clorofila, necesitamos que se sigan renovando las ideas, los proyectos, los estudios, las actividades, y eso implica apartar lo rancio y dejar que entre oxígeno nuevo. Y también, dejar de lado diferencias, rencillas, purezas de sangre y respetar el camino común en el que nos encontramos todos.

Quiero terminar haciendo, de nuevo, hincapié en lo importante que es que además de humildad, vigilancia, espíritu de aprendizaje y renovación, los liberales estemos dispuestos a comunicarnos en códigos que no son los nuestros, en todos, los masculinos, los femeninos, los infantiles y los de los mayores; que estemos dispuestos a abrir las puertas a quienes vienen sin carnet de liberal y, como nos enseñaba Carlos Rodríguez Braun, a sentarnos y dialogar con quienes dicen defender la libertad, tanto si tras el velo hay alguien afín como si no, siempre con una sonrisa.

Bibliografía

- BASTIAT, FRÉDÉRIC, *La ley*, Alianza Editorial, Madrid, 2005.
- BENEGAS, JOSÉ, *Seamos libres*, Unión Editorial, Madrid. 2013.
- BUCHANAN, J., y TULLOCK, G., *El cálculo del consenso*, Espasa, Madrid, 1993.
- CABRILLO, F., y FITZPATRICK S., *Economics of Courts and Litigation*, Edward Elgar. Cheltenham, 2008.
- CHAFUEN, ALEJANDRO, *Raíces cristianas de la economía de libre mercado*, El Buey Mudo, 2009.
- FAWCETT, EDMUND, *Liberalism: The life of an idea*, Princeton University Press, 2014.
- FRIEDMAN, MILTON, y FRIEDMAN, ROSE, *Libertad de elegir: hacia un nuevo liberalismo económico*. Grijalbo, 1992.
- , *Capitalismo y libertad*, Síntesis, Madrid, 2012.
- GÓMEZ RIVAS, LEÓN, «Las aportaciones de la Escuela de Salamanca para un economista de hoy», *Revista de Libros de Economía y Empresa*, n.º 3, 2008.
- HUERTA DE SOTO, JESÚS, *La Escuela Austriaca. Mercado y creatividad empresarial*, Síntesis, Madrid, 2000.
- JASAY, ANTHONY DE, *El Estado. La lógica del poder político*, Madrid, 1993.
- MISES, LUDWIG VON, *La Acción Humana*, Unión Editorial, Madrid, 2007.
- MÜLLER, DENNIS C., *Public Choice I, II y III*, University Press, Cambridge, 1979, 1989, 2003.
- NÉMO, PHILLIPE, *Histoire du libéralisme en Europe*, PUF, París, 2006.
- NORBERG, JOHAN, *In defence of global capitalism*, Timbro, Sweden, 2001.

- PERDICES, L., y GALLEGO, E. (coordinadores), *Mujeres economistas*, Ecobook, Madrid, 2007.
- RALLO, JUAN RAMÓN, *Una revolución liberal para España*, Deusto, Barcelona, 2013.
- RAVIER, ADRIAN, *La Escuela Austriaca desde dentro I y II*, Unión Editorial, Madrid, 2011.
- RODRÍGUEZ BRAUN, CARLOS, *Diez ensayos liberales*, LID editorial, Madrid, 2008. (He escogido un libro de Carlos Rodríguez Braun por no poner su bibliografía completa, pero ha de entenderse que es por el que yo empezaría para continuar por los demás).
- SARTRE, JEAN-PAUL, *Les mains sales*, Gallimard, París, 1972.
- SMITH, ADAM, *La teoría de los sentimientos morales*, Alianza, Madrid, 2004.
- , *La riqueza de las naciones*, Alianza, Madrid, 2011.
- SCHWARTZ, PEDRO, *En busca de Montesquieu*, Encuentro, Madrid, 2007.

Breve guía online del trotamundos libertario

El punto de partida de todo aquel que quiera saber quién es quién en el mundillo de los *think tanks* liberales, es muy claro: tiene que acudir a la página web de la Atlas Foundation (atlasnetwork.org) y echarle una ojeada al Directorio. Mientras que en España el liberalismo (o libertarianismo) es tan minoritario, en el resto del mundo aumenta sus filas y se extiende por todo el globo terráqueo.

Según un estudio realizado por Alejandro Chafuen, presidente de dicha fundación, para la revista *Forbes*, los centros más destacados por regiones geográficas de acuerdo con su repercusión en las redes sociales son:

En Estados Unidos

Heritage

Mises Institute (USA)

Cato

Acton Institute

Fuera de Estados Unidos

Mises Brazil

Adam Smith Institute (UK)

Fraser Institute (Canadá)

CIDAC (México)

Istituto Bruno Leoni (Italia)

CEP (Chile)

Fundación Libertad y Progreso (Argentina)

CEDICE (Venezuela)

A esos habría que añadir el Mercatus Centre y el Hoover Institute, que no son exactamente independientes, ya que están asociados a una universidad.

Esa clasificación no refleja la importancia real de los *think tanks* mundiales, solamente su actividad, seguidores, etc., en las redes sociales y en YouTube. Una visión diferente es la que nos ofrece el directorio de Atlas Foundation donde aparecen *think tanks* de cientos de países de los cinco continentes, desde Afganistán o Burkina Faso hasta China, India, Nueva Zelanda e incluso España, con muy poquitos representantes, cinco: El Instituto Juan de Mariana, Civismo, Institución Futuro, la Fundación América Europa y la Fundación Burke, entre un total de 497 instituciones listadas. Por tener una referencia, en Italia hay cuatro, uno menos que en España, pero en Francia hay nueve y en el Reino Unido diecisiete, los mismos que en Argentina. Por supuesto, es en Estados Unidos donde existe un mayor número de *think tanks* libertarios, más de 150, y también una mayor variedad, es decir, abarcan asociaciones como el Mises Institute, que promociona el liberalismo sobre las bases económicas de la Escuela Austriaca de Economía, el Friedman Foundation for Individual Choice, de carácter más «chicaguiano» o la Human Rights Foundation, de tipo más activista, centrada en la denuncia de la violación de las libertades en todo el mundo. Algunas de las asociaciones estadounidenses se han extendido a otros países, como el Acton Institute, o la Heritage Foundation, pero la mayoría son originales de cada país.

En el Reino Unido, además del citado Adam Smith Institute hay que destacar el Institute of Economic Affairs, la TaxPayer's Alliance, la Society for Individual Freedom, la Libertarian Alliance (que trata de ser una red de instituciones libertarias), el Center for Political Studies (fundado por Margaret Thatcher) y el Cobden Center.

Quiero recordar por su relevancia los *think tanks* que se crearon al calor de las reuniones de la Mont Pèlerin Society fundada por Hayek y que he mencionado en el capítulo dedicado al liberalismo en la política: la Foundation for Economic Education, el Institute of Economic Affairs, la Heritage Foundation y de manera indirecta, por ser miembros de esta sociedad los fundadores es justo incluir el italiano Istituto Bruno Leoni, la Universidad Francisco Marroquín de Guatemala. Y por imitación, las asociaciones hermanas, en Estados Unidos, la AIEE y la Property and Freedom Society en Turquía, de la mano del pensador austriaco Hans-Hermann Hoppe.

En Europa, además de los *think tanks* del Reino Unido y el Istituto Bruno Leoni, hay que destacar el ya mencionado Austrian Economic Centre de Viena, L'Institut Coppet de Francia y una iniciativa que ha prendido en Alemania pero se ha difundido en toda Europa en un tiempo récord. Se trata de los Europeans Students for Liberty, espejo de la misma asociación creada en Estados Unidos, que tiene vida propia en cada continente. Los estudiantes españoles que nos han representado en las convenciones europeas están entusiasmados con la iniciativa y con razón.

Hay dos grandes redes de *think tanks* americanas dignas de ser nombradas: HACER (Hispanic American Center for Economic Research), más centrada en el análisis, y RELIAL (Red Liberal Latinoamericana). Allí están listados los principales movimientos de Colombia, México, Argentina (el país que cuenta con más *think tanks*) y de Centro y Sudamérica.

Argentina

Fundación Libertad y Progreso

Fundación Atlas 1853

Fundación Libertad

Fundación Cívico Republicana

Unión Por Todos (Adherente)

Fundación Federalismo y Libertad (Adherente)

Bolivia

Fundación Nueva Democracia

Brasil

Instituto de Estudos Empresariais

Instituto Liberdade

Juventude Demócratas

Partido Demócratas do Rio Grande do Sul

Chile

Fundación para el Progreso

Instituto Libertad y Desarrollo

Colombia

Instituto de Ciencia Política

Costa Rica

Partido Movimiento Libertario

Asociación de Consumidores Libres

Asociación Nacional de Fomento Económico

Instituto de Desarrollo Empresarial y Acción Social
(Adherente)

Cuba

Unión Liberal Cubana

Ecuador

Instituto Ecuatoriano de Economía Política

Honduras

Partido Liberal de Honduras

Guatemala

Partido Patriota

Partido Movimiento Reformador

Centro de Investigaciones Económicas Nacionales

México

Caminos de la Libertad

México Business Forum

Partido Nueva Alianza

Nicaragua

Partido Liberal Independiente Nicaragua

Panamá

Fundación Libertad

Paraguay

Fundación Libertad

Partido Liberal Radical Auténtico

Perú

Instituto de Estudios de la Acción Humana

Instituto Invertir

Instituto Político para la Libertad

Instituto País (Adherente)

República Dominicana

Centro de Análisis para Políticas Públicas

Centro Regional de Estrategias Económicas Sostenibles
(CREES) (Adherente)

Venezuela

Centro de Divulgación del Conocimiento Económico

Uruguay

Instituto Manuel Oribe (Adherente)

Aunque de manera muy incipiente, es notable el esfuerzo por organizarse, con la ayuda de otras instituciones más veteranas o no, de los jóvenes latinoamericanos. Es muy destacable la labor de CEDICE, cuya cabeza visible, Rocío Guijarro, es una luchadora incansable en la peor de las circunstancias, y constituye, sin duda, un ejemplo de coraje y tesón.

También hay otros centros de carácter más radical como el Center for a Stateless Society, que se definen como defensores del capitalismo, de izquierdas y anarquistas y que pertenecen a la Libertarian Left Alliance, que engloban otras asociaciones también minoritarias como Agorism.info, Agorist Action Alliance (A³), el Molinari Institute, la Association of Libertarian Feminists, The Voluntaryist, the Blogosphere of the Libertarian Left y la red The Carnival of Anarchy, todas ellas estadounidenses. Este movimiento en Europa es aún más restringido.

Notas

1. Ricardo Basurto es el fundador y alma de la revista de estilo LOFF.IT, trabaja para sacar adelante a su familia y vive comprometido con sus principios, como tantos españoles de bien.

2. Aunque la anécdota es real los nombres corresponden a dos amigos de Twitter con quienes adquirí el compromiso de mencionarles.

3. En el capítulo dedicado al liberalismo en la política se trata la revolución liberal chilena.

4. Estoy segura de que el propio profesor Huerta apuntaría a los hermanos Luís y Joaquín Reig como principales pioneros y arietes de las enseñanzas de la Escuela Austriaca en nuestro país.

5. Es imposible mencionar las aportaciones de la Escuela de Salamanca sin nombrar al profesor León Gómez Rivas, erudito y experto historiador de las ideas de esta Escuela española.

6. Véase la parte dedicada a la Escuela de la Elección Pública en el capítulo «El Liberalismo en el Templo de Atenea».

7. *Viaje a la Libertad Económica*, Deusto, 2013.

8. Pablo es amigo mío por dos cosas: su exquisito gusto musical y su valiente, incansable y denodada lucha a favor de la legalización de las drogas, arriesgando mucho en ello.

9. En «El Liberalismo más allá del Olimpo» se trata específicamente el tema de si las mujeres somos socialistas por una tendencia innata.

10. La Constitución de 1812 se conoce como La Pepa porque fue promulgada el 19 de marzo de 1812, día de la festividad de San José.

11. Estos cuatro aspectos que aprendí de la mano de Adam Smith están, algo modificados, en el proyecto de las “L.E.A.P. zones” que Mark Klugmann está desarrollando desde hace años y que representa una de las oportunidades de poner en práctica alternativas a los estados hipertrofiados Estados de nuestra era.

12. Luego vino Disney y desvirtuó la historia, añadió un rey de los monos y nos ofreció una imagen de Baloo completamente deformada.

13. *La virtud sola no puede hacer que vivan las naciones esplendorosamente; las que revivir quisieran la Edad de Oro, han de liberarse de la honradez como de las bellotas.* (Bare Virtue can't make Nations live/ In Splendor; they, that would revive/ A Golden Age, must be as free,/ For Acorns, as for Honesty).

14. Trad. propia del original: Rational action by the state links its power to its ends in a natural short-circuit, without passing along the long and winding loop which is, so to speak, the locus of the subjects' own conception of their good. With the best will in the world, no state, not even the most direct democracy or the most enlightened absolutism, can make its power run round such a loop.

15. En este sentido, sería deseable que la homosexualidad, aunque minoritaria, no fuera tratada como algo excepcional, sino como un hecho tan natural como la heterosexualidad, porque lo es.

16. La profesora de la Universidad Complutense Elena Gallego es la responsable de mi aportación a un libro coordinado por ella y por el profesor Luis Perdiges donde se intentan exponer las aportaciones de un puñado de mujeres economistas. Mi capítulo lo dediqué a Ayn Rand y su visión de la Escuela Austriaca de Economía.

17. Todas ellas forman parte de la sección #CienciaHumana que publico regularmente en la revista de estilo digital loff.it donde escribo una visión personal de las vidas de científicos.

18. No para todo el mundo, recuerdo a una niña de 10 años preguntarle a su madre camino del colegio:
«Si estudiar es tan bueno para mí, ¿por qué es obligatorio?»

19. Una venta a corto consiste, básicamente, en el alquiler de unas acciones para venderlas caras y, cuando baja la Bolsa, comprarlas baratas y, así, poder devolverlas con un margen de beneficio. El supuesto inicial es la expectativa del inversor de que la Bolsa va a caer. Hay que tener en cuenta que en Bolsa, como en casi todo, funciona el efecto llamada, si se percibe cierta tendencia a la venta, muchos van a sumarse y van a vender, forzando el precio de venta a la baja más de lo inicialmente previsto al aumentar la oferta de acciones. Como cuando alguien grita «¡Fuego!» todo el mundo corre a la salida sin mirar si es cierto.

20. Hay que leer a Ronald Coase para darse cuenta de la importancia de la delimitación de los derechos de propiedad en este ámbito.

21. Biniés es un pueblecito situado a una hora de la ciudad aragonesa de Jaca, al pie del monte pirenaico Visaurín. No tiene más de treinta habitantes en invierno y, si algo no lo remedia, es candidato a desaparecer con el tiempo.

22. La diferencia del significado de la palabra liberal en Estados Unidos (socialdemócrata) y en Europa (liberal clásico) está explicada en el capítulo de «El Liberalismo en el Tempo de Eris».

23. No puedo dejar de mencionar aquí a Giancarlo Ibargüen, pasado rector de la Universidad Francisco Marroquín, cuyo ejemplo, desde el primer día que le conocí, me ayudó a abrir mi mente y dejar prejuicios por el camino. Me consta que soy una más entre las muchas personas que seguimos aprendiendo de él, los más afortunados a su lado, los demás a través de las redes sociales.

24. El término «juego de suma cero» es una construcción moderna que señala cómo, al ganar una parte lo mismo que pierde la otra, la suma de ambos efectos, es cero. Pero lo relevante es que plantea el beneficio de una parte como excluyente del beneficio de la otra.

25. «Crítica, conversación y creatividad: desafíos del liberalismo clásico en una era de la información» publicado en el *In memoriam* a Manuel Ayau en el año 2010.

26. Esta expresión hace referencia a una cita bíblica, en concreto Mateo, 10:16. Aprovecho para agradecer a Eduardo Mayora sus aportes, su paciencia pasada y la que le queda por tener conmigo.



Licencia Creative Commons 4.0 Internacional
(Atribución-No comercial-Compartir igual)

© del diseño de la portada, Departamento de Arte y Diseño,

Área Editorial Grupo Planeta, 2014

© de la imagen de la portada, Ed. Carosia

© María Blanco, 2014

© Centro Libros PAPF, S. L. U., 2014

Deusto es un sello editorial de Centro Libros PAPF, S. L. U.

Grupo Planeta, Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2014

ISBN: 978-84-234-1930-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com

Índice

Agradecimientos	4
Prólogo	5
Introducción	8
I. El liberalismo en el templo de Atenea	32
II. El liberalismo en el templo de Eris	76
III. Más allá del Olimpo: el liberalismo en la calle	113
IV. El liberalismo en el Hades: los demonios liberales	149
Epílogo. Ni héroes, ni dioses	210
Bibliografía	220
Breve guía online del trotamundos libertario	222
Notas	228
Créditos	254